

LA CIUDAD ESCONDIDA

U
L
Y
S
S
E
S
M
O
O
R
E



Lectulandia

En una antigua casa veneciana, Anna Bloom acaba de encontrar un viejo y desgastado cuaderno de dibujo y, al ojearlo, experimenta una sensación extraña y mágica: alguien la observa desde el otro lado de sus amarillentas páginas.

Pero eso no es todo: el libro está repleto de símbolos indescifrables, los mismos que utilizaba el misterioso Ulysses Moore, por lo que Anna decide hacer las maletas y viajar a Kilmore Cove...

Lectulandia

Pierdomenico Baccalario

La ciudad escondida

Ulysses Moore 7

ePub r1.0

Titivillus 29.06.2019

Título original: *I guardiani di pietra*
Pierdomenico Baccalario, 2008
Traducción: María Lozano
Ilustraciones: Iacopo Bruno

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

*Este libro es para mi madre.
Fue ella quien empezó*

N. B. Las notas del cuaderno de Morice Moreau están inspiradas en las de la *Breve guía de lugares imaginarios* de Gianni Guadalupi y Alberto Manguel, Alianza, 1993.



Capítulo 1

El GATO de VENECIA

—¿Miolí? —preguntó Anna con un hilo de voz—. ¿Miolí?

La chica estaba de puntillas sobre la hierba del prado. La boca ligeramente entreabierta, los oídos atentos al más leve rumor. Se volvió hacia el pozo de piedra. ¿Un pájaro piando? ¿Un gemido? ¿El crujido de una hoja? Lo comprobó. Nada de todo eso.

Su gato tampoco estaba detrás del pozo.

Anna se sujetó la coleta y se quitó la goma con la que solía recogerse el pelo. Tenía una melena larga, morena y perfectamente lisa que le llegaba hasta los hombros. Se mordisqueó un labio, indecisa entre si enfadarse o preocuparse. Era tarde ya. Sobre ella el cielo de junio tenía el mismo color que una piel de naranja escarchada. El viento impertinente que llegaba de la laguna hacía ondear las glicinias recién florecidas difundiendo en el aire un perfume embriagador.

—¿Miolí? —preguntó una vez más Anna, aunque sabía que era inútil buscarlo ahí fuera.

Lo más probable era que el gato hubiera trepado por uno de los sarmientos retorcidos de las glicinias, hubiera pasado haciendo equilibrio sobre el armazón de hierro forjado de la pérgola y, por enésima vez, hubiera saltado al otro lado de la tapia de piedra que bordeaba el pequeño jardín de la casa. Y todo eso en las mismas narices de Anna, que se había pasado la tarde sentada en la mesita del centro del jardín estudiando.

«¡Porras!»

El viento pasaba las páginas del libro de historia, que crujían como si fueran viejos abanicos.

«¡Porras!», pensó de nuevo. ¿Cuándo había visto a Miolí por última vez? Antes.

«Pero ¿cuándo antes?», se preguntó retorciendo la goma del pelo entre los

dedos. Anna no había tenido un reloj en su vida. Y su sentido del tiempo era puramente visual. Cuando el sol descendía más allá del perfil rectilíneo de la laguna e incendiaba las aguas por las que discurrían los barcos a vapor que iban rumbo a Mestre y a Chioggia, ella sabía que el día estaba llegando a su fin.

Una bandada de palomas atravesó la porción de cielo que quedaba encima de su cabeza con un fuerte batir de alas.

Era otro indicio del crepúsculo inminente. Para la chica fue como una sacudida. No tenía ni un segundo que perder.

Cogió libro, cuaderno y bolígrafo y los metió a toda prisa en la mochila. Cruzó después el largo y estrecho porche de la vieja casa. Delante de ella se levantaba el antiguo edificio, con sus tres pisos de paredes desconchadas y sus ventanas altas y estrechas bordeadas por ojivas de piedra. De las aberturas negras y vacías situadas bajo el tejado sobresalían los andamios de hierro que utilizaban para la restauración.

Atravesó la puerta de entrada de la casa, se apoyó en la barandilla de la angosta escalera que subía al primer piso y se quedó escuchando. A lo lejos se oía la radio de su madre, sintonizada como siempre en una emisora de música clásica. Los violines de alguna aria famosa se deslizaban como fantasmas sobre los peldaños de piedra produciendo ecos melancólicos. Las paredes de la escalera estaban completamente cubiertas de frescos: pinturas oscuras, rostros y figuras de personas y animales engullidos por las sombras. El techo, tres pisos más arriba, era de color oro incandescente y estaba surcado por una gran grieta oscura.

Para los fantasiosos ojos de Anna, esa grieta era la raíz de un árbol.

—El árbol del tiempo y del abandono, que se nutre de espacios vacíos y de silencio —murmuraba cuando seguía el recorrido accidentado de la grieta hasta la sombra oscura en la que desaparecía. Una sombra en la que ella creía vislumbrar pequeñas hojas de plata.

No podía evitarlo: había sido siempre así.

Veía las cosas a su manera.

A pesar de que los demás le decían que se equivocaba. Que ciertas cosas no existían.

Pero para Anna, esa tarde, lo único que de verdad parecía no existir era su gato.

Se puso en cuclillas al pie de la escalera y volvió a llamarlo:

—¿Miolí?

Le contestaron solo los violines de la radio y un lejano griterío que venía de fuera. De los viejos almacenes. O del canal.

Anna subió los peldaños de dos en dos. Ignoró los rostros de los frescos, agarrándose con fuerza a la barandilla. Una vez había imaginado que aquellas figuras escondidas en las paredes podían raptarla o, en el mejor de los casos, agarrarla por el borde del vestido. Y desde entonces no se había podido quitar esa idea de la cabeza. Corrió rápidamente, sin respirar, hasta el segundo piso, donde saltó por encima de los puentes de metal colocados en el suelo. Allí las habitaciones estaban ocupadas por andamios que llegaban hasta el techo.

La madre de Anna estaba subida en lo más alto, justo debajo del techo. Llevaba una bata de trabajo, manchada de colores y tierra, el pelo rubio protegido por un gorro de plástico y dos grandes gafas amarillas, con las que parecía una especie de horrendo insecto.

La madre de Anna era restauradora. Hacía pocas semanas que había recibido el encargo de restaurar aquella antigua casa llena de pinturas. Pacientemente, pared a pared, armada de cinceles, cuchillos y trocitos de algodón embebidos en agua destilada, rascaba, restregaba, limpiaba y, lentamente, iba sacando a la luz los frescos. Tardaría por lo menos un año en restaurar toda la casa.

Y Anna se quedaría con ella.

Estaba contenta de haberse ido a vivir a Venecia. Le encantaba pasar las tardes estudiando en aquella vieja casa. No era su casa, pero, gracias al trabajo de su madre, Anna la sentía ya un poco como su... hogar.

—¡Mamá! —gritó, una vez dentro de la habitación—. ¿Has visto a Miolí?

Su madre, en equilibrio sobre el andamio más alto, ni siquiera la oyó. Estaba concentrada en su trabajo y totalmente absorta escuchando la música de la radio.

Anna la llamó otra vez. Después desistió y decidió ir a buscar a su gato sola. Dejó la mochila bien a la vista, junto a la puerta, para que su madre viera que se había ido. Luego bajó rápidamente las escaleras, volvió al jardín, se dirigió a la pequeña puerta de salida, levantó la pesada barra de hierro que la cerraba y, finalmente, salió al sol dorado de Venecia.

Los venecianos conocían esa vieja casa como la Casa de los Garabatos, por sus pinturas. Se encontraba en Dorsoduro, el barrio más meridional de la ciudad, donde se decía que vivían los últimos venecianos. Anna no era veneciana. Había llegado hacía pocos meses a aquella mágica ciudad de agua. Se llamaba Bloom. Anna Bloom, doce años, feliz hija única de una restauradora italiana y de un empleado de banca inglés, que se había quedado

en Londres a la espera de reunirse con ellas. Aunque, como decía siempre su padre, convencer a un banco a trasladarse de Londres a Venecia no era algo fácil precisamente.

«¡Venecia te encantará! ¡Ya verás! —le había dicho su padre al despedirse, cuando Anna y su madre se habían marchado a Venecia—. Ahora, vete, vamos. Y no llores. ¡Si echas de menos Londres, hay un avión cada hora!»

Todo verdad, pensaba Anna, mientras corría por las calles de Borgo, situadas a lo largo del canal, en busca de su gato. Todo verdad excepto que no echaba de menos Londres en absoluto. Y que había sido su padre quien había cogido el avión para venir a verla y no al contrario.

La chica se agachó en cada rincón, buscó dentro de todos los portales y entre las plantas trepadoras, escudriñó los tejados, cerca de las chimeneas retorcidas. Preguntó a todos los que pasaban si habían visto por casualidad un gato blanco y negro, con una mancha alrededor del ojo. No lo había visto nadie.

A medida que se alejaba de la Casa de los Garabatos, Anna se fue dejando absorber por el laberinto de agua y luz de la ciudad. El sol adornaba los encajes de los tejados con guirnaldas encendidas y las fachadas de los edificios se teñían de oro.

—¿Miolí? —llamó Anna por enésima vez, apareciendo de repente en la plaza de San Trovaso.

La plaza de San Trovaso estaba mágicamente desierta. Nadie pasaba por el espacio blanco bordeado de árboles ni bajo la sombra gris de la gran iglesia o entre las manchas de luz que se alargaban sobre el empedrado. Allí solo estaba Anna en busca de su gato desaparecido.

La muchacha se detuvo de golpe. Ese extraño silencio, imposible de imaginar en ninguna otra ciudad del mundo, la ayudaba a pensar.

Y a Anna le gustaba pensar.

Le gustaba sumirse en un pensamiento cualquiera y dejarse llevar por él, cabalgando veloz en todas las direcciones que el pensamiento quisiera tomar, para despertarse después, confusa, esforzándose por recordar lo que estaba haciendo antes.

Encontrar al gato.

Enseguida.

Se orientó: su casa estaba pocos números más allá, a lo largo de las calles del canal, a la izquierda. Casi podía ver la parte de arriba de la pérgola de glicinias desde el otro lado de la iglesia. Así que... si Miolí se había escapado

saltando la tapia, podría haber trepado con facilidad por los canalones de aquel edificio amarillo y haber proseguido después su camino por los tejados del antiguo convento desde donde podría haber saltado al suelo...

—O sea que puede estar prácticamente en cualquier sitio —decidió Anna mirando a su alrededor.

Empezó a retorcer la goma entre los dedos.

«Los gatos son animales rutinarios», pensó.

Y por tanto cabía una posibilidad: había un lugar, allí cerca, en el que podía ir a buscarlo.

El Squero di San Trovaso. El último astillero de la ciudad donde aún fabricaban góndolas.

Hacia tres semanas, Miolí se había refugiado entre las embarcaciones, solo y asustado, acurrucándose en el fondo de una góndola.

Anna sonrió a su pesar. «Sí —decidió—. Debe de haber vuelto de nuevo allí.»

El Squero di San Trovaso era un cobertizo de madera que parecía llovido a orillas del mar directamente de los Alpes. Dentro había solo tres góndolas, colocadas en sendos trípodes de madera. A esas horas también el viejo astillero parecía desierto.

Anna se apoyó en la verja de entrada y echó una ojeada a través de los barrotes. Después oyó unos pasos que provenían de la cabaña.

—¡Oiga! —llamó, poniéndose de puntillas—. ¡Oiga!

Un constructor de góndolas, un hombre alto y encorvado como unas tenazas, salió de repente de la casa de madera. Anna le preguntó si por casualidad había visto un gato.

—¡Aquí no está! —respondió el hombre, con un marcado acento veneciano. Después se puso el sombrero y dijo con tono sardónico—: Pregúntales a los Vicentin, en el número ochenta y nueve. ¡Y reza para que ellos tampoco lo hayan visto!

Anna le dio las gracias y se alejó a toda prisa. Conocía a los señores del número 89, los señores Vicentin, y sabía que no era verdad eso de que se comieran a los gatos, así que no se preocupó.

En cualquier caso, su gato no estaba allí.

¿Dónde se habría metido esta vez?

La chica lo buscó por todas partes. Nada. Nada. Y nada de nuevo.

Necesitaba ayuda.

Corrió hasta el número 173, que se encontraba a la izquierda del 14 y a la derecha del 78. Algo normalísimo. Los números de las calles de Venecia seguían una especie de orden misterioso, un código secreto que solo los carteros estaban autorizados a conocer.

Una vez delante del 173, levantó la vista y retrocedió un par de pasos. La ventana del segundo piso, bordeada de piedra clara, estaba abierta. El pequeño balcón situado a su lado desbordaba de geranios trepadores, cuyo olor penetrante mantenía alejados a los mosquitos.

En la puerta no había timbre, así que Anna colocó las manos abocinadas a ambos lados de la boca para amplificar la voz y gritó:

—¡Tommy!

Después de un pequeño alboroto, se asomó a la ventana un chico con el pelo castaño y los ojos grandes.

—¡Anna! —exclamó—. ¡Espera, bajo a abrirte!

—¡No! ¡No puedo subir! ¡Estoy buscando a Miolí!

—¿Otra vez?

Anna resopló.

—¡Sí! ¡Otra vez! Vas ayudarme, ¿verdad?

Tommy se agarró a la barandilla y abrió los ojos de par en par.

—¡Pues claro que sí! Voy enseguida.

Y cumplió su palabra. Desde la calle, Anna pudo seguir prácticamente todos sus movimientos y oír todos los ruidos que hacía.

Tommy que se cambiaba a la velocidad de la luz, Tommy que se daba un golpe contra una mesa y tiraba al suelo una pila de libros, Tommy que salía del cuarto, cruzaba el estrecho pasillo, bajaba la empinada escalera y llegaba a la cocina.

Le oyó contar una excusa a sus padres, intentar abrir la puerta de entrada y, después de un par de intentos fallidos, saltar finalmente fuera con el ímpetu de un soldado.

—¿Cuándo ha desaparecido esta vez? —preguntó, acabando de ponerse el jersey encima de la camisa arrugada.

—Seguro seguro, no lo sé. Hace una o dos horas. Tres quizá.

—Claro.

Tommy metió las manos en los bolsillos de los pantalones y sacó por este orden: una brújula, un cronógrafo, un par de anzuelos con cebo, una caja de cerillas que se encendían incluso dentro del agua, una navaja suiza y una lata llena de galletas de vainilla.

—Eso es lo que haremos —dijo, enseñándole las galletas a Anna—. Haremos que salga de su guarida gracias a su innata glotonería.

—¿Crees que se habrá escondido de nuevo?

Tommy asintió.

—Estoy seguro. Pero, como dice mi abuela, ningún gato puede resistir a las Golosísimas de Vainilla.

Volvieron atrás a toda prisa a través de la plaza de San Trovaso, cada vez más espectral envuelta en sus largas sombras. Anna llamaba a Miolí de vez en cuando, mientras Tommaso agitaba en el aire las irresistibles galletas con aroma de vainilla. Desmigajó un par detrás de ellos y con este método encontraron cuatro gatos.

Pero ninguno de ellos era Miolí.

Se acercaron a la Casa de los Garabatos por detrás. Echaron una ojeada por encima de todas las tapias, bajo el puente que atravesaba el canal y en las escalerillas de los amarraderos.

Nada.

—Qué gato más tonto —gruñó Tommy, lanzando al aire las últimas migajas de Golosísimas.

Después, delante de la puerta de casa, se detuvo. Como siempre. Parecía estudiar la fachada, como si la pintura desconchada de las paredes de ladrillo formara una especie de mapa pirata con costas, islas y bahías secretas.

Desde fuera, la Casa de los Garabatos tenía una cierta importancia. Tenía un piso más que las casas de al lado y una enorme buhardilla dividía en dos el tejado en pendiente, adornado por un arabesco de mármol. Tenía seis chimeneas, todas medio torcidas. Las ventanas estaban cerradas y la entrada estaba coronada por dos grandes «M» entrelazadas entre sí como dos sarmientos de uva.

—¡Vamos, Tommy! —dijo Anna—. Vamos a buscarlo por la casa.

—¿Tu madre está?

—Me imagino que sí. —Anna abrió la puerta chirriante y esperó a que su amigo se decidiera a seguirla—. ¿Se puede saber qué pasa? —preguntó.

—Lo sabes perfectamente —respondió Tommy—. Esta casa... no tiene muy buena fama.

—¡Venga, por favor! —exclamó Anna, mientras pasaban rápidamente por debajo del hueco de las escaleras para llegar al pequeño patio interior.

Tommy miró de reojo a su alrededor, atemorizado por los frescos que adornaban las paredes.

—¿Cuándo vas a dejarte de supersticiones?

—No son supersticiones. Te recuerdo que esta es la Casa de los Garabatos y...

—Mi madre dice que también se llama Maison Morice Moreau —lo interrumpió Anna.

Tommy se encogió de hombros.

—Los venecianos la llaman la Casa de los Garabatos —continuó, indicando los dibujos que decoraban las paredes— por todos estos garabatos que el loco aquel pintó en las paredes.

—Era un artista —puntualizó Anna—. Un gran pintor e ilustrador francés. Mi madre dice que tardó siete años en pintar toda la casa.

—Sí. Y después se ahorcó.

—¡Tommy!

—Es la pura verdad.

—¡No, no es verdad! —replicó Anna—. Se murió de viejo.

—¿Sí? Y entonces, ¿quién prendió fuego a su estudio, en el último piso?

La chica permaneció en silencio y se limitó a mirar, desde el jardín, el interior de la fachada de la casa. La pared de ladrillos se había abombado con el paso de los años debido a la humedad y ahora subía como una enorme panza hacia la buhardilla. Era el piso que se encontraba encima del techo dorado con la gran grieta.

Allí arriba se podía ver todavía una gran mancha oscura, una capa de hollín que lo envolvía todo. Un incendio había quemado parte de la casa. Pero a saber cuántos años antes.

Y a saber por qué.

«No se ahorcó», pensó Anna.

Tommy se le acercó y murmuró:

—Un poco de miedo sí que da esta casa...

—Un poco, sí —admitió la chica.

Tommy indicó el techo quemado.

—¿Has subido alguna vez al último piso?

Anna negó con la cabeza.

—Mi madre dice que es peligroso. Hay unas vigas que se pueden caer. Tiene que venir una empresa a reestructurarlo.

—Sí —dijo Tommy.

Se quedaron pensativos unos instantes. Después Tommy sacó del bolsillo la enésima galleta.

—Uf, sí. Miolí —sonrió Anna.

Y emprendieron de nuevo la búsqueda.

Inspeccionaron cada rincón del jardín. Después Tommy trepó hasta arriba de la tapia en la que apoyaba la pérgola de glicinias para intentar averiguar si lo que había pasado era simplemente que el gato se había quedado atrapado en el porche de los vecinos.

—¿Qué ves? —le preguntó Anna desde abajo.

En cuclillas encima de la tapia, Tommy dirigía su mirada miope en todas direcciones.

—Echa un vistazo tú misma —le propuso, tendiéndole la mano para ayudarla a subir.

Anna la agarró y, apoyándose en los talones, trepó hasta donde estaba Tommy.

Se divisaba un laberinto de muros y tapias, de árboles en flor, terrazas, casas estrechas y altas, palacios, tejados, pequeños arcos, bíforas. Un laberinto con mil entradas y mil salidas.

—¿Entiendes ahora cuál es el problema?

—Puede haber ido a cualquier parte —susurró Anna, descorazonada.

—Ya verás cómo vuelve.

—¿Tú crees?

—Claro. Y además no hay peligro. No corre el riesgo de que lo atropelle un coche.

Tommy dejó una galleta de vainilla encima de la tapia y después los dos bajaron al suelo, agarrándose a las barras de la pérgola.

—¿Y si se ha caído al pozo...? —añadió Anna.

—Imposible —respondió Tommy.

Pero de todas formas fueron a comprobarlo. El pozo era casi tan alto como ellos, de piedra clara, y la parte de arriba estaba cerrada con una rejilla de hierro.

Tommy sacó de uno de sus infinitos bolsillos una linterna y apuntó con ella entre el entramado de la rejilla.

Dentro no había nada más que basura, arrojada allí en los años en los que la casa había permanecido deshabitada.

—¿Has visto?

Anna asintió.

Se dirigieron a la casa y entraron.

La chica empezó a subir las escaleras. Tommy no la siguió.

—¡Podría haberse escondido en el piso de arriba!

—Tu madre no quiere que suba.

—Mi madre no quiere que suba nadie, Tommy. Está trabajando y no quiere que nadie toque sus cosas.

—Pues eso. —El chico se pasó la mano por el pelo—. Que es mejor que no suba.

Anna volvió a su lado.

—Dime la verdad: es solo una excusa.

Tommy miró los extraños rostros dibujados en las paredes. Un monstruo con un solo ojo que podía ser Polifemo, los tentáculos de un pulpo, los escollos vagantes de las Simplégades que hacían naufragar una nave...

Movió la cabeza.

—Pues sí. A lo mejor es una excusa —admitió—. Pero se dice que en esta casa han pasado cosas muy raras...

Del piso de arriba llegó un ruido metálico. Después otro.

—O sea que tienes miedo.

—No, no. No tengo miedo. Pero...

Tommy enmudeció de repente, los ojos fuera de las órbitas. Encima de las escaleras, justo detrás de Anna, había aparecido una figura blanca, con unos enormes ojos amarillos.

—¡Cuidado! —gritó Tommy a su amiga, dando un paso atrás.

Tanto la chica como el fantasma de ojos amarillos permanecieron inmóviles. Luego la madre de Anna se quitó las gafas de trabajo y dijo:

—¡Soy yo, Tommy! Bueno, basta de trabajo... ¡Se acabó por hoy!

Se quitó el gorro de plástico y se desabrochó la bata de trabajo. Por último se quitó los guantes y los arrojó al suelo.

—Ejem... Buenas tardes —balbuceó Tommaso, cuando la mujer pasó a su lado.

—¿Qué estáis tramando ahí los dos? —preguntó ella, acariciándole la cabeza a su hija.

—Estábamos buscando a Miolí —respondió Anna.

—¡Ese gato! —saltó su madre—. ¿Se ha vuelto a esconder otra vez?

—Creemos que sí.

—Lo que es seguro es que no lo han raptado —bromeó ella—. Esté donde esté... lo buscaremos mañana.

—Pero...

—Uf, no, Anna —suspiró la madre—. Nada de caza al gato esta noche. He estado todo el día trabajando subida al andamio. Estoy cansada, sucia y solo tengo ganas de darme una ducha y llevarme algo a la boca.

Anna miró desconsolada las escaleras que subían a lo alto.

—Volverá, verás —la tranquilizó su madre.

—Lo mismo ha dicho Tommy.

—Y tiene razón. Mañana por la tarde, cuando vengas aquí a hacer los deberes, estará en el jardín esperándote.

Anna buscó consuelo en la mirada de Tommy, pero su único amigo veneciano estaba demasiado avergonzado por haber confundido a la madre de Anna con un fantasma, así que permanecía cabizbajo, esperando que todo acabara lo antes posible.



Nombre: **Anna Bloom**

Nacida en: Londres, el 25 de junio

Edad: 12 años

Dirección: vive en Venecia, a pocos pasos de la Casa de los Garabatos, en Dorsoduro

Particularidades: es una soñadora y tiene una memoria prodigiosa: cuando ve una cosa, no la olvida nunca. Ha acogido un gato, Miolí, nada más llegar a Venecia





Capítulo 2

El SECRETO del AHORCADO

Salieron los tres al canal de Borgo y cerraron la puerta de la Maison Morice Moreau a sus espaldas. De la laguna soplaba un fuerte viento que traía consigo los aromas de la isla de la Judeca y hojas de papel abandonadas, que danzaban como duendes.

Tommy iba ya dos pasos por delante de Anna y su madre, contento de haber salido sano y salvo de aquella casa que tanto miedo le daba.

A Anna, sin embargo, no le daba ningún miedo. Le parecía que era un lugar con mucha personalidad: las seis chimeneas eran mechones de pelo alborotados, el balcón, una boca sonriente, las dos bodegas situadas a ambos lados de la puerta de entrada eran los carrillos regordetes de una cara impertinente.

—Tommy me ha contado que el anterior propietario de la casa se ahorcó en el último piso —dijo de repente, siguiendo el flujo de sus pensamientos.

—¡Anna! —protestó el amigo, rojo de vergüenza de nuevo—. ¡No es verdad!

—¡Lo has dicho! —Anna esperó a que su madre echara el último candado de la cadena que impedía la entrada y después le preguntó si era verdad.

—En absoluto. ¡Son solo tonterías! —dijo riendo, y echó a andar con los chicos—. ¿Quién te ha contado eso, Tommy?

—Son cosas que se dicen.

—Entonces, ¿no se ahorcó? —insistió Anna.

La restauradora negó con la cabeza.

—¡Claro que no! ¡Qué ocurrencia! Morice Moreau murió de viejo, en su casa, como siempre había soñado. —Se detuvo para indicar los caprichosos adornos blancos de la buhardilla—. Murió allí arriba, en su estudio, después de beber un té caliente. Dicen que sus últimas palabras fueron: «He visto demasiada belleza».

—Tommy dice que la casa trae mala suerte.

—¡Anna! —protestó de nuevo su amigo. No estaba acostumbrado a la idea de confiar con tanta tranquilidad en una persona adulta. ¡Y menos aún en la propia madre! Era algo absolutamente inimaginable para él.

—¿Lo has dicho en serio?

—No, no —intentó defenderse—. Pero en Dorsoduro... antes de que llegaréis vosotras, claro... nos decían siempre que no fuéramos a jugar a la Casa de los Garabatos. O sea, quiero decir... delante de la casa.

—Y vosotros, entonces... —se informó la mujer—, ibais siempre a jugar allí ¿no?

—Algo parecido, sí —admitió Tommy, pasándose la mano entre el pelo castaño—. Era una especie de prueba de coraje. Había que tirar el balón al patio de la casa y después... ir a buscarlo. Sin que... ejem... el mono... —El chico se calló al instante.

—¿Qué mono?

—Bueno... ejem... nosotros creíamos que en la casa vivía un... mono. Esta vez fue Anna la que se echó a reír.

—¿Un mono? ¿En Venecia? ¡Esta sí que es buena!

—Y sin embargo eso sí que es verdad —replicó su madre.

Tommy puso los ojos en blanco.

—Morice Moreau tenía de verdad un mono cuando vino a vivir aquí —explicó la restauradora—. Era un macaco de Gibraltar al que tenía mucho cariño, tanto que lo pintó en la pared.

—Ah, ¿sí? ¡No lo sabía! —dijo Anna—. ¿Dónde?

—Precisamente en los frescos que estoy restaurando ahora. Y no acaba aquí la cosa. Cuando Morice murió, sentado en su sillón, fue el mono el que avisó a los vecinos...

—Qué historia... —murmuró Tommy.

—¿Y qué fue luego del mono? —preguntó Anna.

La señora Bloom se encogió de hombros.

—No se sabe. Unos dicen que fue él, cuando se quedó solo, el que causó el incendio que acabó con parte del último piso.

—¡Vaya! —exclamó Anna. Después se detuvo de golpe. ¡La mochila! Miró a su madre y se dio cuenta de que tampoco ella la había cogido.

—¿Así que es verdad que hubo un incendio? —preguntó Tommy, de nuevo electrizado.

—Y qué incendio. Fue una suerte que... —La señora Bloom notó que le tiraban de la manga—. ¿Qué pasa, Anna?

—Necesito las llaves. Me he dejado la mochila.

—¿Y te hace falta?

—Tengo dentro los deberes para mañana.

Se dieron la vuelta los tres. La hilera de pequeñas casas adosadas estaba ya cubierta por densas sombras. El primer gris de la noche orlaba el cielo color violeta. De escorzo se distinguía ya la hoz blanca de la luna.

—Tengo ganas de ir a casa, cielo —suspiró la señora Bloom.

—Voy yo a cogerla.

—No sabes abrir los candados.

—Sí, sí que los sé abrir.

—¿Puedo fiarme?

Anna tendió la mano, asintiendo.

—Vuelvo corriendo. Llegaré a casa antes que tú.

Las llaves pasaron del bolsillo de la señora Bloom a la mano de su hija.

—Ten cuidado al subir las escaleras. No hay luz.

Anna lanzó una mirada a Tommy, que hizo una imperceptible señal negativa con la cabeza.

La chica le dijo adiós. Después regresó ella sola a la Casa de los Garabatos. No volvió la cabeza ni una sola vez.

Cuando se puso a buscar la llave que abría el candado, se dio cuenta de que estaba jadeando y tenía un nudo en la garganta. Y no por la carrera. Era una mezcla de emociones contrastadas, entre ellas, el miedo. Sentía que estaba a punto de suceder algo importante. Algo que ella aún desconocía.

Pero que la casa, sin embargo, parecía conocer a la perfección.

El candado se recostó contra el borde de piedra de la puerta, que se abrió sin hacer ruido.

Anna se sumió en la fría penumbra de las escaleras. Sin la radio de su madre, la casa de Morice Moreau parecía más grande. Era como si la noche la hubiera agrandado.

A través de la ventana del vestíbulo, vislumbró el pozo. Y no pudo evitar pensar en cosas espantosas. Después se convenció de que eran solo tonterías suyas y, sin darle más vueltas, empezó a subir.

La escalera era estrecha. Los peldaños, demasiado bajos para subirlos de uno en uno, pero demasiado altos para subirlos de dos en dos, obligaban a un paso poco regular. Anna se obligó a no mirar los rostros pintados ni las enormes serpientes que parecían envolver con su cuerpo las ventanas del

primer piso. Unas serpientes que no eran verdaderas serpientes. Eran figuras mitológicas, le había explicado su madre. Las sirenas. Escila y Caribdis. El viaje de los Argonautas en la primera nave. El olivo sagrado de Atenea, cuya madera podía hablar.

Sí, claro. Pero tendría que ser en otro momento.

Anna pasó a toda prisa por el primer piso, donde las habitaciones estaban todavía cerradas, y llegó corriendo y sin aliento al segundo, el de los andamios.

Si el primer piso era bastante bajo, el segundo tenía unos techos altísimos, por lo menos, de tres metros y medio. Su madre había colocado los andamios en el enorme salón que daba por un lado al jardín y, por el otro, al balcón del canal de Borgo. Era la habitación más grande de la casa.

Anna entrecerró los ojos para distinguir algo en la oscuridad: por suerte, la mochila estaba todavía donde la había dejado, junto a la puerta de entrada del salón.

El andamio parecía un gigante de hierro. Pinceles, cubos llenos de agua, espátulas y botes de yeso. No lograba distinguir nada.

Anna cogió la mochila y fue hasta las escaleras.

Pero, en el momento mismo en que se disponía a bajar, le pareció oír algo.

Un...

Ni siquiera.

Era más bien un...

¿Maullido?

—¿Miolí? —preguntó con un hilo de voz.

Anna se quedó inmóvil en el rellano del segundo piso. Escuchando. La casa del ilustrador francés respiraba suavemente, absorbiendo los últimos destellos del día. Haces de luz penetraban a través de las contraventanas cerradas y allí donde daban, en las paredes, las pinturas parecían cobrar vida lentamente.

La chica cerró los ojos y se dijo a sí misma que tenía que dejar de fantasear. La realidad era mucho más sencilla: estaba en el segundo piso de una vieja casa que había pertenecido a un ilustrador del siglo pasado. Un ilustrador que había muerto hacía tiempo y que...

Después lo oyó de nuevo.

Otra vez el mismo ruido.

Abrió los ojos y, en ese momento, le pareció ver algo que le pasaba velozmente entre las piernas.

—¡Ah! —exclamó, llevándose una mano a la boca—. ¿Qué ha sido eso?

¿Un mono? ¿El macaco de Gibraltar?

Pero no había monos en aquella casa. Ya no. Habían pasado demasiados años. Venecia. Una casa en restauración. Con numerosos, espléndidos frescos en las paredes.

Y sin embargo ella veía solo las caras alargadas de unos extraños animales con garras, encaramados en las ramas de un árbol que tenía las raíces suspendidas en el vacío.

Tac tac, hizo la madera vieja sobre su cabeza. Seguido, esta vez sin la menor duda, de un maullido. Anna miró hacia arriba, donde las escaleras subían hasta juntarse con el techo de oro agrietado en la mitad. Era de allí de donde venía el ruido.

Tac tac.

Pequeños pasos en la madera.

—Qué gato más bobo... —murmuró la chica, mordiéndose los labios una y otra vez—. ¡No me digas que te has subido allí arriba!

Allí arriba estaba el estudio del ilustrador. El estudio donde había muerto después de beber su último té. El estudio que se había incendiado. Detrás de la buhardilla, debajo de las seis chimeneas medio torcidas.

Su madre la había avisado: en casa Mor ice no había luz. Ninguna luz.

Anna apoyó la mano en la barandilla, se asomó subida al primer peldaño y miró hacia arriba. Vio solo oscuridad. Y destellos de oro.

Tac tac.

El corazón empezó a latirle cada vez más fuerte. Y más rápido.

La chica subió.

Un peldaño tras otro, sin dejar nunca de agarrarse a la barandilla. Mirando hacia arriba y nunca hacia abajo. Cuando había llegado casi al final, el gato maulló una tercera vez y Anna intentó hablar con él.

Pero tenía la boca completamente seca. Por eso llegó en silencio hasta el descansillo, donde la escalera daba la vuelta para girar sobre sí misma, y vio por fin la puerta desvencijada que protegía la habitación más alta de la Casa de los Garabatos.

Un halo de luz, la última del día, filtraba desde detrás del marco medio roto de la puerta, dejando entrever una cadena y un candado.

El gato debía de estar allí detrás. Ahora Anna lo podía oír raspando la madera.

Se detuvo para controlar que tenía todavía las llaves.

Y emprendió de nuevo la subida.

Las manos le temblaban y el corazón le latía con un ruido ensordecedor.

Los últimos peldaños fueron los más difíciles. A lo mejor porque le había asaltado la peregrina idea de que no fuera Miolí el que raspaba detrás de la puerta. Y como todas las ideas que se le metían en la cabeza, esta no conseguía quitársela de la cabeza.

Cuando llegó a la puerta, lo llamó. El gato empezó a maullar suavemente.

Anna se tranquilizó.

—¡Miolí! Pero ¿cómo has llegado ahí?

A través de la rendija de la puerta le pareció distinguir una bola de pelo blanco y negro que se movía arriba y abajo.

—No te preocupes —lo tranquilizó Anna—. Ya estoy aquí. Soy yo. Ahora te saco de ahí. Solo tengo que encontrar la llave y... volvemos a casa.

«A casa, a casa», se repetía sin mirar hacia atrás. Ahora imaginaba que había algo detrás de ella. Lo sentía. Venía de las pinturas pintadas en la pared. Pero no se volvió. Buscó la llave. Probó con una.

No era esa.

Ni la otra.

Ni tampoco la otra.

Miolí maullaba más fuerte. Anna seguía sin encontrar la llave. Y sentía algo detrás de ella que reía burlonamente.

—¡Ufff! —exclamó, furiosa.

Le asestó una patada a la puerta que resonó por todas las escaleras. Siguió un largo eco.

Anna respiró profundamente. A Miolí ya no se le oía maullar al otro lado. El halo de luz en torno a la puerta había desaparecido. Ahora estaba completamente a oscuras.

La chica se tapó los oídos con las manos. No se giró. Escuchó el sonido del vacío que resonaba dentro de las palmas de sus manos.

Cuando volvió la calma, oyó que alguien estaba subiendo las escaleras.

No era una de sus fantasías.

No señor.

Eran pasos. Anna sintió que se le helaba la sangre en las venas. Pasos en los peldaños. ¿Quién estaba subiendo hasta allí arriba?

Se obligó a refrenar su fantasía y esperó en silencio, la frente pegada a la puerta, que los pasos desaparecieran.

Pasos, pasos, pasos.

No se detenían.

Entonces se dio la vuelta. No había nadie. Se acercó hasta la barandilla y se asomó.

Vio una sombra que subía, reconoció a su amigo y lanzó un profundo suspiro:

—¡Tommy!

—¡Anna! —respondió Tommy—. ¿Qué ha pasado? ¿Qué ha sido ese ruido?

«La patada a la puerta», pensó. Luego cerró de nuevo los ojos. Solo era Tommy. Solo su amigo Tommy, su único amigo de Venecia. Ningún fantasma, caballero o viajero venido del pasado. Ningún mono. Solo Tommy, al fondo del último tramo de escaleras. Jadeando.

—¿Y tú qué haces aquí? —le preguntó.

—No volvías. Así que he venido a ver qué pasaba.

—Está aquí detrás.

—Está ahí detrás... ¿qué?

—Miolí. Le he oído maullar.

Tommy subió los últimos escalones de dos en dos.

—Pues entonces vamos a sacarlo de ahí, rápido. Ya no se ve nada.

—La puerta está cerrada.

Anna le pasó el mazo de llaves.

Tommy se ayudó de la linterna para ver dónde estaba el candado. Intentó un par de veces y finalmente el candado cedió. El chico aflojó la cadena justo lo suficiente para entornar la puerta y que saliera disparado un asustadísimo gato blanco y negro.

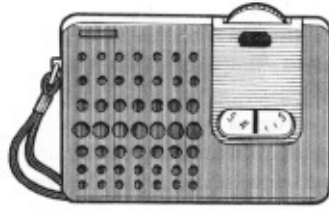
—¡Aquí estás! —exclamó Anna, riendo.

Miolí se acurrucó en su regazo, en busca de amparo.

Tommy tenía todavía la mano apoyada en la puerta. Evitó mirar lo que había allí dentro, colocó de nuevo la cadena y cerró el candado.

Un minuto después estaban fuera, al aire libre de la tarde, y paseaban a lo largo del canal de Borgo.

Se habían encendido las luces.



Capítulo 3

El PINTOR FRANCÉS

—¿Cómo era? —preguntó Anna más tarde, esa misma noche.

Su madre y ella dormían en el mismo cuarto. En la misma cama, aunque su padre no estaba de acuerdo. Era una cama enorme, con tres gigantescos colchones de lana puestos uno encima del otro. Había que conquistarla con una especie de escalada. Pero una vez arriba uno se sentía envuelto en infinitos estratos relajantes de los que era difícilísimo salir.

—¿Cómo era... quién? —respondió la señora Bloom, bajando el libro. Leía siempre el mismo libro hasta altas horas de la noche.

«A lo mejor es un libro sin final», pensó Anna.

Rodó sobre la almohada y se quedó mirando a su madre a los ojos. La mujer estaba envuelta en la luz difusa de la lámpara. Su pelo olía a champú. Las patillas de las gafas parecían bastoncillos dorados.

—Te pareces a Virginia Woolf —dijo Anna.

Su madre sonrió y dejó el libro.

—Yo creo que a estas horas ya tendrías que estar dormida.

—Pero es que no tengo sueño.

La señora Bloom marcó la página por la que iba e hizo ademán de apagar la luz de la mesilla.

—Me acabas de hacer una pregunta. ¿De quién estabas hablando?

—Del ilustrador francés.

—¿Morce Moreau?

—Exactamente. ¿Cómo era?

Clic, hizo la luz.

La habitación quedó sumida en la oscuridad, pero fue cuestión de pocos segundos. En cuanto sus ojos se acostumbraron, Anna empezó a distinguir la silueta de los objetos bajo la luz gris y lechosa que venía de la ventana.

Dormían siempre con las persianas levantadas.

—Era una persona muy original, fuera de lo común —respondió su madre, arrojándose con la sábana hasta la barbilla—. Ilustraba libros juveniles.

—¿De verdad? ¿Qué tipo de libros?

—Sobre todo libros de viajes como... *Los viajes de Gulliver*. ¿Lo conoces?

—¿El de la isla de Liliput y la isla de los gigantes?

—Sí, ese. Además ilustró también los viajes del caballero Mandeville. Y *El libro de las maravillas* de Marco Polo.

—El mercader veneciano que estuvo en China.

—Exacto.

—Tommy me ha llevado a ver su casa —explicó Anna, acurrucándose sobre la almohada—. Pero me ha dicho que no era de verdad su casa.

—En realidad, da igual si era su casa o no —comentó su madre—. Lo importante es lo que nosotros creemos. Si para nosotros era su casa... entonces era su casa y ya está.

—Pero Tommy dice...

—Tommy dice un montón de cosas —dijo la mujer sonriendo.

Anna comprendió lo que quería decir y también se rió. Después permanecieron en silencio durante un rato.

—¿De verdad tenía un mono?

—Anna... intenta dormir.

—Pero ¿es verdad o no?

—Sí. Es verdad. Lo traje consigo de África, del estrecho de Gibraltar.

—¿Estuvo en África?

—Y en muchos otros sitios. Era un gran viajero.

—¿Y pintó todos los lugares en los que estuvo?

—Algo parecido, sí. —La señora Bloom bostezó—. Digamos que pintó lo que le gustaba pintar sin preocuparse de si había estado allí o no.

—Pero tú sabes si estuvo o no estuvo, ¿verdad?

—Un par de meses de trabajo más y devolveré esos frescos a su antiguo esplendor. Y quizá entonces lo descubriremos. Y ahora... buenas noches.

—Buenas noches.

Pasó un buen rato. Y después:

—¿Mamá?

—¿Qué?

—¿Me enseñarás mañana dónde está el mono?
—Anna...
—Has dicho que lo pintó. ¿Me enseñarás dónde está?
—No puedes seguir...
—¡Por favor!
—Es casi medianoche. Mañana tienes que ir al colé y...
—¡Solo quiero ver la cara del mono!
—No puedes. Está en el techo.
—Subo mañana contigo al andamio.
—Tu padre...
—¡Anda, mami!
—Bueno, vale...
—¿Prometido?
—Prometido.
Y finalmente Anna se quedó dormida.

La mañana siguiente voló. Literalmente.

Anna volvió del colegio con grandes expectativas. Una vez en casa encontró la comida hecha, acompañada por un montón de instrucciones de su madre sobre cómo calentarla. Hizo caso omiso y, para darse más prisa, se comió todo frío. Comprobó en el diario los deberes que tenía para el día siguiente, eligió los libros y los cuadernos que le hacían falta y metió todo en la mochila.

—¿Preparado? —le preguntó a Miolí, que había decidido trepar hasta arriba de la nevera para observarla mejor.

La chica lo agarró y lo metió en el bolsillo del chaquetón. Miolí dio una vuelta sobre sí mismo y se puso cómodo, asomando fuera del bolsillo las dos patitas y el morro blanco.

—¡Vamos!

Se metió por una calle, pasó por delante de un pequeño puente, apareció en las calles situadas a lo largo del canal de Borgo y subió por ellas casi corriendo. Miolí se agarraba con fuerza al borde del bolsillo.

Bajo la luz límpida de las primeras horas de la tarde, con las orillas del canal repletas de gente y las embarcaciones del mercado flotante desbordantes de verduras de las huertas de la Judeca, la Casa de los Garabatos no tenía nada de tenebroso. Era solo una vieja casa veneciana con el tejado bordeado

de encajes blancos, que mostraba todas las huellas del paso del tiempo. Ese día, la señora Bloom había subido todas las persianas.

Anna apareció en un descansillo de las escaleras inundado de luz. El sol entraba a raudales por las ventanas abiertas de par en par, derramándose sobre el suelo en un perezoso río de polvo resplandeciente. Anna llegó hasta el jardín, pasó bajo la pérgola de glicinias y dejó la mochila al lado de la mesa.

Miolí saltó fuera del bolsillo.

—¡A ver cómo te portas! —lo advirtió la muchacha—. ¿De acuerdo? ¡No tengo ninguna intención de salir a buscarte por toda la ciudad como ayer!

El gatito levantó el morro y empezó a lamerse el pelo. Un gesto que Anna interpretó como un sí.

—Atento —añadió antes de volver atrás y subir las escaleras en busca de su madre.

Le bastó con seguir la música de la radio para volver al gran salón del primer piso.

—¡Hola! —saludó.

La restauradora estaba sentada encima del andamio, concentrada en extender papel adhesivo sobre las vigas del techo.

—Hola —dijo desde arriba. Después suspiró y se puso en cuclillas sobre el andamio—. Si tu padre supiera que te dejo hacer una cosa así...

—¿Qué cosa?

La mujer indicó a Anna una de las barras de hierro sobre la que se apoyaba toda la estructura.

—¿Ves eso? Tiene unas muescas. Úsalas como escalones y sube. Pero ten cuidado.

Anna obedeció al instante y empezó a trepar. El andamio tembló.

—¡Espacio!

La chica subió ágilmente y llegó junto a su madre.

—Aquí está mi mónita... —bromeó ella, alborotándole el pelo—. Ten cuidado. Si te da vértigo, camina a gatas.

—Vale.

—Y, sobre todo... no dejes caer el cubo con el color regenerador. Me sale más barato si te caes tú...

Anna le sacó la lengua. Sabía que su madre estaba bromeando. Y le gustaba su forma de tomarle el pelo. Era un humor de adultos.

En cualquier caso, estaba muerta de curiosidad.

—¿Dónde está? —preguntó.

Su madre se deslizó con mucho cuidado hacia el lado opuesto del andamio, hacia un rincón del salón.

—Justo aquí —dijo, agachándose para coger una lámpara.

Proyectó en la pared un círculo blanquísimo, que rodeó a un mono de ojillos astutos, pelo corto y rojizo, cejas hirsutas y expresión inteligente.

—Caray —murmuró Anna.

Era extraño, pensó, pero se lo había imaginado exactamente así. Inmovilizado para siempre por la mano de su dueño, el animal tenía un morrito impertinente y curioso, pero también un aspecto sabio. Anna lo habría definido audaz.

—Te presento a Ptolomeo —dijo su madre, acercando el dedo al pergamino enrollado pintado sobre la redonda cabeza del animal.

Anna se echó a reír.

—Un nombre un poco raro para un mono ¿no?

—Nombre de viajero —prosiguió su madre—. Ptolomeo era un estudioso griego: uno de los primeros que intentó imaginar la forma de Tierra, de los mares, de los continentes. Muchas de las cosas que diseñó estaban equivocadas, pero durante varios miles de años lo que había imaginado fue aceptado por todos como real.

Anna iba a tocar la pared, pero su madre la detuvo.

—No se toca. Cada dedo en el fresco es una capa de grasa prácticamente indeleble.

La chica abrió la boca para protestar, pero su madre se anticipó:

—Aunque te hayas lavado las manos.

Anna renunció.

—¿Por qué lo ha pintado en esa postura según tú?

—No tengo ni idea.

—¿Qué está haciendo así, con las patas para arriba?

—Yo diría que está sujetando el techo.

Anna negó con la cabeza.

—No. Las patas están a demasiada distancia de las vigas. Está... haciendo otra cosa.

Clavó sus ojos en los ojos impertinentes del mono, intentando descifrar el secreto de aquella mirada.

—Yo diría que... está contento, ¿no crees?

—Parece —concordó su madre.

Anna continuó:

—Encima de las patas delanteras sostiene algo que no está. Algo ligero, por tanto. O a lo mejor... está esperando sostener algo.

Su madre se encogió de hombros.

—No sé qué decirte. Pero quizá tengas un futuro como crítica de arte. —Apagó la luz—. En cualquier caso... querías ver el mono y lo has visto. Ahora, si no te importa, creo que sería mejor que fueras a hacer los deberes.

Anna asintió.

—Para bajar... —empezó a explicarle su madre, pero Anna fue más rápida que ella.

Llegó hasta el lado opuesto del andamio y empezó a bajar sujetándose al tubo.

—¡Chao, mami! —dijo. Y antes de desaparecer añadió—: Chao a ti también, Ptolomeo.

Anna bajó rápidamente la escalera inundada de charcos de luz. Los frescos de Morice Moreau parecían tener vida. Nada más llegar a la pérgola, se dio cuenta de que Miolí había vuelto a desaparecer.

—¡No! —exclamó.

Pero esta vez consiguió entrever la punta blanca de la cola de Miolí por detrás de la tapia de la casa.

Como había imaginado, el gato había llegado a la tapia gracias a la pérgola pero, una vez allí, no había ido al jardín de los vecinos, sino que había empezado a trepar hacia el tejado, subiendo por el canalón.

Al llegar a lo alto del canalón, Miolí se metió por un agujero y desapareció dentro de la habitación en la que Anna lo había encontrado la tarde anterior.

—¡Ah, te pillé! —exclamó la chica.

El bolso de su madre estaba en lo alto de las escaleras.

Anna se aseguró de que su madre no la viera y lo abrió. No le gustaba hurgar entre las cosas de su madre sin permiso, pero esta vez lo hizo. Encontró el mazo de llaves y subió las escaleras hasta llegar a la puerta desvencijada del desván. Abrió el candado a la primera.

Se sorprendió tanto que casi se asustó.

Empujó suavemente la puerta y, a través de la rendija, vio una habitación vacía con el suelo cubierto con grandes láminas de sintasol para protegerlo de la lluvia.

Entró.

Quedaba verdaderamente poco del estudio de Morice Moreau. Una terraza estrecha y larga, desde la que se divisaba el perfil plano de la laguna y las siluetas de las casas de la isla de la Judeca.

Miolí estaba acurrucado en el tejado, bajo una luz cegadora, como una esfinge egipcia. Cuando se dio cuenta de que su dueña estaba allí cerca, se limitó a mover la cola.

Anna llegó hasta él caminando en precario equilibrio sobre las láminas de sintasol. Las vigas estaban ennegrecidas por el fuego, las paredes, sucias de hollín y la tarima agrietada en más de un punto. Había plumas de palomas por todas partes. Y olía a rata.

Más dibujos.

En las escasas paredes que habían sobrevivido a las llamas había otros frescos, cubiertos todos ellos por una pátina oscura. Sin hacer caso de las advertencias de su madre, Anna los tocó.

Estaban calientes.

Cuando retiró la mano, en la pared se veía la huella del dedo. La yema del dedo estaba negra. Anna volvió a pasar el dedo de nuevo. Y después lo pasó una tercera vez, quitando así poco a poco la pátina negra.

Sonrió.

Con el último dedazo había descubierto un par de ojos que conocía bien.

—Ptolomeo —susurró.

Se colocó en cuclillas sobre el sintasol, enfrente de la pared, y se puso lentamente al trabajo, sacando a la luz el segundo retrato del mono. Miolí le lanzaba de vez en cuando una mirada indiferente.

El segundo Ptolomeo era decididamente distinto del que había visto abajo. Aquel tenía las dos patas delanteras levantadas, como para sostener las vigas del techo, mientras que este estaba pataleando. El otro era sabio y mesurado, este parecía estar enloquecido, casi enfadado.

Anna se quedó contemplándolo durante un buen rato, preguntándose qué estaba haciendo realmente. ¿Por qué Morice Moreau había decidido representarlo en esas dos posturas tan raras?

—A lo mejor hay más... —aventuró, mirando a su alrededor. Pero no vio ningún otro mono, así que se puso de nuevo en cuclillas ante el dibujo.

—¿Qué me quieres decir? —preguntó en voz alta, levantando con atención las láminas de sintasol que servían para proteger el suelo.

Debajo descubrió una madera oscura y agrietada. Madera quemada.

Viejas tarimas irregulares que desaparecían bajo las láminas de material plástico.

Tenía que llamar a Tommy cuanto antes y contárselo todo. A Tommy le encantaban este tipo de cosas. Mientras que a ella...

Anna apoyó las manos en el suelo en correspondencia con el retrato del mono. La madera crujió levemente bajo su peso.

Anna apretó encima de una de las maderas de la tarima. Después encima de otra. Buscó el punto exacto desde el que Ptolomeo parecía saltar.

Nada.

Solo madera vieja. Que crujió y...

Tac, hizo el suelo. Un solo ruido, seco. Anna quitó las manos, asustada. ¿Qué había sido eso?

Apoyó de nuevo las manos en el punto en el que el suelo había hecho ruido y volvió a apretar. Pero esta vez las viejas maderas de la tarima se limitaron a crujió. Anna dejó caer las manos entre las rodillas, pensativa. ¿Había oído de verdad ese ruido? ¿Había... sucedido de verdad? ¿Y sucedido qué, además?

Se puso de pie, presa de un extraño nerviosismo. No conseguía tranquilizarse y se dio la vuelta para ir a buscar a Miolí. El gato no quería ni oír hablar de obedecerla, pero Anna fue tajante.

—¡Nos vamos de aquí ahora mismo! ¿Entendido?

Lo cogió y salió del estudio.

—¡Y no vuelvas a subir nunca más aquí! ¡Nunca más! ¿Está claro? — repitió de nuevo—. ¡Nunca más!

Cerró la puerta y volvió a meter las llaves dentro del bolso de su madre.

Hizo los deberes con rabia. Y con mucho esfuerzo.

Tuvo que leer los mismos párrafos diez veces antes de conseguir entenderlos. Sin darse cuenta, se quedaba completamente ensimismada mirando las paredes de la casa, sus ventanas y el tejado en mal estado. Cada vez que miraba hacia la buhardilla, volvía a pensar en cuando el suelo había hecho tac. Después movía la cabeza y se ponía otra vez a leer.

Miolí no se volvió a escapar: pasó toda la tarde acurrucado encima de la mesa que estaba delante de Anna.

Por la tarde la señora Bloom la encontró aún sentada a la mesa.

—¿Nos vamos a casa?

Anna levantó la vista. La silueta de su madre se recortaba contra la oscuridad de la escalera. Sonreía.

Anna cerró el libro y los cuadernos y, sin responderle, metió todo en la mochila. Miolí se deslizó él solo hasta el bolsillo del chaquetón.

—¿Tenías muchos deberes hoy? —quiso informarse la madre. Y después —: ¿No ha venido Tommy?

Anna no contestó. Era como si sus pensamientos estuvieran envueltos en una madeja de hilo inextricable que les impedía llegar hasta los labios.

—¿Pasa algo? —le preguntó la mujer, extrañada por ese silencio.

Anna negó con la cabeza y la siguió hasta la salida, pero antes de dejar la Casa de los Garabatos quiso echar una última ojeada al fresco del segundo piso.

Quería ver a Ptolomeo de nuevo.

—¡Solo un segundo mamá! —la tranquilizó, antes de pasarle la mochila y echar a correr escaleras arriba.

Se acercó al andamio y lo buscó. El mono estaba allí arriba, en un rincón de la habitación, como siempre. Era como si sostuviera realmente una viga encima de las patas.

Anna lo observó mejor. Las sombras del atardecer no eran de gran ayuda pero, al moverse hacia el salón, Anna tuvo la impresión de que la viga que sujetaba Ptolomeo estaba... torcida.

O de que se había movido.

Parpadeó rápidamente debido al estupor.

¿Era posible que su madre no se hubiera dado cuenta?

—¡Anna!

—¡Voy!

Luego, sin pensárselo dos veces, trepó hasta el rincón del techo.

Miolí se agazapó en el fondo del bolsillo. Prestando mucha atención para no tocar los pertrechos de su madre, Anna se acercó al fresco de Ptolomeo.

Había pasado algo importante: ahora la parte final de la viga del techo estaba pegada a las patas delanteras del mono. Y la madera había descendido una decena de centímetros.

Anna levantó las manos para tocarla. La parte final de la viga se movió suavemente.

La chica tiró de ella.

Y el trozo de madera se desprendió.

Anna casi perdió el equilibrio. Tenía en la mano una especie de caja de madera, de unos veinte centímetros de largo y otros veinte de ancho. Una

especie de doble fondo de la viga. Un doble fondo que ella había abierto al tocar algo en el suelo del piso de arriba.

—¡Anna! ¡Cierro y te quedas ahí dentro! —gritó su madre desde el piso bajo.

La chica miró dentro de la caja: había un paquete amarillento, unos pinceles negros atados con un cordoncillo sutil, un estuche de colores de metal negro algo sucio y un extraño anillo de cobre.

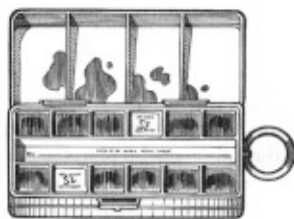
Se metió todo en el bolsillo, volvió a colocar el doble fondo en la parte final de la viga e hizo una leve presión.

Tac, hizo la viga, volviendo a mimetizarse perfectamente con el techo.

Por encima de las patas delanteras de Ptolomeo había de nuevo diez centímetros de pared.

—Caray... —murmuró.

Y bajó del andamio.



Capítulo 4

El PAQUETE

Anna llevaba puesto un albornoz y estaba de cuclillas en el baño. A sus espaldas, el agua caliente salía del grifo a borbotones y llenaba poco a poco la bañera. El contenido de la caja secreta estaba colocado encima de la alfombrilla.

Fuera del baño, su madre estaba acabando de hacer las tareas de la casa.

Lo primero que hizo Anna fue abrir el estuche de colores. Era un objeto muy pequeño, una decena de centímetros por otros diez. Contenía doce acuarelas, muy usadas. Doce colores para diluir en agua. Había también unos pequeños huecos para mezclar los colores y otro para poner los pinceles. Por fuera, el estuche tenía una ranura que acababa en un anillo de cobre.

Anna se puso el anillo: el estuche formaba una especie de pequeña mesita en la que abrir los colores para poder trabajar incluso sin apoyos.

El vapor caliente que desprendía el agua empezó a condensarse en los espejos.

Anna miró rápidamente los pinceles, después pasó al paquete amarillento en el que estaba escrito: «En caso de extravío, se ruega restituirlo al señor Morice Moreau, calle del canal de Borgo, 89, Venecia. Se recompensará. En caso de imposibilidad, se ruega enviarlo al señor Moore, Viajero Imaginario, Frogmal Lane, 23, Londres».

La joven giró un par de veces el paquete entre las manos, antes de decidir por qué lado abrirlo. Parecía contener algo duro, pero bastante ligero. Ayudándose con las uñas, cortó por un lado el papel y lo arrancó.

Dentro había un libro.

O un diario.

O las dos cosas juntas. Era una libreta con tapas duras y páginas de papel hecho a mano con los bordes irregulares.

Anna la dejó en el suelo, ante sí, y apoyó el pliego encima de los pinceles

y el estuche de colores.

En la tapa de la libreta estaba escrito: «Viaje al Pueblo que Muere».

Justo después, precedida de un largo guión, la fecha: «1909».

Y, aún más abajo, una firma: «Morice Moreau».

Emocionada por el descubrimiento, Anna abrió la libreta.

En la primera página había un dibujo de un hombre a horcajadas en un baúl. Estaba leyendo un libro y llevaba un sombrero de ala ancha por debajo del cual asomaba una larga melena. Las piernas, torcidas y arqueadas, finalizaban en dos altas botas negras que abrazaban el baúl.

El baúl era tan panzudo que parecía que se iba a abrir de golpe de un momento a otro, desmontando al hombre de la silla.

El dibujo era una especie de dedicatoria porque, justo debajo, Morice Moreau había escrito: «A mis amigos Viajeros Imaginarios».

—Viajeros Imaginarios... —murmuró Anna, volviendo a leer la dirección escrita en el sobre:

«Señor Moore, Viajero Imaginario».

Pasó la página.

En ella podía verse un dibujo más grande: tres personas en un bosque al lado de una extraña construcción cuadrada, muy baja. La ilustración se titulaba «Et in Arcadia ego».

En una parte de la hoja había un marco vacío, que no contenía ilustración alguna.

En la página siguiente, una larga serie de símbolos incomprensibles. Anna empezó a hojear las demás páginas cada vez más rápido, invadida por una extraña excitación.

Las pocas decenas de hojas de la libreta contenían otras ilustraciones y más anotaciones incomprensibles. Parecían jeroglíficos egipcios. Marcos vacíos, dibujos y anotaciones se subseguían sin orden aparente y solo de vez en cuando se conseguía distinguir algo en aquella mágica confusión de trazos y manchas de color.

Como al final de la libreta, donde Anna se detuvo en la página titulada «El Pueblo que Muere». En ella podía verse un inquietante paisaje de tintes otoñales, en el centro del cual había una roca alta y desnuda con las laderas escarpadas, que sobresalía entre los bosques vecinos como una enorme seta.

—Aquí no hay ningún pueblo... —observó Anna, en medio del rumor del agua caliente que seguía saliendo tras ella. Se había olvidado por completo del baño y, al observar aquel paisaje, sin ningún motivo preciso, su corazón había empezado a latir aceleradamente.

Como en otras páginas, también allí había un marco con adornos florales. Era pequeño, como un sello, y fue el que más le llamó la atención. A diferencia de los otros, de hecho, en su interior había un retrato de mujer.

La mujer estaba rodeada de hojas caídas, y su falda ondeaba al viento. La cabeza estaba girada, como para asegurarse de que no la siguiera nadie. Y... parecía como si estuviera mirando fuera del libro. Como si en realidad estuviera escapando del lector.

De Anna.

—Caramba —murmuró la chica.

El agua caliente había llegado ya casi al borde de la bañera. El baño estaba envuelto en nubes de vapor.

Anna puso los dedos en el paisaje otoñal y después empezó a moverlos, lentamente, siguiendo el perfil de los colores. El papel era rugoso, poroso, de una textura que no había palpado nunca antes. Acercó los dedos al marco con la mujer huyendo y, después de un titubeo inicial, la tocó.

Entonces sucedió algo.

A Anna la invadió una repentina sensación de melancolía. Ascendía desde el dedo y se difundía por todas partes. Notó a su alrededor el perfume de las flores y un lejano susurro de árboles movidos por el viento.

Apoyó con más fuerza el dedo en la página y, entonces, la sensación se hizo aún más intensa. Flores, árboles, un viento lejano.

Y después en su cabeza resonó clarísima la voz de aquella mujer.

—Ayúdame... —dijo—. Ayúdame, por favor.

Anna quitó de golpe la mano de la imagen. Asustada, volvió rápidamente a la realidad.

Ahora oía los pasos de su madre fuera del baño. La estaba llamando:

—¡Anna! ¡Anna! ¿Estás todavía en la bañera?

Anna se puso de pie como un resorte.

Estaba trastornada por lo que había visto y lo que le había parecido oír, pero no quería que su madre descubriera los objetos que habían pertenecido a Morice Moreau.

Los escondió rápidamente bajo la pila de toallas, se quitó el albornoz y, sin pensárselo dos veces, se sumergió en la bañera llena de agua muy caliente.

Justo a tiempo.

Su madre abrió la puerta del baño y dio un salto hacia atrás, como si el vapor la hubiera agredido.

—¡Anna! —dijo, agitando las manos—. ¿Estás segura de que va todo bien?

—Sí, mamá —respondió la chica, intentando mantenerse inmóvil en el agua hirviendo y cerrando el grifo.

Por el sumidero de seguridad salían chorros y chorros de agua. Y más agua se había desbordado de la bañera, inundando la mitad del suelo.

—¿Tienes que armar todo este jaleo para darte un baño?

—Después lo recojo.

—¿Estás segura de que va todo bien?

—Claro —asintió Anna.

Pero no era así. El agua estaba hirviendo.

Quemaba.

—¡No deberías bañarte con agua tan caliente! —la regañó su madre.

«Vete —suplicó Anna—. Vete o me pongo a gritar.»

La mujer sonrió.

—Te espero en la cama. Intenta por lo menos no mojar te el pelo.

En cuanto cerró la puerta, Anna saltó fuera del agua, con la piel roja como un cangrejo.

Se secó rápidamente, pensando en lo que había pasado. Y se convenció de que se había equivocado. De que se había dejado sugestionar, como siempre, por las imágenes. Había creído oír esa voz. En realidad, era su madre que decía «Anna» y ella había imaginado oír una voz que suplicaba ayuda.

Sí. Eso era lo que había pasado.

Eso era todo.

Poco a poco, el ritmo de los latidos se fue acompasando. Anna dejó que la bañera se vaciara dejándose acunar por el borbotar del agua. Se frotó la piel enrojecida y buscó una crema apropiada entre los miles de muestras gratuitas que le gustaba coleccionar. Después de extenderse por todo el cuerpo, se puso el pijama y se lavó los dientes con calma, como si aquella fuera una noche completamente normal.

Una noche como las demás.

Comprobó a través de la puerta que su madre se hubiera ido ya a la cama. Reconoció el haz de luz de la lámpara al fondo de pasillo.

Perfecto.

Recuperó los objetos de Morice Moreau de debajo de las toallas y corrió a la salita donde estaba su pequeña biblioteca. La grande se había quedado en Londres, con papá.

Abrió el cajón en el que guardaba los cuadernos del colegio y se dispuso a esconder todo allí dentro.

Pero cuando iba a meter dentro la libreta, la curiosidad pudo más que ella.

Tragó saliva.

La volvió a abrir por segunda vez.

Y con enorme sorpresa vio que el pequeño marco con adornos florales estaba vacío. La mujer había desaparecido.

¿Qué había pasado?

Anna hojeó rápidamente la libreta hacia atrás y se detuvo en otro marco. Estaba dibujado en los márgenes de una página con la aterradora ilustración de un castillo en llamas. Lo había visto ya antes, pero le había parecido que estaba vacío.

Sin embargo, esta vez no estaba vacío.

En su interior había un hombre sentado en lo alto de una especie de torre de cojines apilados uno sobre otro. El hombre se mantenía en equilibrio ayudándose con un larguísimo paraguas negro.

Era una ilustración al mismo tiempo humorística e inquietante, que a Anna antes se le había pasado.

La chica miró a sus espaldas.

El apartamento estaba oscuro y silencioso, excepto por la luz de la mesilla del dormitorio y por el rumor de las páginas del libro que su madre estaba leyendo.

Anna volvió a mirar dentro del marco con el hombre sentado encima de la pila de cojines. Aún estaba allí. No se había equivocado.

Puso encima los dedos.

Y enseguida, igual que antes, sintió una extraña sensación que le subía por la mano, la muñeca, el brazo y se difundía dentro de ella como una invasión de minúsculos insectos.

Esta vez era miedo.

Anna mantuvo los dedos inmóviles, rígidos, encima del dibujo del hombre.

Después una voz resonó en su cabeza. Una voz seca, áspera. Una voz de hombre que le preguntó con tono airado:

—¿Y tú quién eres?

En ese momento, sonó la sirena de un vapor lejano. Anna se asustó y pegó un grito. Arrojó el libro en el cajón y corrió al dormitorio, refugiándose velozmente bajo las sábanas.

Su madre bajó el libro, preocupada.

—¿Y ahora qué pasa, Anna?

—Nada. No ha sido nada —mintió la chica.

Pero después añadió:

—Por favor, mami, no apagues la luz.



Capítulo 5

Un **GRITO** de AYUDA

—Me han hablado, ¿sabes? —le confió Anna a Tommaso.

Los dos estaban volviendo del colegio. Anna le había contado lo de los dos monos, el doble fondo, los objetos escondidos y la libreta.

Tommaso parecía tranquilo. Hacía preguntas tranquilizadoras e intentaba entender:

—Entonces... tú has apoyado la mano encima... y has oído la voz.

—Exacto.

El muchacho movió la cabeza.

—Pues sí que es raro, la verdad.

—Muy raro —confirmó Anna—. Y me ha pasado ya dos veces, no una.

—Solo que la primera vez... no te ha dado miedo.

—No. Era más bien una sensación de... tristeza. He oído a alguien que me pedía ayuda. Parecía una mujer.

—Y la segunda vez sin embargo...

—He tenido miedo y ya está. Era como si aquel hombre sentado en la pila de cojines estuviera dentro del libro y me estuviera mirando. ¡Ha sido una sensación terrible!

Tommaso se detuvo delante de un puente.

—Creo que sería mejor que echara una ojeada a ese libro. ¿Lo has traído?

—¿Quieres ponerte a mirarlo aquí?

—No, en mi casa. Tengo los instrumentos necesarios.

—¿Qué instrumentos?

—Tú no te preocupes. ¿Lo has traído o no?

Los instrumentos de Tommaso eran una lupa, un abrecartas, post-it amarillos y una moneda de la buena suerte que le había regalado su tía.

Se sentaron con las piernas cruzadas en la alfombra del dormitorio. Anna le enseñó a su amigo los pinceles, los colores, el anillo y la libreta.

Tommaso los miró uno tras otro con la lupa, anotó algo en los post-it y los fue dejando a su lado. Cuando Anna le pasó el paquete que contenía la libreta, exclamó:

—¡Vaya!

Pero no dio más explicaciones. Luego cogió la libreta.

—Sería esta entonces...

La midió: veinte centímetros por quince por dos de grosor. Y también la pesó: veintisiete gramos.

Anna le dejó trabajar sin decir nada. Tommaso apoyó la libreta en la alfombra, justo delante de las piernas cruzadas, y la examinó durante un buen rato con la lupa para después decidir que no tenía nada especial que señalar.

—Ábrela —dijo Anna.

Antes de hacerlo, Tommaso se puso un par de guantes de látex blancos.

—Me quedan un poco pequeños... —farfulló, haciendo un esfuerzo para meter los dedos—. Se los he quitado a mi madre.

—¿Son los de la policía científica?

—Ella los usa para limpiar las gambas.

—Espero que los hayas lavado.

Tommy hizo una mueca burlona a la amiga. Después abrió la libreta.

Todo estaba exactamente como Anna lo recordaba: la dedicatoria inicial, las acuarelas, las extrañas letras, la escritura con jeroglíficos.

—Casi como me lo imaginaba —comentó Tommy.

—¿Has visto esos símbolos?

Después de pasar unas cuantas páginas, el chico confesó:

—Yo conozco esta escritura.

—¿Qué quieres decir?

—Luego te lo explico. ¿Dónde está el marco que decías?

—Más adelante.

El chico siguió pasando páginas.

—Ahí está... —lo detuvo de repente Anna—. Tendría que estar en esta página... Aquí.

Pero el marco con el castillo en llamas estaba vacío.

—¿Este?

—Exacto. Pero el hombre no está.

—¿Cómo que no está?

Anna miró fijamente el marco vacío.

—Estaba ahí.

—¿Quieres decir que el dibujo parlante ha desaparecido?

—¡No me tomes el pelo!

—No te estoy tomando el pelo.

—Sí, lo estás haciendo. ¡Pero yo te aseguro que el hombre estaba dentro de ese marco!

—¿Y la mujer?

Molesta, Anna cogió la libreta y la abrió por la página con el paisaje. Indicó el marco vacío en el margen inferior izquierdo.

—¿También ella ha desaparecido?

—Eso parece.

—Y tú estás segura de que los has visto...

—Sí, a los dos.

Tommy se pasó la mano con el guante por entre el pelo castaño.

—¿No te habrás equivocado? ¿No será que le has echado un poco de imagin...?

—¡Te digo que dentro de esos dos marcos había dos dibujos!

—Que te han hablado y después han desaparecido. ¿Y todo esto te parece normal?

—No, claro que no me parece normal. ¡Por eso te lo he contado!

—Sí, pero...

—¡Pero, al parecer, me he equivocado! He hecho mal. Ahora crees que veo visiones...

—Anna, no creo que veas visiones, pero... —Tommaso pasó las páginas en busca de otros marcos—, pero tienes que admitir que...

—¿Qué tengo que admitir, eh?

—¡Bueno, vale! Es imposible hablar contigo.

—¡Y contigo!

Anna se cruzó de brazos y se encerró en un mutismo absoluto.

Tommaso siguió hojeando la libreta.

—La verdad es que es preciosa —dijo.

Ninguna respuesta.

El chico se concentró en la dedicatoria inicial. Y cuando vio el baúl entre las piernas del Viajero Imaginario añadió:

—¡Y aquí está el baúl! ¡Increíble! Tal como imaginaba. Todo coincide.

Anna lo miró de reojo.

—¿Qué es lo que coincide?

Tommaso sonrió imperceptiblemente.

—Oh, nada especial. Hay tres cosas que me han llamado la atención.

Anna lo miró fijamente, enfurruñada.

—La primera es la dirección que había en el sobre que contenía la libreta. La segunda son los caracteres con los que están escritas las distintas anotaciones. La tercera es la dedicatoria. ¿Y sabes por qué?

—Pues no, no lo sé.

—Porque tengo la sensación de haberlas visto antes.

Tommy se acercó a las estanterías situadas sobre la cama y empezó a mirar el lomo de los libros uno a uno.

—Pero ¿dónde lo habré metido? —refunfuñó.

Cuando por fin encontró el libro que buscaba, se lo pasó a Anna.

—Mira cómo se llama el autor.

—Ulysses Moore.

—Exacto. Ulysses Moore. Y el paquete está dirigido a un tal señor Moore.

Anna giró el libro entre las manos. Se titulaba *La Puerta del Tiempo*.

—Puede ser solo una coincidencia —observó.

—Espera, espera. —Tommaso le hizo abrir el libro y le enseñó la fotografía de un enorme baúl que aparecía en una de las primeras páginas—. Segunda coincidencia: el traductor del libro cuenta que le invitaron a Cornwallles para conocer a un misterioso escritor y que, una vez allí, le mandaron ese baúl a la habitación del *bed & breakfast* en el que se alojaba.

—¿Y qué había dentro del baúl?

—Diarios. Los cuadernos de Ulysses Moore, escritos enteramente... en código. Con una caligrafía incomprensible. Y esta es la tercera coincidencia.

Tommaso pasó rápidamente las hojas del libro hasta que encontró unos símbolos idénticos a los utilizados por Morice Moreau en su libreta.

—¡Oh! —exclamó Anna al reconocerlos—. ¿Cómo es posible?

—A lo mejor la historia de Ulysses Moore no es una invención.

—¿De qué trata?

—De un pueblo que nadie consigue encontrar.

—¿El Pueblo que Muere?

—No. Se llama Kilmore Cove y está en algún lugar de Cornwallles... Es un pueblo como los demás, salvo por lo que se refiere a las Puertas del Tiempo.

—¿Puertas del Tiempo?

—Son puertas que se pueden abrir solo con llaves especiales. Con forma de animales. Cada llave abre solo una puerta. Y una vez abierta, la puerta conduce... a un lugar muy muy lejano.

—No puede ser.

—¿Por qué?

—No existen puertas así.

—Tampoco existen libros con dibujos que desaparecen.

Anna se mordió la lengua.

—Anda, sigue.

Tommaso se encogió de hombros.

—Vale. Te decía que alguien envía, por algún motivo, cuatro llaves a unos chicos. Y, mira por dónde, las cuatro llaves abren precisamente una de esas Puertas del Tiempo. Mejor dicho: abren la Puerta del Tiempo por excelencia. La más importante de todas. Es una puerta de madera llena de arañazos, como si alguien hubiera intentado arrancarla de la pared, y está ennegrecida por el fuego, como si alguien hubiera intentado quemarla.

Anna aguzó los oídos.

—Los chicos consiguen abrirla. Pero, para hacerlo, tienen que descifrar antes unos mensajes escritos con unos símbolos incomprensibles.

—¿Y cómo lo hacen?

—Fácil. En la biblioteca de su casa hay un libro que se llama *Diccionario de las lenguas olvidadas*. Lo usan.

—¿Y una vez que abren la puerta?

—Se encuentran en un lugar imaginario del antiguo Egipto. Un lugar que nadie ha encontrado jamás.

—Como Kilmore Cove.

—Exacto. Y ese no es el único viaje que hacen. Van también al Jardín del Preste Juan, del que habla Marco Polo. Y vienen aquí, a Venecia.

—¿A Venecia?

—Buscaban la Isla de las Máscaras.

—¿Y existe?

—Por desgracia, no —admitió Tommaso—. Pero la descripción de la isla corresponde a la de un pequeño islote de la laguna en el que había un convento. Y que... mira por dónde... se incendió. Como en el libro.

«De nuevo el fuego», pensó Anna.

—Pero todo esto no explica de qué manera están relacionadas las dos cosas —concluyó la chica.

—Morice y Moore usan la misma escritura. Y los dos son viajeros —dijo Tommy.

—Imaginarios.

—Quizá. Pero hay un detalle que podría sernos útil... El traductor que recibió el baúl dice que, después de una larga búsqueda, consiguió llegar a Kilmore Cove.

—A lo mejor es solo una especie de broma.

—Puede ser. Pero en los libros hay fotos y... muchos detalles que me hacen dudar.

—Podríamos intentar llamarlo.

—¿A quién? ¿A Ulysses Moore? He buscado en internet. No está en la guía de teléfonos. Mejor dicho: estaba hace cincuenta años, pero después nada.

—No. Podríamos llamar a ese... traductor que encontró el baúl con los diarios.

—¿Y qué le contamos?

—Lo que hemos descubierto. A lo mejor él nos puede ayudar.

Tommaso se rascó la cabeza, pensativo.

—No creo que sea tan fácil.

—Tendrá un nombre, ¿no?

El chico lo leyó en el libro.

—Podría ser un nombre falso.

—Vamos a ver. —Anna encendió el ordenador de su amigo y buscó el nombre en internet—. Yo diría que no es falso en absoluto —murmuró después de un rato—. Es un traductor que colabora con una editorial. —Comprobó en la pantalla y luego añadió—: Tiene también una dirección de correo electrónico.

Al oír a su amiga escribir rápidamente en el teclado, Tommaso se alarmó de repente.

—¡Espera! ¿Qué vas a hacer?

Anna pulsó la tecla «Enter».

—¡Ya está!

—¿Qué?

—Le he escrito.

—Perdona, ¿escrito qué?

Anna le había contado al traductor parte de lo que les había pasado. No todo, solo lo que, según ella, bastaba para despertar su curiosidad.

La tarde en la que mandó el mensaje no le llegó respuesta. Ni tampoco a la mañana siguiente, cuando Tommy se despertó casi al alba, para encender el ordenador y, en el silencio de la casa aún adormecida, ver los nuevos mensajes.

Los dos chicos se vieron al día siguiente en el colegio, pero evitaron hablar del mensaje. Esa tarde hicieron los deberes juntos, mientras lanzaban frecuentes miradas ansiosas a la pantalla del ordenador y al móvil.

Cuando Anna volvió a casa, el traductor todavía no había contestado.

Tommy fue a darse una ducha para intentar quitárselo de la cabeza pero, cuando volvió al dormitorio, vio en el móvil el icono de un mensaje. No era de Anna. Era de un número desconocido.

«Es una broma, ¿verdad?», decía el texto del mensaje.

«Es él —pensó—. El traductor».

«No, no es una broma», contestó Tommy, con un nudo en la garganta.

Después esperó.

Y esperó, con el pelo chorreando.

Cuando ya había perdido la esperanza, llegó un mensaje: «Vivo en Verona. Mañana tengo una cita en San Donà di Piave. ¿Podemos vernos en Venecia para hablar del asunto?».

Tommy tenía los dedos helados por los nervios. Consiguió apretar solo dos teclas: «Ok».

Después llamó a Anna.



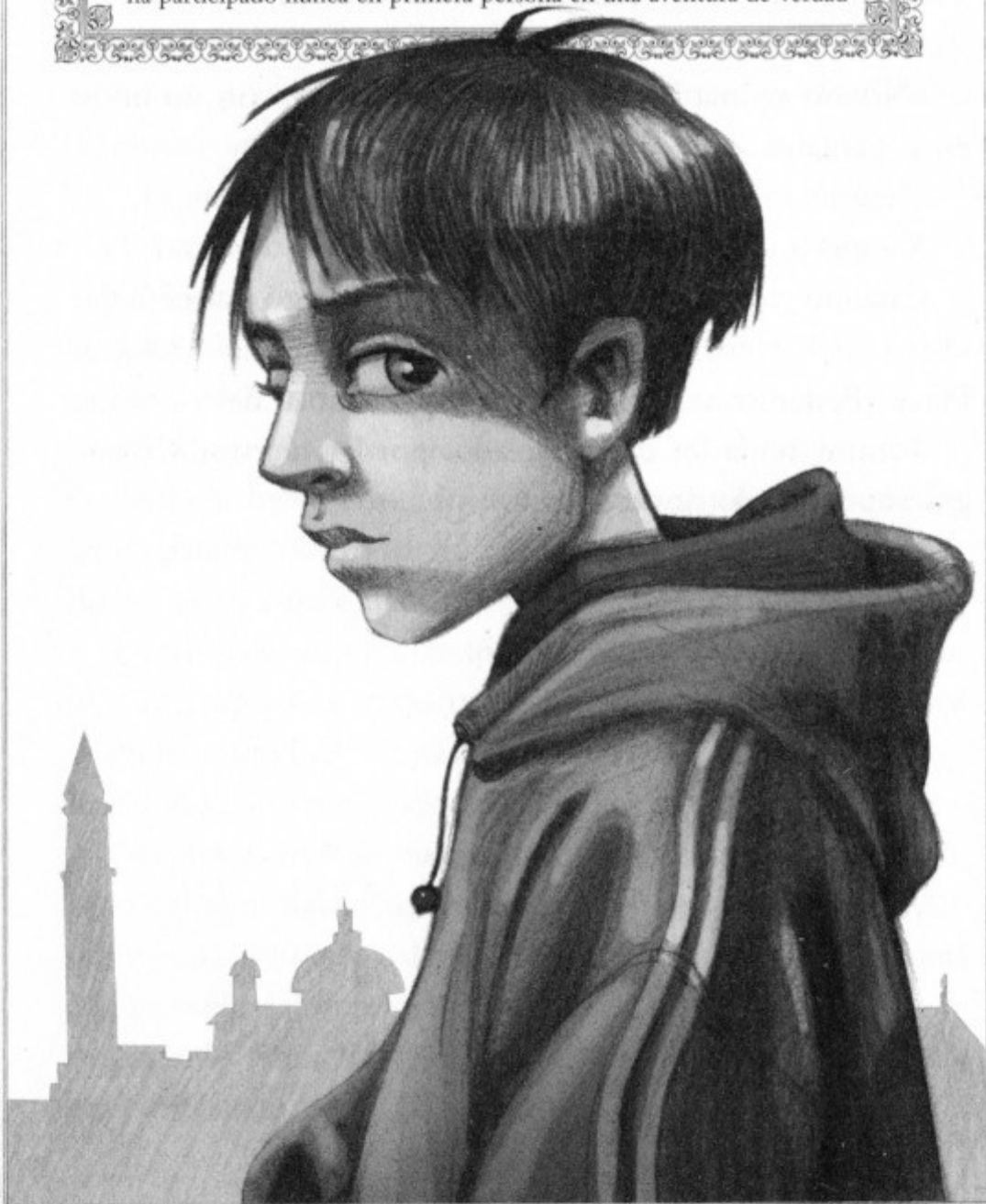
Nombre: **Tommaso Ranieri Strambi**

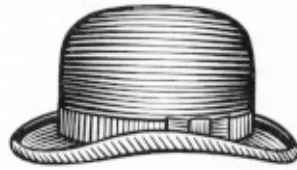
Nacido en: Venecia, el 24 de octubre

Edad: 13 años

Dirección: vive en Venecia, en el número 173
de una pequeña calle de Dorsoduro

Particularidades: es un asiduo lector de novelas de aventuras, pero no
ha participado nunca en primera persona en una aventura de verdad





Capítulo 6
En el **CAFÉ FANTASMA**

—Yo digo que es ese del bombín negro —susurró Anna, atisbando la plaza de Santa Margarita desde detrás de la casa del verdugo.

Tommaso, a su lado, frunció los labios.

—Hummm... ¿Tú crees que es tan viejo?

—¿Por qué? ¿Cuántos años tendrá según tú?

—No lo sé... En internet no lo dice —respondió el muchacho.

Anna observó al hombre de la perilla y el bombín negro que estaba sentado en el Café Duchamp, intentando decidir si era joven o viejo. A ella, todos los adultos le parecían iguales.

—¿Y ese, según tú, es viejo?

—Te digo que no es él. Además, no lleva el libro —dijo tajante Tommaso.

Habían acordado que, para reconocerse, llevarían los dos un ejemplar del libro de Ulysses Moore.

Esperaron.

—¿Él sabe cuántos años tenemos nosotros? —le preguntó Anna un poco después.

—No, no lo sabe.

—Esperemos que no se enfade.

—Si le hubiéramos dicho nuestra edad, probablemente ni siquiera nos habría dado una cita... —Se le hizo un nudo en la garganta—. Ahí está —sonrió Tommaso, poniéndose rojo de golpe.

En el otro lado de la plaza apareció un hombre un poco encorvado, con unos pantalones vaqueros, una chaqueta arrugada y el pelo canoso completamente despeinado. Llevaba en la mano un ejemplar del primer libro de Ulysses Moore y miraba a su alrededor algo indeciso. Cuando reconoció la

casa del verdugo, la única de la plaza que no tenía ninguna otra al lado, vio también las mesas del bar y fue a sentarse en una de ellas.

—¡Caramba! ¡Ha venido de verdad! —dijo Anna.

El hombre se sentó a una mesa situada cerca de la del individuo del bombín negro. Intentó llamar su atención enseñándole el libro que llevaba. Después, visto que el otro lo ignoraba, empezó a mirar a su alrededor.

—¿Y ahora qué hacemos? —susurró Tommaso.

Anna le dio un empujoncito.

—Ve tú delante. Yo te sigo.

—¡Un momento! No es tan fácil. Tenemos que... repasar bien lo que vamos a decirle, el modo en que... —Respiró a fondo y se pasó la mano entre el pelo castaño. Estaba totalmente colorado.

—No tendrás miedo otra vez, ¿verdad? —observó Anna.

—¿Qué quieres decir con «otra vez»?

La chica lo empujó con fuerza, obligándolo a salir al descubierto.

—¡Venga, ánimo! ¡Si algo sale mal, pues le pides un autógrafo para disimular!

—¿El señor traductor? —preguntaron los chicos, acercándose a la mesa.

El hombre alzó los ojos, mirando primero a Tommy y después a Anna. Reconoció el libro y se presentó.

—Tommaso Ranieri Strambi —respondió Tommy.

—Anna Bloom.

—Encantado de conocerlos. Sentaos, sentaos, por favor.

La voz del hombre tenía un tono risueño. Los dos chicos corrieron las sillas y se sentaron enfrente de él.

—Contadme todo.

Pidieron tres refrescos con gas y, mientras esperaban, Anna fue desgranando los acontecimientos de los últimos días. Cuando concluyó el relato, el traductor permaneció en silencio.

—¿El nombre de Morice Moreau le dice algo? —le preguntó Tommaso.

—No, no mucho. Mejor dicho: nada de nada.

—¿Y todo lo que le hemos contado?

—Pues... me parece una historia verdaderamente interesante. Si fuera la trama de un libro, me gustaría saber cómo continúa.

—¿Pero nos cree o no?

—¡Claro que os creo!

—¿Y no piensa también usted que puede haber una... relación... entre la libreta que hemos encontrado y el libro sobre Ulysses Moore que usted ha escrito?

—Ulysses Moore vive en Kilmore Cove. Vuestro señor Moore es de Londres. Y además Moore es un apellido bastante corriente.

—O sea que, en su opinión, no hay ninguna relación...

—No, no he dicho eso. He dicho que... me parece una historia muy interesante. Eso es todo. ¿Dónde está la casa del pintor?

Anna se lo explicó en pocas palabras.

—Si quiere, podemos ir juntos.

En la mesa de al lado, el hombre del bombín negro posó ruidosamente el vaso en un platito.

El traductor se echó hacia atrás el pelo.

—A lo mejor después. ¿Habéis traído la libreta con los dibujos?

—No —respondieron los dos al unísono.

El hombre les dirigió una mirada inquisitiva.

—La tenemos guardada en un sitio seguro —explicó Tommaso.

—Pero hemos hecho unas fotos.

—¿Y las fotos las tenéis aquí?

—Claro.

Anna rebuscó dentro de su mochila y se las dio.

—Interesante...

—¿Verdad?

—Y también de un cierto valor. Hacéis bien en tenerla en un lugar seguro.

El traductor se agachó para examinar algunas fotos más de cerca.

—¿Y qué me decís de los dibujos que desaparecen?

—Estaban dentro de estos dos marcos —explicó Anna, enseñándole las fotos correspondientes.

—¿Y los marcos también desaparecen?

—No. Solo los dibujos que están dentro.

—«El Pueblo que Muere...» —leyó el hombre, mirando el paisaje pintado cerca del segundo marco.

—¿Le dice algo?

—No, no he oído hablar nunca de él.

—¿Y estos signos? —se informó Tommaso, indicando los símbolos parecidos a jeroglíficos.

—Son sin duda los caracteres del disco de Festo —confirmó el traductor.

—¿Qué son? —intervino Anna.

—Un tipo de escritura usada por Ulysses Moore y sus amigos —respondió el hombre—. Unos caracteres grabados en una reliquia arqueológica encontrada en la isla de Creta. Y que nadie ha traducido nunca.

—¿Y usted podría hacerlo?

El hombre reflexionó unos instantes antes de responder.

—Oh, no... O por lo menos no aquí y ahora. Haría falta muchísimo tiempo...

El hombre del bombín negro se había atrincherado detrás de un diario deportivo.

—Si queréis hacerlo más rápidamente, os conviene hacer una cosa... —murmuró el traductor—. Consultar el *Diccionario de las lenguas olvidadas*.

Tommaso abrió los ojos de par en par.

—¿Usted lo tiene?

—Oh, no, no. Si no me equivoco, el único ejemplar existente se encuentra en la biblioteca de una vieja casa de Cornualles.

—¿Se refiere a Villa Argo? —aventuró el chico con un hilo de voz.

—Exacto.

—Pero Villa Argo... está en Kilmore Cove, en Cornualles. Y Kilmore Cove no...

—Dos horas de avión hasta Londres. Y otras dos en coche hasta Zennor. Después, desde allí... está cerca. Yo diría que vale la pena si eso puede ayudar a resolver un enigma como este.

—A ver si lo he entendido —recapituló Anna—. ¿Nos está aconsejando usted que vayamos a Kilmore Cove, a Villa Argo, para consultar el *Diccionario de las lenguas olvidadas*?

El hombre asintió.

—Creo que sería una buena idea. Si los Covenant os dejaran entrar en casa... tendríais todo resuelto. Me refiero a los hijos, claro. Con los padres es inútil hablar.

—¿Y usted no podría acompañarnos? —preguntó Anna—. Usted sabe cómo llegar, así que nos ahorraríamos un montón de tiempo.

El traductor sacó una agenda roja.

—Me temo que no. Tengo muchísimos compromisos las próximas semanas. Antiguos compromisos. Aburridísimos compromisos. Mientras que vosotros, si no me equivoco, mañana empezáis las vacaciones.

—¿Cómo lo sabe?

El hombre cerró la agenda.

—Las vacaciones escolares no son un secreto de Estado.

—¿Tú qué dices? —le preguntó Anna a Tommaso.

—¡Imagínate! Mis padres no me dejarán ir ni locos.

—De todas formas, si queréis, os puedo dar las instrucciones —sonrió el hombre.

—¿Instrucciones?

Sacó del bolsillo un sobre blanco sellado. En el sello de lacre estaban grabadas las iniciales «U» y «M», mientras que, con la caligrafía ondulada y angulosa de Ulysses Moore, estaba escrito: «INSTRUCCIONES».

—¿Qué son? —preguntó Anna.

—Es bastante obvio —respondió el traductor de los diarios—: leyéndolas podréis llegar a Kilmore Cove. ¿Sabéis lo que dice la canción?

Los dos chicos negaron con la cabeza y el hombre se levantó de la mesa, canturreando:

*Si en la encina de los anzuelos el blanco pierdo,
en los abetos gemelos el rastro reencuentro.
En la negra casa de los mil ecos desvelo
que el índico indica del paso el señuelo.*

Anna y Tommy intercambiaron una mirada interrogativa. El hombre se echó a reír. Luego pidió disculpas y dijo que tenía que ir al baño.

Los chicos se quedaron sentados a la mesa en silencio. Miraron el sobre cerrado que estaba apoyado entre los vasos y botellas vacías, y no supieron qué pensar. Era un espléndido día de sol. El aire suave y puro arrastraba consigo las voces de la gente que paseaba por la ciudad. Una campana dio las tres.

—¿En qué piensas? —preguntó Anna.

En la mesa de al lado, el hombre del bombín se levantó y empezó a ponerse el guardapolvo. A pesar de que era un día caluroso, llevaba un guardapolvo largo gris ceniza y zapatos con suela gruesa.

—Pienso que tengo sed.

—¿No te parece todo un poco raro? —insistió la chica—. Quiero decir: parecía que ya sabía lo que íbamos a contarle. ¿Y has visto la agenda?

—No. ¿Por qué?

—Estaba en blanco. No era verdad que tuviera todos esos compromisos. Tommaso se rascó la nuca.

—No sé qué decir.

El hombre de al lado arrojó unas cuantas monedas en el platillo e hizo ademán de irse. Intentó coger el paraguas, que se le había quedado enganchado entre las patas de la mesa. Tiró de él torpemente y perdió el equilibrio, cayendo sobre la espalda de Tommaso.

—¡Ay! —protestó el chico, que se cayó a su vez encima de los vasos y las botellas.

—Perdona... —se disculpó el hombre, agarrándose primero al hombro de Tommy y poniéndose después de pie apoyándose en la mesa, que se tambaleaba—. ¡Perdona, perdona! Ha sido culpa del paraguas. ¡Lo siento! ¡De verdad! ¡Lo siento muchísimo!

Anna lo ayudó a recuperar el equilibrio.

—No se preocupe.

—Sí, claro... —masculló Tommy, con los pantalones completamente empapados.

—¡Lo siento! ¡Lo siento muchísimo!

El señor se disculpó aún un par de veces y después dio media vuelta y se alejó a toda velocidad.

—¡Qué tipo más raro! —se lamentó de nuevo Tommy, mientras lo miraba tambalearse en su guardapolvo gris—. Pero ¿cómo puede ir por ahí con sombrero y paraguas con un día como este?

Un camarero recogió todo y pasó una bayeta húmeda por la mesa.

—¿Os traigo algo más, chicos? —preguntó.

—No, gracias —respondió Anna.

Después volvió el traductor. Miró la mesa y preguntó sin inmutarse:

—¿El sobre?

Tommy se quedó de piedra. Anna miró la mesa.

—Estaba aquí encima. Debe de haberse caído...

Pero debajo de la mesa no había nada.

—Estaba aquí hace un segundo, antes de que el señor... —Anna se dio la vuelta para mirar la plaza—. El señor del paraguas...

—¡Nos lo ha robado! —exclamó Tommaso.

Y, sin pensárselo dos veces, echó a correr por el medio de la plaza, con Anna pegada a sus talones.

El traductor los vio salir disparados como un rayo, cruzó una mirada con el camarero y dejó un par de euros en la mesa.

—¡Ah, los jóvenes! ¡Son tan imprevisibles...!

Y también él se puso a correr.



Capítulo 7

TRAS *la* PISTA

Tommaso corría a toda velocidad, como un cazador que conoce perfectamente el terreno. Era Venecia. Su ciudad. No podía dejar que se le escapara el viejo del paraguas.

Anna iba ya cincuenta pasos por detrás de él, con la mochila dándole en los hombros a cada zancada. El traductor iba el último, esquivando divertido a los turistas.

Cuando enfilaron la calle de San Pantaleón, a Tommaso le pareció ver el bombín negro doblando la esquina de la izquierda. Lo siguió, subiendo y bajando los escalones del puente de dos en dos.

—¡Perdonad! —gritó, al pasar por delante de una pareja de japoneses justo cuando se estaban haciendo una foto romántica delante del canal. La pareja se preparó para otra foto.

—¡Perdonad! —gritó entonces Anna, interrumpiéndoles por segunda vez. El traductor salió en la foto haciendo burla con la lengua.

Después de girar otras dos veces, a Tommaso le llegó el olor a rosquillas de la pastelería Tonolo.

Intentó no pensar en ello y siguió corriendo. Lo había vuelto a ver. Iba rápido el viejo.

Dobló inmediatamente a la derecha para intentar cortarle el paso.

—¡Permiso! ¡Permiso!

Llegó hasta el canal y se detuvo.

No estaba.

No lo veía por ningún lado. ¿Habría cruzado el puente? ¿Habría vuelto atrás? ¿O habría subido a la góndola que se estaba alejando del muelle?

Mientras pensaba qué hacer, llegó Anna.

—¡He perdido el rastro! ¿Tú lo ves?

Los dos escudriñaron la multitud de turistas.

—No.

—¡Porras!

Se separaron. Uno, encima del puente; la otra, en el callejón. Pero no sacaron nada en claro.

Cuando volvieron a reunirse, estaba también el traductor, que les ofreció una rosquilla. Parecía tranquilo.

—¿Quién era ese hombre? —le preguntó Anna, jadeando.

—No tengo ni idea. Pero, quienquiera que fuera, ha picado.

—No entiendo...

El hombre acabó de comerse la rosquilla, hizo una bola con el papel pringoso que la envolvía y buscó después una papelería para tirarlo. Mientras volvía junto a los chicos, se quitó el reloj de la muñeca y se lo dio a Anna.

Pesaba muy poco y, en el centro de la esfera, tenía una lechuga y las iniciales «P. D».

—Para llegar a Kilmore Cove —dijo casi en un susurro—, os hará falta esto.

El hombre del bombín le dijo al gondolero que lo llevara directamente al Hotel Danieli.

—¡Buenas tardes, señor Eco! —lo saludaron los camareros.

Él los ignoró y subió a la habitación.

Se quitó el guardapolvo gris y lo arrojó encima de la cama, junto al bombín. Se duchó rápidamente y después marcó un número de teléfono de Londres.

—Voynich —respondió alguien con voz destemplada.

—Buenos días, jefe. Soy Eco.

—De buenos días nada.

—Pero podrían serlo.

—¿Qué quieres?

—He interceptado un interesante intercambio de opiniones. Entre... un traductor de nuestra lista... y dos chavales.

—¿Qué traductor?

Eco le dijo el nombre.

—¿Qué ha pasado exactamente?

—Se ha visto con dos chicos en Venecia. Que le han hablado de un cierto Morice Moreau.

—Ah.

—Y de un pueblo que se llama Kilmore Cove. ¿Le suena?

—¿Tendría que sonarme?

—Está en la lista.

Rápidamente, el hombre llamado Eco le hizo a su jefe un rápido resumen de todo el asunto hasta llegar al sobre con las instrucciones para ir a Kilmore Cove.

—Y el sobre con las instrucciones, ¿lo has cogido tú?

—Naturalmente. Lo tengo aquí delante.

—Ábrelo.

—Por eso le llamaba, para pedirle permiso.

—Permiso concedido.

Eco despegó el sello de lacre.

—¿Qué pone? —preguntó Voynich desde Londres.

—Ufff... —resopló el hombre con el bombín—. Es solo una hoja en blanco.

—¿Una hoja en blanco?

—Exactamente, jefe. Una maldita, supermaldita hoja en blanco. ¿Qué significa?

Voynich se echó a reír.

—Que estamos ante el enésimo charlatán. A menos que esas no sean de verdad las instrucciones para llegar hasta ese misterioso pueblo. Una hoja en blanco.

—O dicho de otra forma: el pueblo en cuestión no existe.

—Exacto —confirmó el jefe.

Eco empezó a caminar arriba y abajo de la habitación.

—¿Qué quiere que haga, jefe?

—Olvídate del traductor. Concentrémonos en la historia de Morice Moreau. Es algo que tenemos pendiente desde hace tiempo.

—Sí —convino Eco.

—¿Sabes dónde está la casa?

—Puedo encontrarla rápidamente.

—Entonces, ve a echar una ojeada. Y después hablamos.

—Perfecto, jefe. ¿Y el sobre? ¿Y la hoja?

—Tratamiento habitual para este tipo de tonterías.

Fue Eco esta vez el que se echó a reír.

—Será un placer.

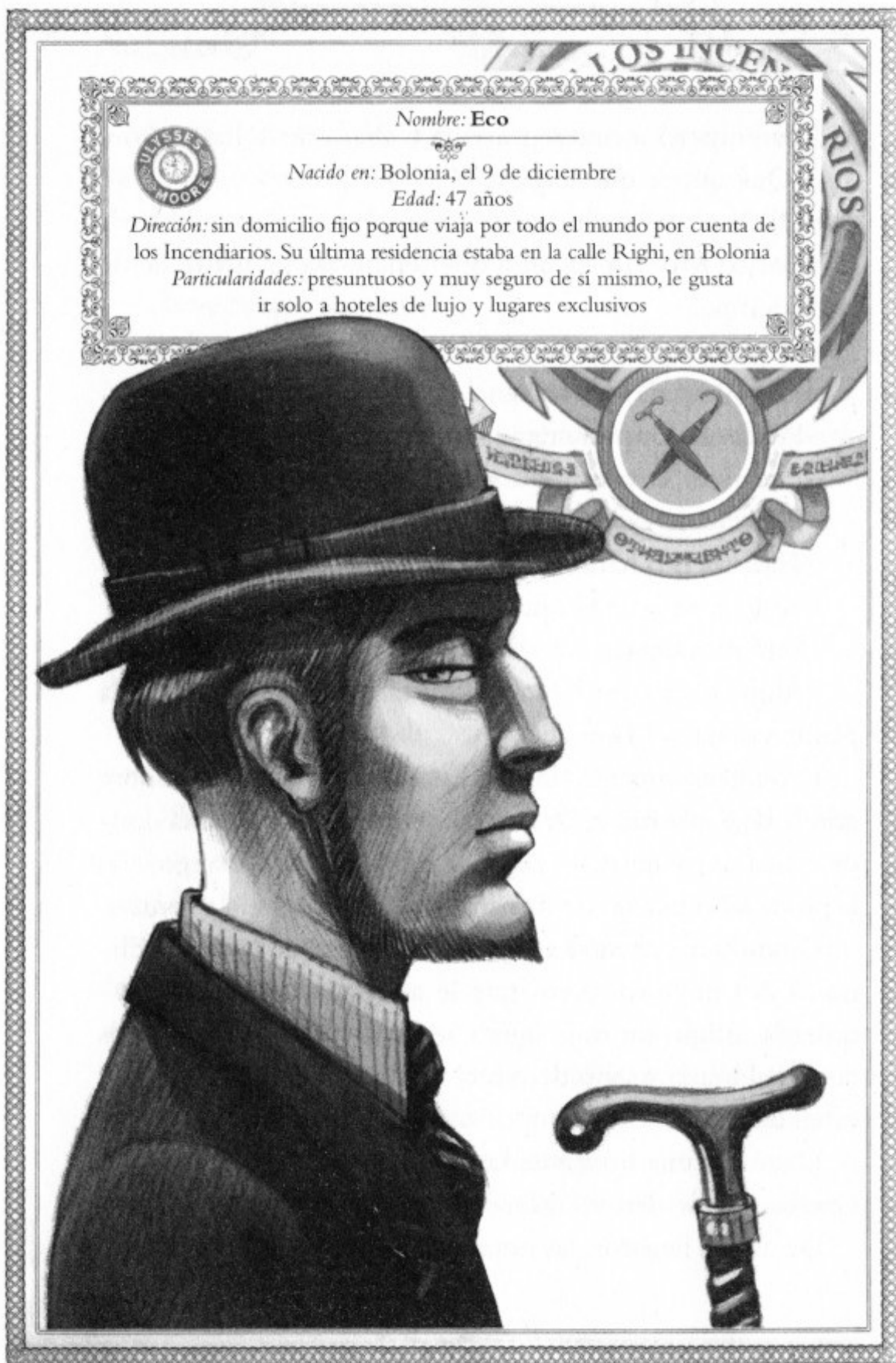
—Algo sobrio, ¿eh? No me gustaría tener que pagar la planta entera del Danieli.

Eco interrumpió la comunicación. Tiró al suelo el sobre con la hoja en blanco. Después fue tambaleándose hasta donde estaba su paraguas. Lo cogió, le dio la vuelta al mango y de la punta salió una tenue llamarada que redujo todo a cenizas.

Después fue al baño a cambiarse. Se arregló la barba. Eliminó dos molestos pelos que le asomaban de la oreja izquierda. Eligió un traje ligero, se echó el guardapolvo gris ceniza al brazo y salió del hotel en dirección a las calles del canal de Borgo.

Llegó allí una hora más tarde. Reconoció la Casa de los Garabatos y se detuvo delante del portal entrecerrado.

De arriba llegaban las notas de una dulce música clásica.





Capítulo 8

De VUELTA a CASA

—Nos ha tomado el pelo —comentó Anna, cuando volvían a casa.

—¿Por qué lo dices?

—No lo sé, pero te digo que nos ha tomado el pelo. —Bueno, por lo menos has sacado un reloj.

—«Para llegar a Kilmore Cove, os hará falta esto...» —imitó la chica, mirando el reloj—. ¿Qué significa?

—¿Y la canción? —añadió Tommaso.

—Exacto.

En silencio, prosiguieron el camino hacia casa de Anna.

—Por no hablar de ese tipo del paraguas —continuó la chica.

—Sí.

—A lo mejor estaban de acuerdo.

—¿Para qué se iban a poner de acuerdo?

—Para burlarse de nosotros —dijo con tono decidido Anna, parándose al fondo del callejón.

—«En la negra casa de los mil ecos desvelo...» —canturreó Tommy—. ¡Bah!

—¡Bah! Eso digo yo ¡bah! —refunfuñó Anna—. La cuestión es que ahora estoy enfadada. Y también un poco asustada. Veo hombres con paraguas por todas partes.

Tommy se echó a reír.

—¿Quieres que te preste de todas maneras los libros de Ulysses Moore o no?

—No sé —admitió Anna—. Quizá lo mejor sería olvidarse de todo este asunto.

—Como quieras. Hasta mañana entonces.

—Hasta mañana.

Se separaron y se marcharon cada uno a su casa.

Mientras recorría sola el último tramo de canal, Anna se empezó a poner nerviosa.

Tenía la clara sensación de que la estaban observando. Pero era una sensación equivocada. Quienquiera que fuera el hombre del bombín, no quería nada de ella. Quería el sobre con las instrucciones para llegar a Kilmore Cove.

Que además era un sobre vacío.

Las verdaderas instrucciones eran una canción para niños y el reloj que Anna llevaba en la muñeca. ¿Esto quería decir... que el hombre ahora iría a buscarla a ella?

—Porras —gruñó, escondiendo el reloj debajo del puño de la camisa.

Se apresuró a volver a casa, llamó a su madre para asegurarse de que no estaba y fue a coger la libreta de Morice Moreau. La apoyó en la mesa y se puso a mirarla.

Había algo en ese cuaderno y en aquella dedicatoria que no conseguía desvelar. Y que ni siquiera el encuentro de esa tarde había aclarado.

Anna abrió la libreta.

La cerró.

La volvió a abrir.

Pasó revista por enésima vez a sus veinte páginas. El marco de la página 2 estaba vacío, el del castillo en llamas también y el último... ¡No!

A Anna se le paró el corazón. Simplemente, dejó de latir. En el interior del marco, pudo ver otra vez a la mujer en fuga.

Estaba allí, exactamente donde Anna la había visto la primera vez.

—Tommy... —susurró, asustada.

Pero su amigo no estaba.

Anna estaba sola en la habitación. Sola en casa.

Sin pensarlo, acercó la mano a la página del dibujo.

Tardó muchísimo tiempo en encontrar el valor suficiente para tocarlo. Y, en el momento en que lo hizo, se sintió arrebatar por un torbellino de olores y de sonidos que no tenían nada que ver con los de Venecia. Eran los olores y los sonidos de un bosque. Y de un jardín.

De... un lugar lejano.

Después llegó la voz.

—Ayúdame —resonó la voz de la mujer en la cabeza de Anna—. Ayúdame.

Anna respiró profundamente.

—¿Quién eres? —le preguntó al dibujo del libro.

—Soy la última. Y necesito tu ayuda.

—¿La última de qué?

—Soy la última habitante del Pueblo que Muere.

«El Pueblo que Muere», pensó Anna. Y después, así, sin más, empezó a rondarle en la cabeza la canción del traductor.

«Si en la encina de los anzuelos el blanco pierdo...»

—¿Dónde estás? —preguntó.

—Me escondo.

—¿Estás en peligro?

—Sí. Y ya soy mayor.

—¿Por qué estás en peligro?

—Porque vivo todavía aquí. ¿Y tú? ¿Tú quién eres? ¿La hija de Morice? De nuevo, el corazón de Anna dejó de latir.

—No —respondió con un hilo de voz—. No soy la hija de Morice.

—Y entonces, ¿quién eres?

—Soy Anna. Anna Bloom.

La imagen de la mujer pareció temblar, como si el negro con el que estaba dibujada se acabara de arrugar con el viento.

—¿Qué te pasa?

—Tengo que irme.

—¿Adónde?

Los sonidos, los olores y la voz que colmaban la cabeza de Anna empezaron a debilitarse.

—Ha llegado él.

—¿Quién ha llegado?

Anna notó que estaba perdiendo el contacto. Alzó la mano del dibujo y vio que los colores se diluían velozmente engullidos por la hoja de la libreta.

Después oyó un ruido inesperado tras ella. Llaves que giraban en la cerradura.

Clac clac clac.

Anna volvió en sí. Cerró el libro, lo escondió de nuevo en el fondo del cajón y corrió hacia la entrada para abrazar a su madre.

Comieron con calma, hablando de cosas banales, mientras Miolí se restregaba continuamente contra sus piernas por debajo de la mesa. Anna no

mencionó nada de lo que le había pasado ese día.

Cuando llegó el momento de fregar los platos, la señora Bloom le dijo a su hija que había hablado con su padre por teléfono.

—Quería saber si teníamos planes para el próximo puente.

Anna dejó correr el agua del grifo hasta que salió caliente.

—Ningún plan —dijo.

Su madre sacó de un cajón la película transparente, vertió las sobras de verduras en una fuente y las tapó.

—Podríamos decirle que viniera a vernos.

—Sería estupendo —respondió Anna.

Hacía ya más de un mes que no lo veía.

Su madre abrió y cerró la nevera.

—O si quieres, puedes ir tú a verlo.

—¿Y tú?

—Voy atrasada con la restauración —suspiró la mujer—. No puedo interrumpir justo ahora...

Anna intuyó los numerosos sobrentendidos de la conversación: su padre quería verla. Y su madre prefería que fuera ella a Londres en lugar de que su padre viniera a Venecia porque así no tendría que interrumpir el trabajo de la Casa de los Garabatos.

—Me lo pensaré —dijo.

Anna se quedó sola en la cocina. Acabó de fregar los platos y los puso uno tras otro en el escurrerplatos. Oyó a su madre moverse por la casa, prepararse un baño y hacer una rápida llamada de teléfono a su padre.

Cerró el grifo y pasó la bayeta en torno al fregadero. En el silencio que siguió, oyó un ruido raro: oyó rascar lenta pero insistentemente.

Venía de la ventana de la cocina.

Era el gato, que había trepado hasta el alféizar de la ventana y miraba hacia fuera, arañando el cristal. Tenía el pelo erizado.

—¡Miolí, baja de ahí!

Anna se acercó al gato e intentó acariciarlo, pero se le escabulló nerviosamente de entre las manos y saltó al suelo, bufando amenazador.

—Pero ¿se puede saber qué te pasa?

Anna no lo había visto nunca así. Se agachó para acercarse a él, pero Miolí salió disparado de la cocina.

—Qué gato tan raro... —gruñó Anna.

Fue a correr las cortinas, pero antes miró afuera.

Había un hombre vestido de negro allí parado.

Anna lo reconoció enseguida. Llevaba un bombín negro y un largo paraguas.

Permanecía inmóvil al lado del canal y miraba hacia arriba.

Hacia la ventana. Hacia ella.

—¡Porras! —gritó Anna.

Cerró de golpe las cortinas y corrió hacia el teléfono.

Marcó el número en un abrir y cerrar de ojos.

—¡Tommy! ¡El hombre del paraguas está aquí! ¡Delante de mi casa!

—Voy enseguida.

—No, no serviría de nada...

—Entonces llama a la policía...

—¿Y qué les digo? ¿Que hay un hombre con un paraguas que está mirando a la ventana?

—Vale, vale... pero que no cunda el pánico, ¿eh?

—¡Para ti es fácil decirlo! ¡Tú no tienes ahí delante un tipo vestido de negro que te mira fijamente desde la calle!

—Un momento. —Tommaso hizo esperar a su amiga unos instantes y luego volvió al teléfono—. Sí, tienes razón, en la calle no hay nadie. Pero ¿cómo ha conseguido dar contigo?

—No tengo ni idea.

—¡Casa de los Garabatos! —exclamó el chico tan fuerte que Anna pegó un brinco—. ¡Qué tontos hemos sido! En el Café Duchamp has contado dónde has encontrado el libro y...

—Y él ha ido allí. Después ha seguido a mi madre...

—Exacto.

—¿Y ahora?

—Tenemos que hacer algo —respondió Tommaso, con decisión—. Voy para allá.

—¡Tommaso! ¡Razona! ¿Para qué vas a venir aquí? Nos arriesgamos a que descubra también dónde vives tú.

—¡Pero no puedo dejarte sola!

—Lo que tenemos que preguntarnos es...

—¿Por qué? ¿Qué quiere?

Anna apretó el auricular del teléfono contra su mejilla.

—Lo único que se me ocurre es que... quiera la libreta. ¡Ah, Tommy, por cierto! ¡He vuelto a ver a la mujer del marco! Estaba allí de nuevo. Y esta vez... he hablado con ella.

—¡Anna!

—¡Te lo prometo! He hablado con ella. Oía su voz y ella oía la mía. Me ha preguntado si era hija de Morice Moreau.

Tommaso dejó escapar un suspiro incrédulo.

—¿Y tú qué le has contestado?

—La verdad. Después es como si se hubiera asustado de repente. Me ha dicho que él había vuelto. Y el dibujo ha desaparecido.

—¿Él, quién?

—No lo sé. Me ha vuelto a pedir ayuda. Y ha añadido que es la última habitante del Pueblo que Muere. Y que ya es mayor.

—Una cosa a la vez... por favor... una cosa a la vez. Tenemos que ir paso a paso. El hombre que está delante de tu casa. Si de verdad ha venido por la libreta... lo primero que tenemos que hacer es esconderla.

—De acuerdo.

—El problema es que ahora Bombín sabe dónde vives. En cuanto salgas podría forzar la puerta, poner la casa patas arriba y...

—Entonces tengo que esconder la libreta en otra parte.

—Exacto. Pero él podría seguirte. Como ha hecho con tu madre.

Anna tragó saliva.

—¡Porras, porras y más porras! ¿Por qué no habré dejado en paz al mono y habré seguido haciendo los deberes?

—Está claro que la libreta es algo más que una libreta... Anotaciones incomprensibles. Una mujer que pide ayuda a través de sus páginas. Tenemos que averiguar quién es. Qué quiere. Y cómo es posible que aparezca y desaparezca.

—Eso.

—Y para averiguar todo eso... solo hay una manera.

Anna guardó silencio, esperando a que Tommaso concluyera.

—El *Diccionario de las lenguas olvidadas*.

—Lo que significa que tenemos que ir a Kilmore Cove. Bueno, el traductor nos ha enseñado lo que hay que hacer para llegar hasta allí, según él...

—Sí —dijo Tommy, pensativo—. Los abetos gemelos y la casa negra. ¡Yo no he entendido ni una palabra de la canción esa!

—Por no hablar del reloj con la lechuza.

—Bueno, al menos, es un reloj. Funciona. Lo fabricó Peter Dedalus en persona. Un genio de los mecanismos. ¡Eso es lo que nos haría falta! Un genio como Dedalus que nos ayudara a colocar cada pieza en su sitio. Porque

es como si hubiéramos puesto en funcionamiento una especie de... mecanismo.

—¿Al abrir la libreta?

—Sí. Y ahora que está en marcha, tenemos que intentar entender qué es lo que hemos puesto en marcha. Quizá baste volver a esconder la libreta y esperar a que se calmen las aguas. Quizá el señor Bombín sea solo un...

—¡Espera! —lo interrumpió Anna—. ¿Cómo no he caído antes?

—¿Qué quieres decir?

—Quizá he encontrado una manera...

—¿Cuál?

—Fíate de mí, Tommy.

—Me fío de ti. Es solo que... No hagas locuras.

—Te lo prometo.

Anna colgó el teléfono y volvió rápidamente a la cocina. Con la luz apagada, miró a escondidas a la calle desde detrás de las cortinas. Bombín ya no estaba allí. Anna lo imaginó mientras caminaba a paso rápido por el empedrado húmedo de la tarde, golpeando rítmicamente en el suelo con su paraguas negro.

Volvió al pasillo, llamó a la puerta del baño y, cuando su madre le contestó, entró.

—Lo he pensado —dijo para empezar.

Fue a sentarse en el borde de la bañera. Su madre estaba envuelta en un baño de espuma y la miraba con expresión interrogativa.

—Quiero ir a ver a papá a Londres —prosiguió Anna con un hilo de voz—. Y además, me gustaría ir con papá a hacer un viaje en coche por Cornualles.



Capítulo 9

El CAMINO de KILMORE COVE

A través de la ventanilla del coche, Anna jugueteaba con el viento. Tenía los dedos extendidos contra la corriente y dejaba que el aire le empujara la mano hacia atrás.

El cielo estaba repleto de nubes deshilachadas.

A ambos lados de la carretera se podían observar extensos prados verdes respunteados de multitud de flores silvestres blancas y amarillas. Filas y filas de interminables muros de piedra dividían los campos, intercalados de pequeños bosquecillos, solitarios árboles seculares, plácidos rebaños de ovejas.

También el padre de Anna, sentado a su lado, había bajado la ventanilla. Tenía el codo fuera, la camisa arremangada. Y sonreía.

El señor Bloom había aceptado la propuesta de su hija sin pensárselo dos veces: nada mejor que un par de días de relax los dos juntos en Cornualles.

Pero aún no podía imaginar lo que sucedería.

Anna había hecho todo rápidamente: el tiempo necesario para reservar un vuelo en internet, llegar al aeropuerto Marco Polo de Venecia y aterrizar en el londinense de Gatwick. Había encendido el móvil para mandar un sms a su madre: «Llegada sana y salva. Comida terrible». Y uno a Tommy: «Operación ciudad escondida iniciada». Después había visto a su padre. La estaba esperando con un ridículo gorro de flores y un cartel colgado al cuello, que decía: «HIJA DESAPARECIDA».

Anna no había podido evitar echarse a reír.

El coche estaba en el aparcamiento. Y el poco equipaje del padre, en el asiento de atrás.

«¡Zennor, allá vamos! ¿Has traído el traje de baño?», había bromeado él, haciendo referencia al habitual tiempo gris y húmedo. Después había

encendido el motor. Una vez fuera del aparcamiento, los faros amarillentos del coche parecieron licuarse en la niebla.

«Tenemos sangre inglesa en las venas —había añadido su padre—. ¡Un poco de aire fresco no nos asusta!»

Así, se habían puesto en marcha y, a medida que la capital de Inglaterra iba dejando paso al campo, el tiempo había empezado a mejorar. Se había levantado el viento y el cielo se había despejado, las nubes se habían dispersado y algo similar al color azul había aparecido allí arriba.

Después de la salida para Bristol, habían dejado la autopista. Padre e hija habían bajado las ventanillas y, a partir de ese momento, no las habían vuelto a subir, dejando que el viento les alborotara el pelo.

Luego, de repente, tras una curva, había aparecido el mar. Una línea blanca y celeste que desapareció enseguida, engullida por un promontorio.

Desde ese momento había empezado la caza a quién lo veía antes. Desde una curva, desde una altura... Al final desapareció durante toda la larga recta que conducía a Zennor.

Zennor.

Un puñado de casas.

Y un misterio en forma de canción.

Como estaban en temporada baja, se encontraron con un pueblo con muchas ventanas cerradas y las calles desiertas patrulladas por rondas de gaviotas.

—Hum... Lo han cambiado todo desde la última vez —protestó el señor Bloom, girando en un callejón sin salida que ciertamente no era el camino que quería tomar.

Anna no le dijo que, con mucha más probabilidad, lo que había pasado era simplemente que se había equivocado de camino. Prefería disfrutar del paisaje: las casitas de piedra oscura y madera una al lado de otra, los muros geométricos, el cielo que enrojecía con el crepúsculo sobre el mar.

Su alojamiento apareció al fondo de la callejuela sucesiva. Era un modesto *bed & breakfast* que había abierto solo para ellos: encajado entre dos casitas blancas, con un pequeño jardín verdísimo y la fachada cubierta de plantas trepadoras, parecía una de esas casitas de los cuentos de hadas.

—¡Ya hemos llegado! —exultó el señor Bloom, poniendo inútilmente el intermitente.

Anna y su padre saludaron a la propietaria, subieron las maletas a la habitación de la buhardilla y abrieron la claraboya desde la que se contemplaba el mar.

Después bajaron a dar un paseo por el pueblo, se comieron un potaje de judías picantísimo en el único restaurante abierto y charlaron con el dueño de largos y retorcidos bigotes de cómo el tiempo había cambiado irremediabilmente.

Para Anna el tiempo no había cambiado. El tiempo apretaba y basta. Sentía crecer dentro de sí una cierta tensión ante la idea de estar de verdad allí. Y una sensación de frustración por no conseguir imaginar lo que tenía que hacer para resolver el enigma de la canción.

—¿Ha oído hablar alguna vez de un pueblo llamado Kilmore Cove? —le preguntó al dueño del restaurante de golpe.

—No. Lo siento —respondió él con sospechosa rapidez.

No volvió ya a la mesa a charlar con ellos. Se quedó observándolos en el fondo del restaurante, sin perderlos de vista.

La luz de la luna se filtraba a través de las cortinas del dormitorio y Anna no conseguía dormir. Pensaba en la canción y en lo poco que sabía de Kilmore Cove. Había leído los primeros libros de Ulysses Moore que Tommy le había prestado y había descubierto que aquel pueblo había desaparecido de los mapas desde hacía por lo menos sesenta años.

Una gran idea.

Hacer que un pueblo entero desapareciera. Aislarlo del resto del mundo. Lejos de aviones y trenes velocísimos, de fiestas y acontecimientos mundanos, rascacielos y aparcamientos.

Un poco como la Venecia que querían los venecianos, quizá. Un refugio seguro y siempre idéntico donde protegerse de todas las cosas que cambian.

De repente empezó a llover. Una llovizna fina y sutil que repiqueteaba suavemente en los cristales como una caricia.

Y lentamente Anna se durmió.

Al día siguiente los despertó un rebaño de ovejas balando que pasaba por la carretera del *bed & breakfast*. El padre de Anna comprobó alarmado que no le estuvieran estropeando el coche y después, cuando las ovejas se alejaron, se desperezó teatralmente.

Hacía un día espléndido.

—¡Hace un día ideal para dar una vuelta en bicicleta! —sugirió animada Anna, interrumpiendo el atlético despertar de su padre.

Vio que se ponía rígido de repente.

—¿B-bicicleta? —balbuceó.

—¡Pues sí! —insistió la chica, deslizándose fuera de las sábanas aún tibias—. ¿Por qué no alquilamos unas bicis y damos un paseo hasta la costa? ¿O una vuelta por la pradera?

—Buena idea —mintió su padre, que evidentemente no tenía ninguna intención de desriñonarse montado en un sillín—. ¡Pero primero el desayuno!

Tomaron bollos recién salidos del horno con mermelada de arándanos casera. Anna le preguntó a la dueña del *bed & breakfast* si había oído hablar alguna vez de Kilmore Cove.

Pero ella también le dijo que no sabía nada.

—¡Porras! —protestó la chica. Después cambió de táctica. Pensó en el primer verso de la canción, se limpió los bigotes de leche de la boca y preguntó a bocajarro—: ¿Está lejos de aquí... la «encina de los anzuelos»?

Su padre la miró fijamente con curiosidad.

—Un nombre extravagante para un árbol...

Anna no apartó la mirada de los ojos de la mujer.

—¿Cómo la has llamado, jovencita?

Tum tum, hizo el corazón de Anna.

—Encina de los anzuelos.

El rostro de la mujer estaba surcado de arrugas, como un mapa del tesoro que escondiera el número de sus años.

—¿Y tú cómo es que la conoces? —le preguntó la mujer a Anna, también a bocajarro.

—Es una canción —respondió la chica.

—¿Una canción? ¿Y qué dice?

—No recuerdo bien... —Anna sonrió—. Pero habla de la encina de los anzuelos de Zennor.

—Mi hija vive en Italia —intervino el señor Bloom, como si aquella información fuera de alguna utilidad.

La mujer se encogió de hombros.

—Bueno, pues... —dijo— la canción se equivoca. Porque no hay ninguna encina de los anzuelos en Zennor.

Tum tum, hizo el corazón de Anna, al sentir una dolorosa punzada de desilusión.

La dueña se alejó unos pasos, como para decidir qué contar y qué no. Luego se detuvo y le confesó con un suspiro:

—La encina está nada más salir del pueblo. —Indicó hacia el mar—. Serán por lo menos cinco kilómetros a lo largo de la costa. Siempre que siga estando allí todavía... —El rostro se distendió en una amplia sonrisa—. Pero, si sigue allí, no os podéis equivocar. La veréis sobre la playa. Negra y fea. Con todas esas desgracias colgando de sus ramas.

—¿Desgracias? —le preguntó el padre de Anna, mordiendo un bollo.

—La llamamos la encina de los anzuelos porque de sus ramas cuelgan los sedales de los pescadores que no vuelven del mar. No vuelven por un motivo u otro, señor, pero siempre por una desgracia.

—¡Venga, vamos! ¡Dale a los pedales! —animaba Anna en voz alta más tarde, girándose hacia su padre.

El señor Bloom era un puntito negro encima de la carretera sin asfaltar que bajaba a la playa. Un puntito negro que se tambaleaba encima de la bicicleta.

Desde abajo, Anna lo oyó soltar los frenos y lo vio acelerar entre las piedras y los baches.

—¡No, así no! ¡Despacio! ¡Frena! —Anna apretaba los dientes cada vez que le veía dar un salto sobre el sillín—. ¡Levántate del sillín! ¡Ponte de pie sobre los pedales!

Pero su padre prosiguió impertérrito, sufriendo todas las sacudidas y haciendo silbar los frenos como un animal prehistórico.

Al final de la cuesta, un último salto hizo que la bici se le escapara de entre las piernas. La bicicleta se estampó sobre las piedras y él, sin saber cómo, consiguió permanecer en pie.

—¡Aaaaaay! —exclamó.

—Hace mucho que no montabas en bici, ¿verdad? —Anna se rió, divertida por la escena.

Su padre parecía simplemente feliz de seguir todavía con vida.

—La verdad es que siempre lo he odiado —admitió, levantando la bici del suelo.

—Me lo podías haber dicho.

—¿Y perderme la famosa encina de los anzuelos? A propósito, ¿dónde tendría que estar?

—Cinco kilómetros ha dicho la señora.

Anna miró la larga lengua de playa pedregosa que se extendía ante ellos hasta un promontorio verde.

Su padre, sin embargo, miró preocupado la cuesta a la que había sobrevivido. Pensaba ya en la vuelta. Se enjugó el sudor de la frente con el pañuelo. Después comprobó el bolso en bandolera en el que había metido agua, dos bocadillos de queso, unas gafas de sol y un libro que quería empezar a leer desde hacía ya más de un mes.

—Pues vamos si quieres —concedió cuando acabó de comprobar que estaba todo.

Anna empezó a pedalear y las ruedas se hundieron entre las piedrecillas de la playa.

Iban por la orilla del mar dejando a sus espaldas un surco similar a una serpiente, que las olas después engullían y borraban.

A veces tenían que volver velozmente a la arena para evitar que los alcanzara una ola demasiado alta. Otras veces el mar se retiraba metros y metros, dejando al descubierto una extensión plana adornada de algas y piedras redondeadas.

Nada más pasar el promontorio, vieron la encina de los anzuelos. La dueña del *bed & breakfast* tenía razón: era imposible no verla. Era un árbol solitario de un amenazador color negro, que se erguía justo allí donde terminaban los prados y se iniciaba la playa. El tronco grueso hacía que pareciera una especie de atalaya.

Al acercarse al árbol, Anna empezó a oír un extraño sonido que flotaba en el aire. Y vio que, colgados de las ramas, había decenas y decenas de hilos invisibles: sedales de pesca de los que ondeaban anzuelos curvos de todos los tamaños. Los anzuelos, movidos por el viento, chocaban los unos contra los otros o contra el tronco, produciendo un sonido melodioso.

—Los llaman también las voces de los ángeles —observó el señor Bloom, cuando bajaron de las bicis—. Ya sabes, como esas campanillas que se ponen sobre las puertas.

—Sin embargo esta es la voz de... las almas de los marineros.

La encina de los anzuelos era un árbol centenario. En su tronco había muchos nombres grabados, seguidos de una fecha: «Jonathan, 1929. Los gemelos Eb, 1886. Matthew, 1992».

—Es un lugar verdaderamente fascinante —dijo una vez más su padre, acariciando la corteza del árbol.

A Anna le habría gustado saber dibujar para poder pintar aquel árbol tintineante como había hecho Morice Moreau. Notaba que la libreta del pintor pesaba como una piedra dentro de la mochila que llevaba a la espalda.

Después pensó en la canción para llegar a Kilmore Cove: «Si en la encina de los anzuelos el blanco pierdo...».

Pero, ahora que Anna había encontrado la encina de los anzuelos, esas palabras no le decían nada.

Su padre extendió una manta sobre la arena de la playa, se tumbó encima y sacó su libro.

—¡Finalmente! —exclamó, tumbándose feliz bajo el sol. Bebió un sorbo de agua y le ofreció a su hija, que la rechazó—. ¿Estás segura?

Sí. Anna estaba segura. Segura de encontrarse en el lugar exacto. Y de no haber llegado allí por casualidad. El traductor quería que ella partiera de allí. De ese árbol.

Pero ¿hacia dónde?

Se puso la mano sobre los ojos, a modo de visera, mirando tierra adentro. Un sendero partía de la encina para después perderse entre la hierba en un remolino de mariposas. La playa, sin embargo, proseguía su camino hacia el sur.

La chica se mordisqueó los labios, indecisa: su idea inicial era la de recorrer toda la costa, palmo a palmo, hasta llegar a Kilmore Cove. Si era un pueblo que se asomaba al mar, antes o después lo encontraría. Pero una búsqueda de ese tipo significaba tener que convencer a su padre de que la siguiera...

Miró la hora en el reloj de Peter Dedalus. Eran casi las once de la mañana.

«Si en la encina de los anzuelos el blanco pierdo...»

Los anzuelos eran todos distintos. ¿Acaso había uno blanco? Con cuidado para no pincharse, Anna empezó a buscarlo. Un anzuelo blanco.

—Pero aunque lo haya, ¿cómo podría perderlo? —se preguntó en voz alta.

—¿Qué dices, cariño? —preguntó su padre desde la playa.

—¡Nada!

Un anzuelo blanco. Un anzuelo blanco.

La corteza estaba llena de nombres y de números grabados en la madera. Nada blanco, ni siquiera allí arriba.

Anna pasó uno tras otro entre los dedos y, de repente, uno de ellos le llamó la atención.

—«Penelope Moore, 1997» —leyó, acercándose a la corteza.

Alzó la vista por entre los sedales: a través de las ramas veía un trozo de cielo estriado de nubes blancas. Después miró el sendero que se adentraba entre los prados. ¿Quizá llegaba hasta aquel bosquecillo lejano?

«El blanco pierdo», se dijo.

¿Quizá el blanco eran las nubes? Y perder las nubes significaba... ¿no ver el cielo? ¿Entrar en el bosque?

Débil.

Pero decidió intentarlo de todas formas.

Se despidió de su padre diciéndole que iba a dar una vuelta en bici por el sendero y recibió como respuesta un gruñido satisfecho.

—Yo te espero aquí.

—Si llego tarde, papá... nos vemos directamente en el hotel.

El señor Bloom dejó el libro.

—Pero no llegarás tarde, ¿verdad?

Anna no le contestó. Se limitó a sonreír.

—¡Ten cuidado! —le dijo su padre—. ¡No te pierdas!

Después, mientras su hija se alejaba pedaleando por la pradera, añadió:

—¡Y no le digas a tu madre que te he dejado ir sola! Si se llega a enterar...



Capítulo 10

***El* BLANCO**

El sendero no estaba muy transitado, y enseguida se estrechó demasiado como para poder seguir pedaleando por él. Anna bajó de la bici y se puso a empujarla. Como había imaginado, el sendero conducía al pequeño bosque situado encima de la pradera. La muchacha se adentró en él casi sin darse cuenta, dejándose envolver por su frescura. El bosque bajo era un rebullir de insectos maculado de flores silvestres. Al alzar la vista, de pronto Anna vio solo ramas que se entrelazaban sobre su cabeza.

Después el sendero se bifurcó.

Justo antes de la bifurcación, había una piedra cubierta de hierba. Anna la quitó con el pie y vio que encima había dos signos. Uno blanco y uno amarillo.

—Sendero blanco y sendero amarillo —murmuró—. Ahora entiendo...

«Perder el blanco» podía significar no seguir el sendero blanco.

—El blanco pierdo y sigo el amarillo.

Podía ser.

Y eso hizo.

El sendero amarillo se adentraba aún más en la espesura para después empezar a ascender lentamente. Las lluvias invernales habían mojado el fondo de tierra suave, dejando al descubierto grandes piedras y raíces que sobresalían. Anna sudaba la gota gorda cada vez que tenía que levantar la bici en vilo porque no conseguía llevarla empujando.

Después de la subida, el sendero descendía hasta llegar a un valle pedregoso del que se divisaba de nuevo el mar. Allí se bifurcaba una segunda vez. Anna buscó los signos pintados en alguna piedra que hubiera cerca.

Y eligió de nuevo evitar el sendero blanco.

Llegó a un claro del bosque.

Un extenso prado de donde llegaban voces de animales. Vio un rebaño de ovejas que pastaba tranquilo y prosiguió, de pronto, de buen humor. Le gustaban las ovejas pero no tenía ninguna intención de encontrarse con un carnero de cuernos retorcidos, así que atravesó el prado a toda marcha.

Cuando llegó al otro lado, Anna miró el reloj y se dio cuenta de que llevaba en camino más de una hora. No había cogido agua ni un bocadillo para comer. Y el estómago, ahora, empezaba a protestar.

Sonó el móvil. Un mensaje de Tommy: «Aquí todo bien. Bombín nada. Aburrimiento total. ¿Tú?».

Anna intentó contestarle pero, a los pocos metros, la señal de cobertura desapareció. Ya le contestaría después.

Ella no podía saberlo, pero, desde ese punto en adelante, ningún móvil funcionaba.

Siguió su camino por el bosque. Después, de nuevo una pradera. Anna encontró un riachuelo de campo que corría entre la hierba. Se acercó al agua para beber y casi se cayó. Acabó metida en el agua fría hasta las rodillas. El fondo del río era fangoso y arcilloso, y la orilla, resbaladiza y oscura.

Al salir del agua, se llenó de barro de arriba abajo. Se quitó la goma del pelo y se la volvió a poner un poco más fuerte.

«No me va a detener una simple caída, obviamente», se dijo.

Y siguió.

El sendero que no era blanco la condujo ante dos abetos que crecían del mismo tronco formando una «V». Poco antes de los dos árboles, el sendero se dividía por enésima vez. Y los signos de distinto color estaban pintados directamente en la corteza.

Anna se detuvo para tomar aliento, mirando a su alrededor. Caminaba desde hacía ya dos horas. Y no tenía ni idea de dónde se encontraba. ¿De qué lado estaba el mar? Había dado tantas vueltas que le resultaba imposible decirlo.

Se sentó.

Había un buen olor a acederas y se oía el zumbido de los abejorros. Observó los dos árboles.

Dos abetos que nacían del mismo tronco.

¿Dos árboles gemelos?

«En los abetos gemelos el rastro reencuentro...»

¿Eran esos? ¿Qué tipo de rastro?

Por más que mirara a su alrededor, Anna no conseguía encontrar rastros de ningún tipo. Ni entre las piedras, ni colgando de los abetos. Nada de nada, sino el piar de los pájaros y el crujir de las hojas.

Dio una vuelta. Las señales de los troncos indicaban dos senderos: uno azul, a la derecha, y el otro blanco, a la izquierda. Uno subía aún. El otro bajaba.

Anna habría elegido el sendero azul. Pero aquí la canción decía «el rastro reencuentro». No «encuentro».

¿Era entonces un rastro en cierto modo... perdido?

Lo único que Anna había perdido en la encina de los anzuelos era el sendero blanco.

¿Sería que ahora... tenía que tomar el otro sendero?

¿De no blanco a blanco?

Se asomó por entre la «V» de los árboles y miró hacia el bosque que se extendía ante ella en una larga serie de colinas onduladas.

Shamrock Hills las llamaba Ulysses Moore en sus diarios. Las colinas de las acederas. Pero eso Anna no podía saberlo todavía.

«¿Cuál es la dirección?», se preguntó.

Después eligió el sendero blanco.

Y se perdió en el bosque.

Se detuvo una media hora después, cuando intuyó que estaba volviendo sobre sus pasos. Había reconocido un trozo de paisaje. Una roca, una mancha de árboles, un claro del bosque.

—Porras —gruñó.

El sendero blanco trazaba una especie de enorme circunferencia dentro del bosque y después volvía a los árboles gemelos.

Durante todo el recorrido, sin embargo, Anna no había encontrado ni una sola bifurcación. Nada.

Pensando en la canción, Anna esperaba encontrar una casa negra. O una piedra, una cueva, algo que pudiera ser «la casa de los mil ecos».

O al menos un sendero color índico.

«En la negra casa de los mil ecos desvelo / que el índico indica del paso el señuelo.»

Y sin embargo, de todo eso, nada de nada. Solo bosque, bosque y más bosque interminable.

Empezaba a hacerse tarde: habían pasado casi tres horas desde que Anna había dejado a su padre en la playa.

El móvil no funcionaba.

¿Qué podía ser eso de la casa de los mil ecos?

¿Las voces de los pájaros?

¿Habría pasado junto a ella sin darse cuenta? Había quizá una parte del bosque donde el eco...

En lugar de completar la circunferencia y llegar de nuevo hasta los abetos gemelos, Anna se dio media vuelta y volvió sobre sus pasos, desandando el camino. De esa manera vería todo desde una perspectiva diferente.

A lo mejor se le había escapado algo: ¿un lazo índico atado a una rama? ¿Un cartel negro? ¿Una casa oculta entre la vegetación?

Mil ecos. Mil ecos.

El bosque estaba lleno: animales que movían las hojas, voces de pájaros, insectos. ¿Cuál podía ser la casa?

Era negra, decía la canción.

Pero no había nada negro a lo largo del sendero.

Excepto quizá...

Anna desando un poco el camino antes de pararse de nuevo a escuchar. El sendero en ese punto se hundía en una semicircunferencia pedregosa bordeada con unos cuantos hierbajos y un bosque bajo ralo. En ese punto, los árboles eran especialmente frondosos y formaban una especie de cuenca algodonada, un espacio oscuro y sombrío.

Muy silencioso.

Cuando había pasado por ahí la primera vez, la muchacha había tenido una sensación extraña y había empujado la bicicleta más rápido. Ahora notaba la misma sensación.

¿Qué era?

En aquella pequeña cuenca a salvo del viento, los sonidos del bosque llegaban como sofocados. Se oían pajarillos que piaban, murmullos... los mismos sonidos del resto del sendero. Pero había también algo diferente.

Escuchando atentamente, se podía oír algo. ¿Un eco lejano?

¡Sí! Un eco.

Que sin embargo desapareció muy pronto. Y después se volvió a oír.

«No es el mismo ruido», se dijo Anna.

El nuevo ruido tenía un timbre diferente. Se oyó durante unos segundos. Después desapareció.

Anna dio un respingo. Le había parecido oír también un ruido seco. Como un tic tic de máquina de escribir. Un ruido...

—Metálico... —murmuró la chica cada vez más sorprendida.

Tic tic.

Un ruido decididamente insólito en mitad de un bosque.

Tic tic. Y un eco lejano.

Anna intentó averiguar de dónde venía. Levantó la vista. ¿De más allá del borde pedregoso?

Tic tic. Y el ruido desapareció.

Anna se decidió. Dejó la bicicleta en el sendero y empezó a trepar por el camino pedregoso, intentando hacer el menor ruido posible.

Tic tic. Un nuevo ruido. Muy débil. Y muy lejano.

Tic. Un ruido estridente.

Cuando llegó a la cima y se enderezó, exultó. En medio del bosque había una caseta de madera completamente negra. Un amasijo de cables e hilos oscuros entraban primero en el interior para desaparecer después en el bosque.

El tic tic y los ruidos provenían de allí.

«En la negra casa de los mil ecos desvelo...»



Capítulo 11

De **VUELTA** del **INSTITUTO**

Cuando la carretera de la costa empezó a curvarse hacia el mar, Jason Covenant se puso el chaquetón sobre los hombros y cogió la correa con los libros del asiento de al lado. Apoyó las manos sobre el asiento de delante y se levantó.

—Eh, Covenant ¿adónde vas? —susurró el más pequeño de los primos Flint, sentado en mitad de la última fila del autocar.

—Eh, sí... —dijo el más grande, un metro ochenta de auténtico gamberro y una cabeza llena de tupidos rizos, entre los cuales se podía esconder cómodamente una piña entera—. ¡No has llegado aún a tu casita!

—¡Sí, menuda casita, primo! —intervino el Flint mediano, el gordo, mientras mordisqueaba una barra de avellanas y miel comprada, o quizá robada, en la pastelería Chubber.

Jason no les hizo ni caso. Miró a los demás compañeros del autocar de la escuela con aire de suficiencia y recibió en cambio la misma mirada. Todos conocían a los primos Flint. Y todos sabían lo idiotas que eran. Una cosa que sin embargo no decían es que en el fondo estaban contentos de que su blanco favorito fueran Jason, su hermana Julia y, cuando cogía el autobús, Rick Banner.

Ese día, Jason estaba solo. Julia estaba todavía enferma en casa, mientras que Rick... bueno, Rick había decidido que el invierno había acabado.

Aunque llovía todavía un día sí y otro también, el chico pelirrojo cogía la bicicleta de su padre y llegaba todos los días al instituto St. Ives pedaleando. De vez en cuando se le veía pasar disparado como una flecha por la carretera, sobre todo a la vuelta, en buena parte, cuesta abajo, y adelantar al autocar mientras saludaba con la mano. Todos los chicos, excepto los primos Flint, se asomaban a las ventanillas gritando: «¡Es Banner!» «¡Es Banner!».

Mientras, el señor Rosemeyer, el conductor de Kilmore Cove, hacía rugir

el claxon:

—¡Eh, Covenant! ¿Estás sordo o qué? —volvieron a la carga los Flint.

Jason prosiguió hasta las filas delanteras.

—No les hagas ni caso... —le susurró el joven Giger, un chiquillo flacucho todo nariz y gafas, que se salvaba solamente por ser el hijo del alcalde—. No tienen otra cosa mejor que hacer.

Jason le respondió con un suspiro. Se sentó en el borde del asiento de la primera fila y le preguntó al señor Rosemeyer si podía parar en la curva del faro.

—¿Y te las apañas tú para llegar a casa? —se informó el conductor, observándolo fijamente con su extraña mirada.

El señor Rosemeyer no era del todo estrábico, pero no lograba nunca enfocar perfectamente. Y, mientras hablaba con los ocupantes del autocar, el vehículo se movía de un lado a otro bailando peligrosamente en medio de la carretera.

—Claro, señor Rosemeyer —lo tranquilizó Jason, permitiéndole así volver a concentrarse en la conducción.

Los chicos miraron todos la carretera que descendía.

—Tendrás que darte una buena caminata para llegar arriba del acantilado —dijo el joven Giger.

—A lo mejor cojo la barca... —explicó Jason.

—Tendrás, de todas formas, que pegarte una buena caminata para llegar arriba del acantilado —puntualizó el hijo del alcalde.

Ante ellos empezó a verse el pico de Salton Cliff, al otro lado del pueblo, el lado de enfrente del faro y, justo en la cima del acantilado, la torre puntiaguda de Villa Argo. La casa de Jason.

—Pues sí —confirmó el joven Covenant—, pero tengo que ir a darle de comer a la yegua de Leonard.

Esta vez fue el joven Giger el que asintió. A él, el guardián del faro, con su amenazador parche en el ojo, le había dado siempre un poco de miedo.

—¿Está todavía de viaje?

—Pues sí.

—Mejor para nosotros. —Giger se rió, colocándose las gafas en la nariz.

—¡Curva del faro! —avisó el señor Rosemeyer, frenando en seco. Puso el intermitente con un codazo teatral y acercó el autocar con un patinazo al arcén izquierdo de la carretera.

A casi todos los chicos se les cayó algo al suelo.

—¡Eh! ¿Se puede saber qué diablos de maniobras haces? —protestó desde atrás el menor de los primos Flint.

—¡Se me ha caído la chocolatina crocante!

—Hay que fastidiarse...

El conductor se volvió y les lanzó una mirada fulminante.

—¡Calladitos y quietecitos vosotros tres, ¿eh?!

—¡Y tú aprende a conducir! —respondió riendo uno de los Flint, parapetándose detrás de los asientos.

La puerta del autocar se abrió lanzando un resoplido de aire comprimido.

Jason bajó los tres escalones y saltó al suelo.

—Hasta luego a todos.

—Hasta luego, Covenant —respondió el señor Rosemeyer—. Nos vemos mañana. Y saludos a tu hermana.

Jason hizo un amago de saludo militar. Después la puerta se cerró, el conductor metió la marcha con un gemido de tractor y echó a andar a toda velocidad, envuelto en una nube de humo negro.

Jason permaneció en el borde de la carretera con la mano levantada para despedirse de los compañeros del colegio. Solamente la bajó cuando vio a los Flint, que le estuvieron haciendo burla hasta que el autocar desapareció detrás de la curva.

Jason apretó los puños. «Mejor no hacerles caso», se dijo.

Su hermana hacía eso.

Pero ni él ni Rick lograban ignorarlos completamente. Los Flint eran una peste. Maleducados, pérfidos e increíblemente estúpidos. ¡Cuánto pagaría Jason por darles una lección!

Suspiró y así se fue calmando lentamente.

Contempló las gaviotas.

Luego se puso la correa de los libros en bandolera y echó a andar por el camino sin asfaltar que bajaba hasta el faro.

El sol lucía alto en el cielo y el día prometía. Después de la lluvia de la tarde anterior, la tierra estaba agradablemente húmeda. Jason caminaba con paso firme hacia el faro blanco que surgía en la cima del promontorio.

Más allá, el mar resplandecía.

Sin pensar en nada en concreto, llegó hasta los dos edificios bajos que estaban a los pies del faro. El primero era la casa de Leonard Minaxo y de su mujer, Calypso, la bibliotecaria del pueblo. El edificio, que hacía solo unos

años era frío y amenazador, desde hacía tiempo se había vuelto más acogedor, con sus grandes macetas de geranios rojos a los lados de la entrada y en las rejas de las ventanas del piso bajo. Tenía también cortinas de flores.

Los cuidados de Calypso habían hecho milagros.

En el segundo edificio estaba la cuadra. Y justo de allí salió el relincho de la yegua de Leonard, que había reconocido el paso de Jason.

—¡Voy! ¡Voy! —dijo el muchacho riéndose.

Dejó los libros fuera y entró para acariciarla y sacarla de la caballeriza para que diera una vuelta alrededor de la casa.

—Un poco de libertad, ¿eh? ¡Tranquila, tranquila!

La yegua de Leonard trotó feliz mientras Jason le preparaba el heno y limpiaba velozmente la cuadra.

Era increíblemente relajante ocuparse de ella. El chico hizo todo en un cuarto de hora y le prometió a la yegua que pasaría antes de que se hiciera de noche con Rick. Ariadne resopló para pedir un terrón de azúcar.

—¡Esta tarde! —prometió Jason—. ¡Esta tarde!

Luego emprendió a pie el camino de vuelta. No tenía ganas de coger la barca e ir remando hasta la pequeña cala privada de Villa Argo. Ni de subir después las empinadísimas escalerillas del acantilado.

Prefería el camino normal: con un poco de suerte, en el pueblo se encontraría con su padre que volvía del trabajo y le llevaría en coche. Si no, llegaría a casa con unos veinte minutos de retraso.

Llegó a la carretera principal, donde el señor Rosemeyer le había dejado, y se dirigió hacia la curva tras la que se ocultaba la bahía de Kilmore Cove. Pero, en cuanto giró, se encontró de narices con una desagradable sorpresa.

Mejor dicho, con tres desagradables sorpresas.

Los tres primos Flint estaban colocados en medio de la carretera, como pistoleros de una película del oeste.

—Hola, Covenant —lo saludó el más pequeño, colocado como siempre en medio de los otros.

Los tres primos se parecían muchísimo entre sí: tenían la misma piel clara y una mata de pelo rizado y llevaban ropa desgastada, pero la altura y la corporalidad eran distintas. El más bajo y el más alto eran delgadísimos. El mediano, sin embargo, era gordinflón y blandengue.

Jason fue directamente al grano.

—¿Qué queréis? —preguntó.

—Nos ha preguntado qué queremos, primos —dijo el Flint pequeño. El jefe de la banda.

—Sí, nos ha preguntado qué queremos —repitió el Flint grande, el más tonto de los tres. Después adquirió de golpe una expresión interrogativa—. Y... ¿qué es lo que queremos, primo? —le preguntó al más pequeño, que le pegó un empujón.

—Lo sabes perfectamente.

Jason estaba todavía inmóvil en el borde de la carretera.

—No queremos forasteros en Kilmore Cove.

—¡No a los forasteros!

—Sobre todo si apestan todavía a ciudad.

—¡Si apestan!

—Y mira por dónde hay algunos que ahora viven en la cima de nuestro acantilado...

«Siempre el mismo rollo —pensó Jason. Echó de nuevo a andar hacia el pueblo moviendo la cabeza—. Mejor no hacerles caso. Mejor no hacerles caso.»

Pero cuando llegó a su altura, el Flint más alto le pegó un empujón y le cerró el paso.

—¡Eh, Covenant! ¿No has oído lo que acaba de decir mi primo?

—Lo he oído perfectamente —respondió Jason, mirándolos a los tres—. Y me importa un pito.

Los dos Flint miraron al Flint pequeño, que esbozó una sonrisa maligna.

—No te puede importar un pito, Covenant. Porque a nosotros sí nos importa, ¿verdad?

—Sí, a nosotros, sí.

—Nosotros con el pito pitamos —subrayó el Flint mediano, como si fuera un tipo duro.

Jason rió con sorna.

—¿Sabéis una cosa?, hoy en el autobús me estaba preguntando: pero ¿para qué se molestan estos tres en ir al colegio? ¡No solo decís un montón de idioteces, sino que además no tienen ninguna gracia! —Y le pegó un fuerte empujón al Flint mediano.

El gesto cogió de sorpresa al chico, que casi cayó rodando al foso.

—¡Eh, primos! —exclamó—. ¡Me ha pegado!

—¡No te he pegado! —replicó Jason, mirándolo de arriba abajo.

El Flint mediano zarandeó al Flint pequeño.

—¿Has oído lo que me ha dicho, primo? ¿Has oído?

—Deja que lo arreglemos nosotros, primo.

—Pero él me ha...

—¡No, no te ha pegado! Solo te ha empujado. Y él no puede empujarte.

—Ya vale —dijo Jason con tono desafiante—. Dejadme pasar ahora mismo.

—¿Sabes cuál es tu problema, Covenant? Tu problema es que no has entendido todavía cómo funcionan las cosas aquí en Kilmore Cove.

—¿Y cómo funcionan?

—Funcionan que si nosotros no queremos dejarte pasar... tú no pasas.

—Qué interesante.

—Y si nosotros queremos ir a la escuela, vamos. ¿Qué te has creído? ¿Que es una escuela solo para gente de ciudad como tú? ¿Que los pobres habitantes de Kilmore Cove tenemos que seguir en la ignorancia? Nosotros queremos ir a la escuela.

—Bueno, yo la verdad es que no quiero ir a la escuela... —confesó el Flint mediano—. Pero papá...

—¡Cierra el pico! —cortó tajante el Flint pequeño—. Estaba diciendo, Covenant... —prosiguió, dirigiéndose a Jason— que hoy hemos decidido explicarte con todo detalle cómo funcionan aquí las cosas. A ti. A tu hermana... y a ese amigo vuestro pelirrojo que tenéis en el pueblo.

Solo entonces Jason empezó a sospechar que los tres hablaban en serio. Y, por primera vez desde el inicio de aquel encuentro, empezó a preocuparse. La calle estaba desierta. El pueblo, un par de curvas más adelante. El faro, demasiado distante.

A la derecha, una ladera demasiado escarpada bajaba al mar. A la izquierda, la altura empinada de las colinas. Nada que objetar: habían elegido bien el sitio en el que cortarle el paso.

—¿Y entonces? —preguntó, intentando aparentar tranquilidad.

El Flint pequeño sonrió sardónicamente. Levantó dos dedos de la mano derecha y dijo:

—Y entonces dos cosas.

—A ver.

—La primera, Covenant... es que para pasar tienes que pagar.

—¿Estás de broma?

—Para nada. Tú eres forastero. Y cuando los forasteros van a un país que no es el suyo, pagan. Así que cada vez que te veamos en el pueblo... tú pagas.

—Estáis como una cabra.

—Pero ¡si no te hemos dicho todavía cuánto, Covenant! Ya verás: es una propuesta generosa. Serás tú el que elija. ¿Verdad, primos?

—Verdad.

—Puedes elegir.

—O te quedas para siempre en tu bonita casa en la cima del acantilado...
O, si eliges asomar las narices por la plaza...

—O por el muelle...

—O por Chubber...

—Pagas.

Jason no se lo podía creer. Los tres primos Flint estaban hablando en serio. Parecían convencidos de lo que decían.

—¿Y la segunda cosa? —preguntó sin saber cómo reaccionar.

—Ah —exclamó el Flint pequeño—. La segunda es todavía mejor que la primera. Con la segunda a lo mejor puedes evitar la primera. ¿Verdad, primos?

—Verdad.

—Verdad.

—Pero también esta vez depende de ti. ¿Cómo está tu hermana?

Jason se puso rígido.

—¿Qué tiene que ver mi hermana?

—Hace tiempo que no la vemos...

—¿Y?

—¿Por qué no la vemos?

—Ha tenido tos ferina.

—¡Puaj! —exclamó el Flint mediano.

—¡Cállate! —gritó el Flint pequeño—. ¡Tú tienes que estarte calladito!

—¿La segunda cosa? —preguntó una vez más Jason, sintiendo un extraño escalofrío por la espalda.

—Díselo tú, primo.

El Flint grande se echó a reír. Se acercó a Jason y le susurró al oído:

—Mi primo podría aceptarte si Julia fuera su chica.

A Jason casi se le salieron los ojos de las órbitas. Después le pegó un empujón al mayor de los Flint y gritó:

—¡Ni se te ocurra!

—Eh, eh... ¡no te alteres! —le dijo el primo pequeño.

—Si se te ocurre acercarte a mi hermana... —dijo Jason, rojo como un tomate— yo... yo...

—Tú... ¿qué?

Jason estaba fuera de sí de rabia. Empujó por segunda vez al Flint grande y avanzó hacia los otros dos.

—¡No os acerquéis a mí! —gritó.

Pero un instante después el primo grande, que se había acercado por detrás, lo tenía inmovilizado y el pequeño intentaba arañarle la cara con las manos. Mientras tanto, el primo mediano gritaba:

—¡Dadle fuerte! ¡Dadle fuerte!

Jason no le había pegado un puñetazo nunca a nadie en su vida. Pero había leído todos los fascículos del doctor Mesmero y había seguido todos los combates de su héroe de cómic favorito.

Lanzado de un lado a otro por los dos primos Flint, Jason movió la correa de los libros haciendo molinillos, repartiendo golpes a diestro y siniestro con los pesados libros de texto. Le pegaron una patada en la espinilla y un manotazo en la nariz. Se soltó, se levantó y se agachó. Después cargó contra el primo grande y le propinó un cabezazo en la tripa.

Lo agarró con un brazo y mientras tanto le lanzó un puñetazo al otro.

—¡Ay! ¡Me has hecho daño!

—¡Dadle fuerte! ¡Dadle fuerte! —seguía incitando el primo mediano.

Jason no soltaba al Flint grande y lo empujaba con todas sus fuerzas hacia atrás.

—¡Me las vas a pagar!

—¡Dale! ¡Dale!

El Flint grande comenzó a sacudir manotazos en la espalda del joven Covenant. Después de un golpe especialmente fuerte, Jason abrió la boca y le pegó un mordisco, clavándole los dientes en la poquísima carne que tenía encima de la cadera.

—¡AAAAAY! —gritó el primo Flint, contorsionándose como un loco—. ¡Suelta! ¡Suelta! ¡Sueltaaaaaa!

Al ver que las cosas se ponían mal, el primo mediano intervino también en la pelea y agarró a Jason por una pierna para intentar que soltara al primo mayor.

Eran demasiados.

Jason soltó la presa, rodó sobre el asfalto y esquivó instintivamente un par de patadas. Se puso de pie, haciendo molinillos con los brazos como había visto hacer en las películas.

—Apartaos de mi camino... —dijo.

Los tres primos se unieron. El pequeño se tocaba los riñones. El grande se controlaba las marcas del mordisco en la tripa y el mediano parecía el más indeciso de todos.

¡POTI! ¡POTI!

El sonido bitonal del claxon del coche de la señorita Bertillon atravesó el aire. Había aparecido al improviso detrás de la curva, conduciendo como en un rally. El coche francés zumbaba sobre el asfalto como si estuviera a punto de despegar.

¡POTI! ¡POTI!

La segunda vez que tocó el claxon, estaba ya muy cerca de ellos. A través del parabrisas, Jason vio la boca abierta de par en par de la anciana maestra de piano y uno de sus famosos sombreros de plumas.

¡PATAPLAM!

Los chicos se lanzaron de un salto a los lados de la carretera. Los Flint, hacia el mar. Jason, hacia el lado opuesto.

El automóvil color crema de la señorita Bertillon pasó por el medio de la carretera como una exhalación llevándose por delante la correa con los libros de Jason. Después se evaporó con un tercer pitido de claxon, sin disminuir la marcha lo más mínimo.

Cuando desapareció detrás de la curva, los primos Flint treparon por la ladera escarpada y miraron a su alrededor. Jason había desaparecido.

—¿Lo ha atropellado? —preguntó preocupado el Flint mediano—. He oído un estruendo terrible.

El Flint pequeño revisó lo que quedaba de los libros esparcidos por la carretera. Movi6 la cabeza. No había rastro de sangre.

—No —dijo, indicando las colinas—. ¡Ese cobarde se ha escapado!



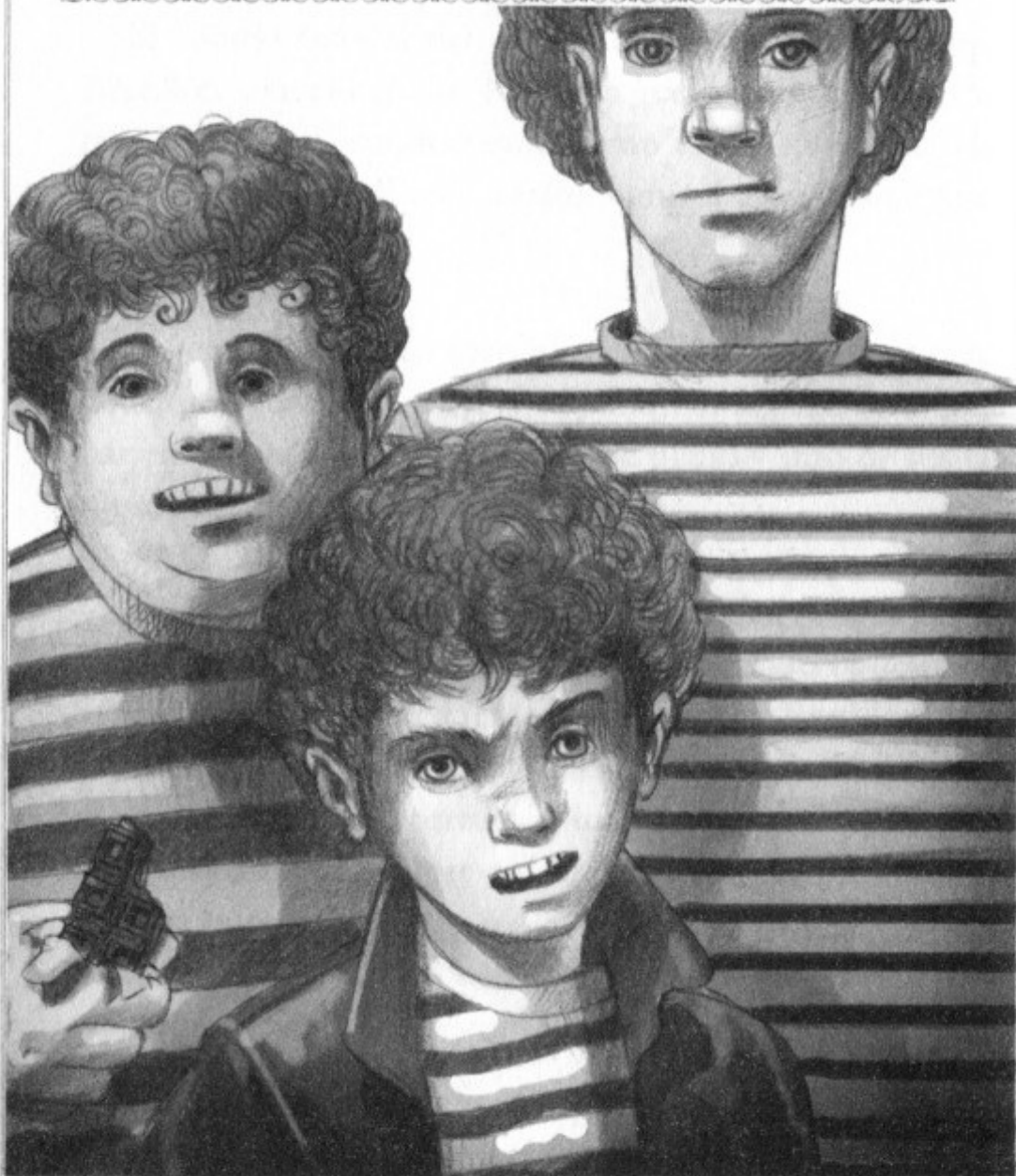
Nombre: **Los primos Flint**

Nacidos en: Kilmore Cove

Edad: 13 años

Dirección: viven en Kilmore Cove, en Pempley Road,
a pocos pasos de la comisaría

Particularidades: aunque sus padres son policías, los jóvenes
Flint son tres auténticos gamberros descerebrados





Capítulo 12

Una **HUÉSPED INDESEADA**

Dentro de la casa de los mil ecos había una especie de máquina.

Anna conseguía vislumbrarla a través de una pequeña ventana con los cristales sucios. La máquina ocupaba toda la habitación: media esfera de latón estaba apoyada en mitad del suelo, coronada por una veintena de brazos mecánicos plegables. Cada uno terminaba en una pequeña pinza.

Con un tic tic, el brazo mecánico aferraba un cable y lo enchufaba en una de las muchas clavijas que cubrían la pared situada enfrente de la esfera. Desenchufaba el cable, tic, y lo enchufaba en otra clavija, tic. En los pocos segundos que tardaba en efectuar la conexión, a través del cable se oían distintas voces.

Era una centralita telefónica, pensó Anna. Una de esas que se veían en las películas antiguas, desde las que las personas que querían llamar por teléfono se hacían pasar a una señorita de la centralita. La señorita de la centralita sacaba un cable de una clavija y lo metía en otra, poniendo así en contacto a quien la había llamado con la persona con la que quería hablar.

La máquina servía para separar las llamadas.

Algo decididamente insólito.

Y seguramente anticuado.

Tenía que averiguar algo más. Dio un par de veces la vuelta alrededor de la casa, sin conseguir encontrar el modo de entrar. La única puerta estaba cerrada con llave y la ventana estaba protegida por una rejilla de alambre.

Mientras daba la vuelta, le llamó la atención la red de cables que llegaban a la centralita telefónica a través del bosque. Estaban atados de diez en diez y yacían abandonados sobre el terreno, cubiertos por la maleza.

—Bingo —se dijo Anna, cuando vio que muchos de los cables eran de colores.

«Que el índico indica del paso el señuelo.»

En cuclillas fuera de la casa, Anna no tardó en descubrir el cable color índico.

Ahí estaba.

Entre sus manos.

Volvió sobre sus pasos para recuperar la bicicleta y la empujó siguiendo el cable. Caminó sobre una espesa capa de musgo, que a menudo lo ocultaba por completo. Después de unos diez minutos, el terreno fue haciéndose más pedregoso. Anna oía el rumor del agua que corría.

El cable, ahora, pasaba directamente entre las piedras hasta llegar a una pequeña senda por la que parecía que alguien había pasado recientemente.

—Aquí es —se dijo la chica.

Siguiendo el cable y el sendero, salió del bosque y muy pronto llegó a un puente suspendido encima de un precipicio. Al fondo corrían las aguas de un torrente. A la derecha estaba el mar: una mancha celeste y resplandeciente, acariciada por el sol. En el lado opuesto, el bosque se hacía más espeso.

El puente no tenía suelo.

Era un simple esqueleto de hierro forjado.

Una estructura suspendida en el vacío.

Tenía una especie de techo compuesto por arcos de hierro parecidos a los de las pérgolas. Y dos paredes laterales formadas por muchas tablillas de metal similares a las de las persianas.

Y ningún suelo.

En ambos extremos acababa con dos columnitas de hierro decoradas con motivos florales y unidas entre sí por un arco.

En la columna de la izquierda había una lechuza. Una lechuza con dos grandes ojos amarillos.

Una lechuza.

La otra era más simple y parecía representar una especie de nido.

En las dos columnillas, además, había dos placas decididamente insólitas. La que estaba en la columna de la lechuza decía: «VETE».

En la otra, sin embargo, estaba escrito: «VEN».

Nada más.

Un puente sin fondo. Y una lechuza de metal.

Se oyó un batir de alas. Anna vio un pájaro blanco que alzaba el vuelo en dirección al mar.

«Si yo pudiera volar...», pensó.

Pero no podía.

El cable índico pasaba a lo largo del puente y desaparecía en el otro lado.

La chica controló la estructura. Le pareció resistente. Podía intentar pasar sujetándose en las paredes laterales. O en los arcos de arriba. Pero era realmente peligroso.

No. Tenía que pensar en otra cosa.

¿La canción? Por mucho que la repetía, no se le ocurría nada.

Leyó las placas.

«VEN».

«VETE».

Después empezó a tantear las dos columnillas en busca de una palanca, un botón o cualquier cosa que pudiera poner en marcha un mecanismo oculto.

No encontró nada.

Miró la lechuza. Tenía dos grandes ojos amarillos.

—¿Por qué me miras así? —le preguntó Anna—. ¿Y por qué estás encima de la columna que dice «VETE»?

Miró hacia atrás. Después agarró la lechuza y descubrió que se podía mover. La empujó como si fuera una palanca y...

Trac. Trac. Trac.

La lechuza empezó a levantarse de la columna, recorrió el arco de hierro y bajó por la columna de «VEN», hasta colocarse encima del nido.

En cuanto se detuvo, las tablillas de metal de los lados del puente empezaron a desenrollarse hacia dentro, como las piezas de un dominó, y formaron el suelo del puente.

—¡Sí! —exultó Anna, radiante.

Las tablillas se abrieron velozmente, una tras otra, hasta llegar al otro extremo del puente.

Trac, hizo el mecanismo, parándose.

Y entonces sucedió algo verdaderamente extraño: en el otro lado del puente, una lechuza gemela a la que había movido Anna se levantó de la columna en la que se encontraba y fue a colocarse en la otra.

Y en cuanto lo hizo, todas las tablillas volvieron a su sitio y el suelo desapareció.

El puente estaba de nuevo sin fondo y Anna lo miraba fijamente, desilusionada.

Empujó otra vez la lechuza y la movió, lentamente, hasta la columna «VETE».

En el otro lado del puente, la lechuza gemela hizo el movimiento contrario. Las tablillas no se movieron.

—Porras —murmuró Anna, empujándola por tercera vez.

De nuevo, la lechuza se movió y fue a posarse en el nido de la columna «VEN». Las tablillas descendieron una tras otra formando un suelo sólido y resistente. Pero, en cuanto quedó completo, la lechuza del otro lado del puente se movió y las tablillas volvieron a su sitio.

¿Podía llegar corriendo a la otra parte antes de que el mecanismo dejara de funcionar?

«Imposible», se dijo Anna.

Ese puente era una especie de partida de ajedrez: cada vez que ella movía su lechuza de una columna a la otra, la lechuza del otro lado hacía el movimiento contrario. Si Anna la movía a la columna «VEN», la otra lechuza se movía a la columna «VETE» y el suelo desaparecía.

A lo mejor las dos lechuzas tenían que encontrarse en la columna «VEN». Pero ¿cómo?

—Hay dos soluciones... —razonó Anna—. O consigo que el pajarraco de este lado se quede parado o consigo que se quede el otro.

Hizo un par de pruebas sin ningún resultado y volvió a colocar de nuevo la lechuza en el punto de partida.

—Piensa, Anna, piensa... —se dijo en voz alta.

Si al menos no estuviera sola. ¡Tommy! O aunque fuera solo Miolí...

Pero estaba sola, delante de un absurdo puente mecánico, en mitad de un bosque en el que con toda probabilidad se había perdido. Podía ver el mar, sí, en el otro lado... Y quizá podía intentar bajar costeando el precipicio. O podía intentar subir hasta lo alto y buscar un camino más fácil.

Pero las dos eran soluciones que requerían mucho tiempo. Y ella no tenía mucho tiempo.

¿Qué hora sería?

El reloj de la lechuza marcaba la una y veinticinco.

Una y veinticinco.

Llevaba más de tres horas caminando por el bosque.

Lechuza.

Reloj.

Las iniciales de Peter Dedalus, el genial inventor de mecanismos de Kilmore Cove.

—«Para llegar a Kilmore Cove, os hará falta esto...» —murmuró Anna, recordando lo que le había dicho el traductor cuando le había regalado el reloj.

—Me hará falta, sí, pero ¿cuándo? —se preguntó la chica, perpleja.

Reloj. Lechuza. Iniciales. Puente. Lechuza. Nido.

Hizo brillar el reloj bajo la luz del sol.

—¿Te gusta este reloj? ¿Lo quieres? —gritó en voz alta para que la oyera también la lechuza del otro lado del puente—. ¡Lo pongo aquí, mira!

Se acercó a la columna con el nido y la placa «VEN» y buscó un punto apropiado para dejar el reloj.

Lo encontró. Dentro del motivo ornamental había un hueco redondo que le pareció perfecto. Apoyó el reloj y, en cuanto lo soltó, oyó el ya habitual trac trac de la lechuza de la otra columna, que se empezaba a levantar.

Solo que esta vez Anna ni siquiera la había tocado.

La lechuza de «VETE» llegó a la columna «VEN», pero, antes de poner en marcha el mecanismo que movía las tablillas, hizo otro movimiento: se inclinó graciosamente hacia adelante como para coger con el pico el reloj de Anna.

La chica echó una ojeada al puente. Las tablillas del suelo empezaron a bajar.

Cuando llegaron al otro lado, la segunda lechuza no se movió.

Anna esperó.

La lechuza seguía sin moverse.

No había pasado nada.

La chica apoyó un pie en el puente. Parecía resistir.

Respiró profundamente y después empujó la bicicleta por encima del puente.

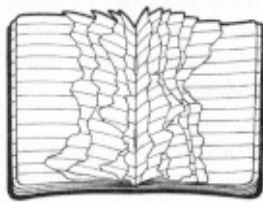
Fue como correr sobre la cubierta de una nave.

Corrió sin ni siquiera tomar aliento, aterrorizada ante la idea de que el puente pudiera desaparecer bajo sus pies.

Fue rapidísima.

Cuando llegó al otro lado y miró hacia atrás, vio que la lechuza gemela la observaba. En la columna ahora estaba escrito «BIENVENIDA».

Y comprendió que por fin había llegado a Kilmore Cove.



Capítulo 13

Un **ENCUENTRO AFORTUNADO**

Jason corría como una exhalación por el sendero que trepaba entre las colinas. En sus oídos resonaba todavía el claxon de la señorita Bertillon y le dolían los huesos de los golpes que le habían propinado los Flint.

Se detuvo para tomar aliento solo cuando había subido ya un buen tramo y el camino empezaba a adentrarse en los primeros bosques de las Shamrock Hills. Le pareció oír las voces de los Flint en la lejanía.

«Maldición», pensó. Estaban siguiéndolo.

Jason dobló las rodillas. Le dolían los pulmones. Le dolía la espalda. Pero sobre todo se sentía herido en su orgullo. Por la huida. Y por no haberles dado a esos tres gamberros la lección que se merecían.

Volvió a emprender la subida caminando con paso decidido, pero sin correr. Hasta ese momento había pensado solo en poner tierra de por medio entre él y los primos. Ahora necesitaba idear un plan.

Tiempo.

No había oído las campanas de la iglesia del padre Phoenix, así que no era todavía la una y media.

«En cualquier caso, lo de ir en el coche de papá olvídale», se dijo. Notó algo húmedo en los labios y descubrió que se había cortado.

Echó de nuevo a correr un rato.

Esperaba encontrar antes o después a la derecha un sendero que lo llevara de nuevo al pueblo o, en el peor de los casos, a la estación de trenes que se encontraba detrás de Kilmore Cove. No quería subir las colinas hasta un punto muy alto porque si no después le tocaría recorrer toda la circunferencia para llegar a Villa Argo. Pero ¿existía el sendero que estaba buscando?

Decidió que continuaría subiendo aún una decena de minutos más y después, con sendero o sin sendero, atajaría entre los árboles y los prados.

Oyó un ruido raro y se volvió para asegurarse de que no fueran los Flint,

pero no vio ni un alma.

Aceleró un poco el paso.

Oyó otra vez un ruido. Y después otro.

Jason disminuyó el paso para intentar averiguar qué era y de dónde venía.

Cabía la posibilidad de que viniera de detrás de él, así que no se paró.

El sendero apareció entre los árboles. Había un claro, un prado florido desde el que se podía disfrutar de la vista de un escorzo de bahía y del pueblo agazapado al fondo. Villa Argo estaba en la parte opuesta de la bahía, debajo de él, señal de que se había adentrado demasiado por entre las colinas.

Jason dio un paso hacia atrás para orientarse y justo en ese momento...

—¡Cuidado! —gritó alguien a sus espaldas—. ¡Quítate de en medio!

Solo le dio tiempo a girarse. Vio una mancha de color que venía hacia él a toda velocidad.

Después se tiró al suelo, sobre la hierba.

Una bicicleta pasó silbando a pocos centímetros de él y se detuvo, frenando de golpe, un poco más abajo.

Jason rodó por la hierba y se puso de pie.

—¡Eh! —protestó—. Pero ¿qué narices...?

Lo que le había parecido una simple mancha de color era una chica morena, que estaba tirada boca abajo en la hierba. Las ruedas de la bicicleta giraban aún por los aires.

Jason cambió inmediatamente el tono de voz. Fue hasta ella y le preguntó:

—¿Te has hecho daño?

La chica se dio la vuelta y se puso boca arriba. Se quedó mirando fijamente el cielo. Después el rostro alterado de Jason apareció en su campo visual.

Sonrió.

—Creí que te atropellaba.

—¿Todo bien?

—Aparte de que tengo la sensación de que son los árboles los que están sujetando el cielo, creo que sí.

La chica se sentó.

—¡Madre mía! ¡Qué trompazo!

—¿Algo roto?

—Creo que no. La hierba ha parado el golpe. ¿Y tú? Te has hecho una herida en el labio.

Jason se pasó una mano por la boca.

—Ah, no. No ha sido la caída. Pero... —Miró arriba y abajo de la colina—. ¿Se puede saber qué estabas haciendo?

—Solo estaba intentando bajar rápidamente. —La chica indicó la parte de pueblo que se veía en la bahía, debajo de ellos—. Dime solo una cosa: eso es Kilmore Cove, ¿verdad?

Jason se rascó la cabeza.

—Pues... sí.

La chica, entonces, levantó los puños hacia el cielo y casi gritó:

—¡Lo he conseguido! ¡Sí! ¡Lo he encontrado!

Y después abrazó a Jason y, antes de que pudiera pronunciar palabra, le estampó un beso en la frente.

—¡No te puedes ni imaginar lo contenta que estoy!

Jason se quedó de piedra, mirando cómo Anna daba saltitos a su alrededor y levantaba la bicicleta. No sabía qué pensar. La chica llovida de la colina parecía completamente loca. Además de ser decididamente guapa. Tenía los ojos grandes y verdes y una melena morena le danzaba alrededor del rostro ovalado.

—Pensarás que estoy como una cabra, pero...

—Oh, no... ¿por qué? —Jason le echó una mano para acabar de levantar la bici—. Me sucede bastante a menudo eso de que una chica me atropelle con la bicicleta y un momento después me plante un beso en la frente.

Ella le tendió la mano.

—Me llamo Anna —dijo. Después le puso un dedo en los labios y lo estudió—. Espera, no me digas nada... Bromitas sarcásticas. Aspecto de chulito. Por lo menos dos meses que no te cortas el pelo. Hum... eres más alto de lo que esperaba y ahora debes de tener un par de años más, pero... estoy segura de que eres... ¡Jason Covenant!

Si había una persona sorprendida en este mundo, esa era Jason. Se apartó el flequillo de los ojos para ver mejor a Anna.

—¿Cómo sabes quién soy?

—¡Covenant! —gritó en ese momento el Flint pequeño desde la espesura del bosque.

Jason pegó un respingo y miró hacia atrás.

—Yo diría que no soy la única que lo sabe —respondió Anna, mirando en la misma dirección.

Los tres primos Flint aparecieron allí donde el sendero desembocaba en la pradera. Señalaron a Jason y parecieron redoblar los esfuerzos para alcanzarlo.

—¡Esta vez no escapas!
—¡Te hemos pillado, Covenant!
—¡Vaya! —exclamó Jason.

Anna miró a los tres, que venían corriendo amenazadores hacia ellos y dijo:

—Y... olvidaba un pequeño detalle: siempre dispuesto a meterse en líos.

—Oye... —susurró Jason—, ahora no tengo tiempo de explicarte todo... esos tres...

—Claro. Monta —le dijo Anna, alzándose sobre los pedales.

Jason miró la bici, la pradera cuesta abajo, los tejados de Kilmore Cove. La miró a ella.

—Puede ser...

—Peligroso, ya lo sé —respondió Anna Bloom—. Pero es por esto por lo que he venido hasta aquí.

En Kilmore Cove, las campanas dieron las dos.

Rick Banner estaba tumbado en la cama, con el enorme cuaderno negro abierto encima de las rodillas y el bolígrafo en la boca. Había escrito y borrado algunas frases decenas de veces y empezaba a desesperarse. No lo conseguiría nunca.

Llevaba dándole vueltas en la cabeza desde hacía mucho tiempo.

Demasiado: había ya borrado cincuenta páginas de cuaderno negro.

—«Mi querida Julia...» —leyó en voz alta. Y hasta ahí era fácil.

—«Tus ojos...» —empezó, pero inmediatamente después se quedó absorto contemplando las grietas del techo.

Lo borró. Demasiado banal. Y además había ya empezado hablando de los ojos en la página trece. ¿O catorce? En cualquier caso, no le gustaba.

O sea que nada de ojos. Había que concentrarse en algo más concreto. Algo que le hiciera saber enseguida a Julia lo que le quería decir.

—«Siempre que estoy contigo...» —probó de nuevo, escribiendo velozmente— «incluso cuando estás mal y tienes tos ferina...»

Borró furiosamente la frase, asqueado. Se dio un golpe en la frente. No lograba entender qué oscuro mecanismo le impedía poner sobre el papel los espléndidos pensamientos que se le arremolinaban en la cabeza. ¿Dónde estaba el fallo? ¿En qué parte de su cerebro? ¿O de la mano?

¿Y si en cambio fuera el bolígrafo el que fallaba? ¿O el cuaderno negro? Una vez leyó que los colores tienen que ver con las radiaciones de la luz, y

que algunos son más adecuados que otros para pintar las paredes de la casa. A lo mejor, el hecho de haber elegido un cuaderno negro, con sus vibraciones negativas, podía ser un obstáculo que le impedía completar su... definitiva... declaración de amor.

Amor.

Una palabra muy importante, probablemente demasiado importante, pero que de una forma u otra, un día sí y otro también, lo había tenido ocupado en los últimos años, entre un viaje y otro a través de las Puertas del Tiempo.

No era ya ningún secreto. Todos en el pueblo se habían dado cuenta. Y todos, excepto él, se habían dado cuenta también de que la simpatía de Rick por Julia era correspondida.

Por un motivo u otro, no se lo habían dicho nunca.

Si ella lo abrazaba por cualquier motivo, Rick se ponía rígido como una estatua de mármol. Cada vez que él estaba a punto de declararse, se le trababa la lengua. Y si intentaba escribirle... borraba cada frase en el momento mismo en el que la había terminado.

—¡Rick! —lo llamó una voz desde la calle—. ¡Riiick!

Era Jason.

El chico pelirrojo escondió el cuaderno negro debajo de la cama, después se lo pensó y, dándole un beso, lo cogió y lo volvió a poner en su sitio, en el fondo del cajón.

Se asomó a la calle.

—¿Qué pasa?

Jason estaba de pie delante de la casa. Tenía un labio partido, estaba lleno de tierra y lo miraba.

—¡Baja! ¡Tenemos que hablar!

—¿Qué te pasa?

—¡Date prisa!

Jason no estaba solo. Un poco apartada había una chica que Rick no había visto nunca. Empujaba una bicicleta de montaña profesional. Chasis de aluminio, frenos de disco Avid Juicy y cambio Shimano XTR con nueve marchas.

Una pasada de bici.

—¡Oye, Rick! —llamó otra vez Jason—. ¿Bajas o tengo que explicarte todo por la ventana, gritando a los cuatro vientos? ¡Es importante!

La chica que estaba a su lado hizo un ademán de saludo. Rick le respondió un poco titubeante.

—Voy.

¿Quién era? ¿Y dónde había comprado esa bici? En el pueblo no las vendían.

A Rick le costó encontrar las zapatillas de deporte en medio del barullo del cuarto. Después le asaltó una duda y volvió a la ventana.

—¿Cómo de importante? —gritó al amigo en la calle.

—No tan importante —respondió Jason.

Rick asintió.

Acabó de cambiarse y salió corriendo, sin llevarse consigo la llave del tiempo.

Jason hizo unas rapidísimas presentaciones e insistió en buscar un sitio tranquilo en donde charlar.

Luego le contó rápidamente a Rick lo de los primos Flint y le cedió la palabra a Anna.

—El hecho es que —explicó entonces Anna a los dos chicos, sentados con las piernas cruzadas delante de ella— he venido hasta aquí para enseñaros algo muy especial.

Los dos cruzaron una mirada. Habían comprado tres bollos de crema en la pastelería Chubber y habían elegido un lugar tranquilo en la playa, un poco elevado para poder controlar el camino y lo suficientemente apartado como para poder hablar sin que nadie los molestara.

—Aunque tengo que decir que no pensaba que fuera tan difícil encontrar este pueblo.

—¿Qué quieres decir con difícil? —le preguntó Rick.

Anna se quitó los zapatos y hundió suavemente los pies en la arena.

—Ha venido por un camino rarísimo —explicó Jason—. Ha salido de una playa a cinco kilómetros de Zennor para llegar hasta un árbol...

—La encina de los anzuelos —especificó Anna.

Rick movió la cabeza.

—No había oído nunca ese nombre.

—Después ha caminado por el bosque hasta la centralita telefónica.

—OK —dijo Rick, que evidentemente la conocía.

—Y desde allí hasta un puente mecánico.

—¿Un puente mecánico?

—Con una lechuza —precisó Anna—. Que me decía «Vete» o «Ven».
Rick hizo un gesto de duda.

—Por la descripción, parece uno de los inventos de Peter Dedalus —comentó Jason—. Aunque ninguno de nosotros...

—Podría estar encima del precipicio... —aventuró Rick.

—¿A qué altura?

Mientras los dos chicos discutían entre ellos sobre la posible posición del puente, Anna los miraba fascinada. Habían crecido respecto a la descripción de los libros de Ulysses Moore. Jason era más alto. Se había hecho más fuerte y ahora sobrepasaba casi al amigo de Kilmore Cove. Tenía el pelo largo, rebelde, y hablaba retorciendo con los dedos siempre el mismo mechón. Rick, sin embargo, estaba más chupado. Tenía los hombros muy anchos, las piernas musculosas de ciclista y el pelo pelirrojo cortísimo.

—Ejem... —los interrumpió después de un rato—. ¿No podríamos hablar de eso en otra ocasión?

Los dos se callaron. Jason dijo:

—Solo nos estábamos preguntando por qué no has venido por la carretera de la costa.

—Eso. El autobús del instituto pasa siempre por ahí.

—¿Vais ya al instituto? —preguntó Anna.

—Vamos a St. Ives. Desde allí es fácil llegar a Kilmore Cove. Rick va siempre en bici.

—No lo sabía. A mí el camino me lo ha explicado un traductor que estuvo aquí hace unos años, creo. Uno que ha escrito un libro sobre Kilmore Cove.

—¿En serio?

—Sí, en serio.

—¿Y qué ha escrito? —preguntó Rick.

—Una historia de aventuras. En la que... salís vosotros.

Jason y Rick se miraron sorprendidos.

—¿Nosotros?

—Exacto. Se habla de Puertas del Tiempo y de llaves con formas de animales. Y de una cierta Oblivia Newton.

—Pero ¿cómo es posible? —preguntó Rick—. Esta historia es... ejem... un secreto.

—El traductor dijo que había encontrado los diarios secretos de Ulysses Moore dentro de un gran baúl.

—El baúl —susurró Jason. Y después añadió, dirigiéndose a Rick—: Sabes de qué baúl se trata, ¿no?

—Pero... ¿no es posible!

—Deja que continúe.

Anna asintió.

—En Venecia, hace unos días, encontré una libreta muy especial. Estaba escondida en un doble fondo del techo. La libreta, como la casa, pertenecía a un ilustrador llamado Morice Moreau.

—No lo he oído nunca.

—Yo tampoco.

—La libreta es prácticamente incomprensible. Está escrita en código. Y como el código es el mismo que utilizaba Ulysses Moore, pues... he venido a traérosla.

—Siguiendo las indicaciones del... traductor.

—Indicaciones muy confusas —añadió Jason.

—Exacto. Es como si no quisiera... —dijo Anna— o no pudiera ser más claro.

Rick y Jason asintieron.

—En cualquier caso... —continuó Anna, sacando de la mochila el cuaderno de Morice Moreau—, la libreta es esta. —Se la puso encima de las rodillas sin abrirla—. El traductor sostiene que, para descifrarla, hace falta un cierto *Diccionario de las lenguas olvidadas*.

—Para eso, basta subir a mi casa —dijo Jason.

—Siempre y cuando tú hayas tenido ya la tos ferina —precisó Rick—. Si no, es mejor que lo vayamos a buscar nosotros solos.

—¿Podrías abrirla, por favor? —preguntó Jason, indicando la libreta.

Anna pasó la mano por la tapa del cuaderno y suspiró.

—Hay otra cosa que no os he dicho.

Y les contó de un tirón el misterio de las imágenes que aparecían y desaparecían.



Nombre: **Jason Covenant**

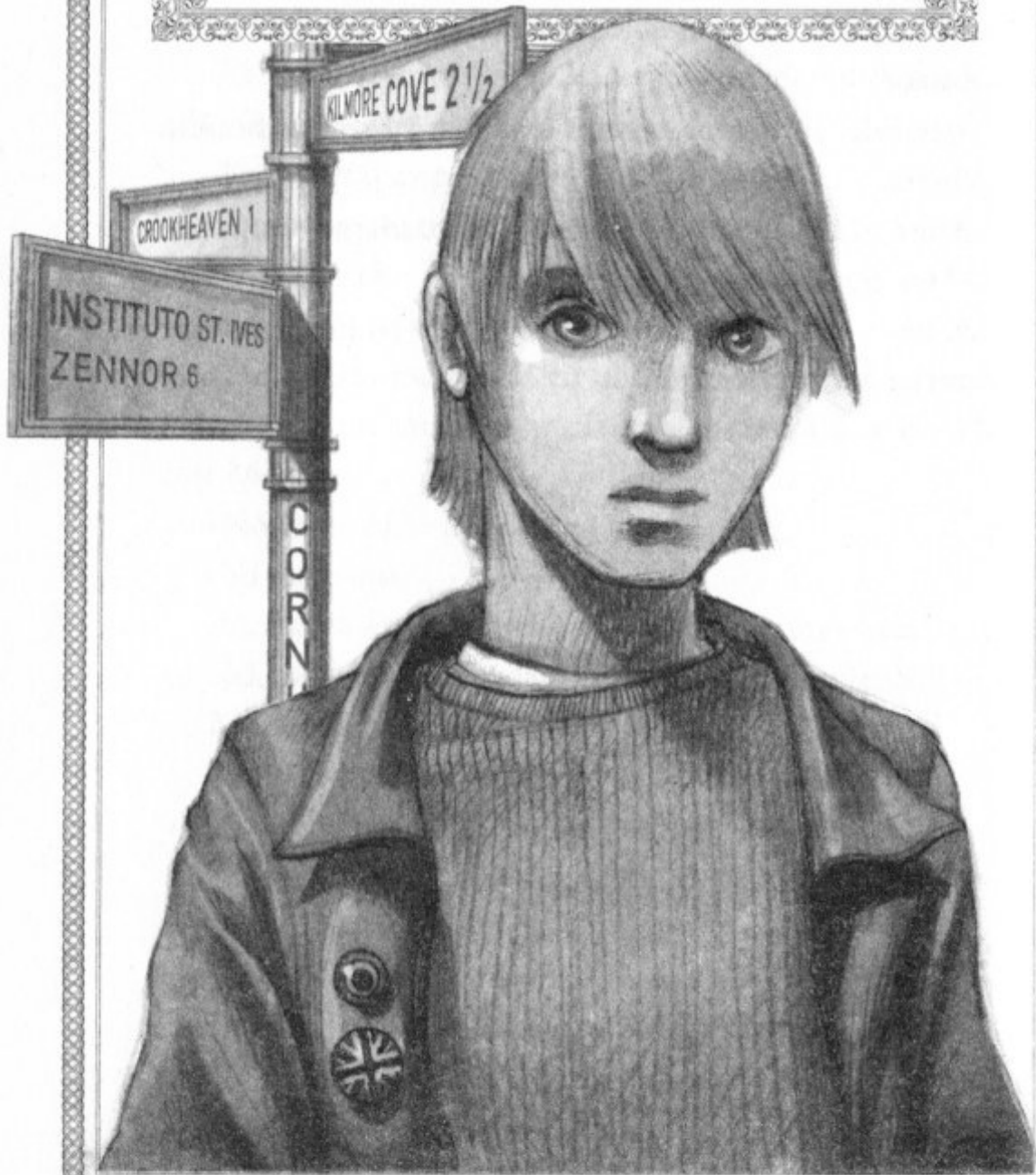
Nacido en: Londres, el 6 de marzo

Edad: 13 años

Dirección: vive en Villa Argo, Salton Cliff 1, Kilmore Cove

Particularidades: curioso, imprevisible e impulsivo.

Se mete en un lío detrás de otro





Capítulo 14

La **DESAPARICIÓN** *de las* **ABEJAS**

En los periódicos la llamaban primavera tardía. Pero era algo más. El calor había llegado demasiado pronto, haciendo florecer antes de tiempo las yemas de los árboles y las primeras flores. Después había empezado a llover ininterrumpidamente, la temperatura había bajado y se había echado todo a perder.

Ahora los arriates del jardín de Villa Argo estaban inundados. Quedaban solo los esqueletos de las petunias ateridos de frío. Y enormes hierbajos que sofocaban cualquier otra flor.

—¡Uf! ¡Imposible salvarlos! —decidió Nestor, arrojando lejos de sí el inútil azadón—. ¿Quién me mandaría a mí meterme en este lío?

Estiró la espalda, masajeándose después enérgicamente la zona a la altura de los riñones. Notaba unos pinchazos. Cosas de la edad. Y también señal de que estaba a punto de empezar a llover de nuevo.

El jardinero de Villa Argo cargó los aperos en la carretilla de madera y la llevó a la caseta empujándola por el tupido jardín. Una brisa delicada soplaba entre las hojas, haciendo ondear también las ramas del enorme sicomoro que se alzaban casi por encima del tejado. Algunos insectos zumbaban, pasando de flor en flor bajo la mirada severa del jardinero.

—Pocas abejas —refunfuñó el viejo, empujando la carretilla hacia delante—. Hay muy pocas abejas.

Ninguna abeja, ninguna polinización de las flores, ninguna planta nueva, ningún alimento para animales herbívoros, ningún alimento para carnívoros. O bien: el fin del mundo en poquísimos años. No era solo una idea pesimista de Nestor. Lo había dicho también Albert Einstein: «Cuando desaparezcan las abejas, a la humanidad le quedarán cuatro años de vida».

—Y bien sabe el cielo que tenía razón —gruñó Nestor, ensombreciéndose aún más.

Después vio llegar a Jason y Rick, en compañía de una chica nueva.
Una forastera.

«Forastera igual a peligro», pensó enseguida el jardinero refunfuñando.

Lo primero que se le ocurrió fue esconderse detrás de un árbol.

Pero Jason lo descubrió y no pudo escapar.

—Mucho gusto, señor Nestor. Soy Anna Bloom —se presentó la forastera con una bonita sonrisa.

Nestor saludó con un gruñido como respuesta, mirándola de arriba abajo de reojo. Lista, guapa, inglesa. ¿Qué hacía allí?

—¿Habéis venido para ayudarme con las petunias, chicos? —preguntó después para romper el hielo—. ¿O para podar los setos? Pues vamos. ¡Manos a la obra!

—No estamos aquí para ayudarte, Nestor —respondió Jason, impertinente—. Sino porque necesitamos tu ayuda.

El jardinero se encogió de hombros y siguió empujando la carretilla.

—Estoy hablando en serio. Ha pasado algo muy raro. Una libreta.

Al oír esas palabras, el jardinero de Villa Argo se detuvo, alarmado, esforzándose por aparentar indiferencia.

—Enséñale la libreta, Anna —sugirió Jason.

La chica dejó la mochila en el suelo y sacó un pequeño cuaderno con la tapa oscura.

En cuanto lo vio, Nestor sintió una punzada lacerante en la espalda. Lo reconoció al instante, aunque intentó desesperadamente que no se notara. Pero no pudo evitar abrir los ojos de par en par.

—Morice Moreau... —murmuró, sin ni siquiera abrir la libreta.

—¿Lo conoces?

—Oh, sí. Lo conozco.

Lo conocía perfectamente. Y tenía una copia idéntica de la libreta en casa. Al verla en las manos de los chicos, su viejo corazón empezó a latir rápidamente y tuvo que apoyarse en la carretilla.

—¿Dónde la habéis encontrado? —murmuró.

—En casa de Morice Moreau.

—Pero él...

—En Venecia.

El jardinero miró primero a Jason y luego a Rick. Finalmente su mirada se detuvo en la chica.

—¿Tú eres de Venecia?

—Exacto.

—¿Y cómo has llegado hasta aquí?

—Gracias a una serie de libros —intervino Jason—. Firmados por Ulysses Moore.

Nestor abrió los ojos de par en par por segunda vez.

—¿Qué has dicho?

Cuando los chicos le contaron la historia del traductor y del baúl con los diarios, Nestor no podía creerlo... Había pasado de verdad.

Habían publicado sus diarios.

—Todos a casa —ordenó a los chicos—. Yo estoy allí en diez minutos.

Después, olvidando la carretilla, se dirigió cojeando furiosamente al porche de Villa Argo.

—¿Señora Covenant? —preguntó, llamando a los cristales—. ¿Puedo entrar?

Al no recibir ninguna respuesta, abrió la puerta y entró. El porche era fresco y sombreado. En los sofás blancos de delante de la chimenea podía verse aún la marca dejada por alguien que se había tumbado encima para contemplar la hoguera. Un poco más allá, la estatua de la pescadora contemplaba la planicie del mar bajo el acantilado.

Nestor la acarició, atravesó el porche y después el hueco de las escaleras, pasó bajo la mirada severa de todos los propietarios de Villa Argo y se dirigió a la cocina.

—¿Señora? —preguntó de nuevo, sin cruzar el umbral de la puerta del salón.

La señora Covenant acababa de terminar de quitar la mesa y estaba poniendo unas cucharaditas de café torrefacto en la cafetera italiana. El señor Covenant estaba absorto en la lectura de las páginas de deportes del *Times*. Fue él quien se dio cuenta de la llegada del jardinero.

—¡Ah, buenos días, Nestor! —saludó, bajando el periódico—. Justo a tiempo para el café.

—Gracias, señor Covenant, pero el café lo tengo prohibido desde hace años. Señora...

—Hola, Nestor.

El señor Covenant le indicó una silla libre, pero el anciano la rechazó cortésmente. Se informó de cómo estaba Julia.

La hermana de Jason ya casi no tenía fiebre. Tenía algo de tos todavía, pero lo peor ya había pasado.

—Me alegro —dijo el jardinero.

—¿Querías preguntarme algo, Nestor?

El hombre suspiró y después admitió:

—En realidad... sí. Necesitaría... un libro de la biblioteca. Si puedo, naturalmente.

Los padres de Jason y Julia sonrieron.

—Pues claro que puedes, Nestor —respondió la señora Covenant—. La biblioteca está a tu disposición.

—Ya sabes que no tienes que preguntarlo. El uso de los libros está especificado en el contrato de compra de la casa —añadió el señor Covenant—. Así que puedes subir cuando quieras.

«Es lo que hago siempre —pensó Nestor, dándoles las gracias—. Solo que ahora me duele demasiado la espalda como para usar el pasadizo secreto.»

En el piso de arriba de Villa Argo, Julia estaba recluida en casa maldiciendo su mala suerte. ¡Tos ferina! Pero ¿cuándo había tenido alguien tos ferina en Kilmore Cove?

La respuesta era: nunca.

Cuando había ido a visitarla, el doctor Bowen había admitido que no se acordaba ni siquiera de cómo se curaba. Para él resultaba mucho más fácil curar a una persona traspasada de un lado a otro por un pez espada que a una chica con tos ferina.

En consecuencia, el tratamiento había sido bastante genérico e improvisado: quédate en la cama hasta que se te pase.

Y ella se había quedado en la cama, inmóvil, aterrorizada ante la idea de pasarse toda la vida tosiendo. Así había estado diez días, diez días con la fiebre retumbándole en la cabeza, mareada, agotada. En cuanto le bajaba un poco la fiebre, Julia cogía un libro e intentaba leer algo, pero pronto se veía obligada a cerrar los ojos. La luz le molestaba. Tenía calor. Tenía frío. Sentía en la piel cada soplo de aire, cada corriente de aire, cada ruido de Villa Argo. Cada paso en las escaleras.

Desde hacía unos días, sin embargo, las cosas eran distintas.

Ya no tenía fiebre, tenía la frente fresca y conseguía tener los ojos abiertos sin sentirselos atravesados por una infinidad de minúsculos puñales. Se levantaba regularmente de la cama y pasaba algunas horas en la butaca. Leía con ganas.

Y aunque su madre no la dejaba todavía bajar al piso de abajo ni salir, Julia sentía que lo peor ya había pasado.

Estaba caminando por la habitación cuando oyó los pasos claudicantes de Nestor que subían por las escaleras y se dirigían a la biblioteca.

Le pareció extraño.

Así que se acercó a la ventana y, al mirar afuera, le pareció ver a Rick y a Jason entrar en la casita de madera en la que vivía el jardinero de Villa Argo. Y le pareció también que con ellos iba una tercera persona. Una chica.

«Qué raro», pensó Julia, repasando otros elementos extraños de los que se había dado cuenta.

Jason no había vuelto a comer (Julia había oído que sus padres se quejaban) y Rick no había subido a saludarla (aunque era verdad también que, durante toda la enfermedad, ella le había prohibido categóricamente entrar en su habitación para que no la viera en aquel estado).

Julia se acercó a la puerta del cuarto. ¿Qué estaría haciendo Nestor con los libros de las estanterías? ¿Y si estuviera accionando el mecanismo de algún nuevo pasadizo secreto que nadie conocía?

—Mmm...

Cuando Julia entornó la puerta, su camión ondeó con el aire fresco del pasillo. La madre se obstinaba en tener abierta la ventana del fondo del pasillo y entraba corriente prácticamente en toda la casa.

Julia vio las cortinas blancas que revoloteaban.

Salió del cuarto caminando de puntillas y dejándose guiar por los ruidos de Nestor. Pasó por delante de la habitación de sus padres y por el enorme baño de mármol. Se miró en el gigantesco espejo que estaba encima del lavabo. Estaba pálida, delgada, tenía el pelo sucio y los ojos ribeteados de rojo.

No era exactamente la enérgica Julia de sus mejores tiempos.

Pero no tenía fiebre. Y eso la hacía sentirse fuerte como un roble.

—Hola Nestor —dijo, entrando en la biblioteca.

El jardinero estaba de pie encima de un taburete y controlaba los libros de las estanterías más altas. Con solo alargar una mano, habría podido tocar cómodamente los frescos del techo, con el gran árbol genealógico de la familia Moore.

Al oír su nombre, Nestor se dio la vuelta de golpe.

—¡Julia! —exclamó sorprendido—. ¿No deberías estar en la cama?

Después apoyó los libros en la estantería, como un ladrón sorprendido in fraganti. Y se quedó mirándola.

Julia dio un par de pasos dentro de la biblioteca.

—Debería. Pero he oído un ruido y... ¿qué estás haciendo?

—Estoy buscando un libro.

—¿Puedo ayudarte?

—No creo —respondió él, enigmático—. Tendría que estar aquí. O mejor dicho: siempre ha estado aquí. Pero ahora... no lo veo.

Julia notó que Nestor había apilado en el centro de la habitación otros tres gruesos volúmenes. Uno lo conocía perfectamente. Era el *Diccionario de las lenguas olvidadas*.

—¿De qué libro se trata?

—No tiene título —farfulló Nestor—. Es gris, sin nada escrito. Pequeñito, así. Una libreta. Y estaba aquí. Entre *Última mirada a la ciudad antigua* y *Viaje a la India para ver los elefantes*. Pero ya no está.

—A lo mejor la ha cogido Jason.

Nestor bajó a toda prisa del taburete.

—Maldición —murmuró—. ¿Será la misma?

—La misma ¿qué?

—Nada, nada. Cosas mías.

—¿Es importante?

El jardinero ni siquiera respondió. Lanzó una mirada a las otras dos librerías y sacó otros dos libros, que puso junto a los que ya había seleccionado. Además del diccionario, estaban el *Manual de los lugares imaginarios*, el *Catálogo razonado de los libros inexistentes* y, naturalmente, el *Inventario alfabético de los objetos imposibles*.

—Nestor —preguntó entonces Julia—, ¿qué está pasando?

Él la miró como si se hubiera dado cuenta de su presencia solo en ese momento.

—¿Pasando? Oh, nada. Estaba solo cogiendo algunos viejos... instrumentos de consulta.

—Te conozco. Cuando pones esos ojos, quiere decir que está pasando algo.

—¿Qué ojos?

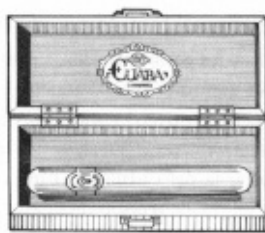
—Esos.

—Julia, te aseguro que no está pasando nada.

«No todavía, por lo menos.»

—Cuídate —se despidió el jardinero.

Y, sin añadir nada más, salió de la biblioteca.



Capítulo 15

Los LIBROS SECRETOS

—Ábrelo —le ordenó Nestor a Anna, una vez de vuelta a casa.

Estaban todos sentados alrededor de la mesa de madera. Rick, mientras esperaban, había puesto en el fuego un cazo de agua para preparar un café de cebada con aroma de vainilla. Y picoteaban golosinas de azúcar de una cajita de latón.

Anna abrió la libreta, mostró a los otros la dedicatoria y se la pasó a Nestor.

Él, sentado al otro lado de la mesa, no la cogió.

—Sí, es esta —dijo.

Ya en la página siguiente, donde estaba escrito «Et in Arcadia ego» y había tres personajes junto a una especie de tumba, podían verse los símbolos misteriosos del disco de Festo.

—Aquí están los símbolos —indicó Anna.

A Jason y a Rick les bastó una ojeada para reconocerlos. Nestor se limitó a asentir.

—Y este es el primer marco —continuó Anna—. ¿Veis? Ha estado siempre vacío, mientras que... —Pasó rápidamente las páginas para buscar la del castillo en llamas—. ¡Oh, mirad! ¡Estamos de suerte! ¡Ha aparecido de nuevo!

En el interior del marco estaba el hombre que se mantenía en equilibrio sobre la torre de cojines. Al ver ese dibujo, Nestor se puso de pie como impulsado por un resorte y se acercó a la libreta.

—¿Podéis verlo también vosotros? —preguntó Anna, emocionada.

—Yo sí —dijo Jason.

—Yo también —confirmó Rick.

—Maldición... —murmuró el jardinero.

—Esta es una de las imágenes que aparece y desaparece —explicó Anna,

respirando con cierta dificultad. Era como si el dibujo del hombre de las sillas le quitara la respiración.

—Y si apoyas una mano encima... —preguntó Jason—, ¿oyes hablar?
Anna asintió.

—Pero a mí... —confesó la chica— este dibujo me da miedo.

—Sí —susurró Rick desde el otro lado de la mesa—. Da miedo.

—Yo voy a intentarlo —decidió el joven Covenant, acercando la mano a la hoja.

—¡Espera! —lo detuvo Nestor—. Quizá no sea una buena idea. —El jardinero miró a Anna—. ¿Has hablado con él?

—Una vez. Me preguntó quién era yo —respondió la chica.

—¿Y tú que le contestaste?

—Nada. Cerré el libro y fui corriendo a encerrarme en mi cuarto.

—Bueno —dijo de nuevo Jason—. Pues yo voy a intentarlo.

Apoyó la mano encima del dibujo y esperó.

—¿Qué notas? —le preguntó Rick, sentado enfrente de él.

—Nada de nada —respondió su amigo.

Pero después notó algo.

Una ola de calor le subía desde las yemas de los dedos y se difundía por su interior. Una ola de calor que le cortó la respiración.

Jason se quedó con la boca abierta, estupefacto.

Calor. Aire caliente. Cerrado. Viciado. El ruido de una caldera en marcha. Fuego que quema. Cláxones de automóviles. Percibió todas estas cosas en una fracción de segundo y, en la fracción sucesiva, oyó una voz seca y ronca que decía:

—Y tú ¿quién eres, mocoso?

Arrogancia, seguridad, tabaco. Todo esto se percibía en aquella voz.

—¿Y tú? —replicó Jason, en voz alta.

—¿Estás hablando con él? —preguntó Rick.

Nestor se puso un dedo en los labios.

—Chisst.

—Te estoy hablando —continuó Jason—, ¿qué haces ahí subido encima de esos cojines?

—Tú no puedes existir —dijo la voz arrogante del libro—. ¡No es posible!

—Lo que es posible y lo que no es posible es algo que no decides tú —replicó el chico.

—Jason... —intentó refrenarlo Nestor.

—¿Cómo te llamas? —preguntó la voz que retumbaba en la cabeza del joven Covenant—. ¿Dónde piensas que estás, mocoso?

—Me llamo Jason Covenant. Y estoy en Kilmore Cove...

—¡Jason! ¡No! —gritó entonces Nestor, lanzándose sobre la libreta. Quitó la mano de Jason de encima del dibujo y cerró la libreta de golpe—. ¡No tenías que haberle dicho dónde estabas!

—Pero...

—Nada de peros. ¡No tenías que habérselo dicho!

—Pero ¡es solo un dibujo!

—¡No es solo un dibujo!

—Ah, ¿no? Y entonces, ¿qué es?

Nestor miró antes a Jason, después a Rick y por último a Anna. Puso una mano sobre la libreta, con fuerza, y al final dijo:

—Es... algo que creía que ya no existía.

Siguió un largo silencio.

Nestor paseó nerviosamente arriba y abajo de la habitación y abrió una cajita de madera de brezo. Dentro había un puro de veinte centímetros de largo y de color marrón oscuro.

Lo puso encima de la mesa, como si fuera una explicación.

—No sabía que fumaras —observó Rick.

—Y, de hecho, no fumo.

El puro tenía una vitola con muchas filigranas y un dibujo: un rayo encendía la punta del puro que sostenía entre los dedos un hombre con bombín.

—Este puro y un retrato colgado cerca de la escalera es... todo lo que me queda de mi abuelo. Mi abuelo, el general Moore, era militar y... en fin, es inútil darle vueltas: ni mi padre ni yo nos llevábamos bien con él. Mi abuelo se consideraba el último heredero de la dinastía de los Moore y lamentaba continuamente la muerte de su única hija. Mi madre —subrayó Nestor. Después prosiguió—: Acostumbrado a razonar de manera rígida y concreta, no logró nunca aceptar que su hija se hubiera casado con un hombre como mi padre que, al contrario de él, era un romántico, un soñador. Para mi abuelo, mi padre era solo un ser débil. Y pensaba que yo era como él. En su testamento no legó nada del patrimonio de familia a mi padre. Nada excepto una casa. La casa de la playa que mi abuelo detestaba. —Nestor apoyó las manos en la mesa y especificó—: Esta casa. Villa Argo.

Luego dio un largo suspiro y añadió:

—Todo lo demás, incluido el edificio en el que vivíamos en Londres, pasó a los amigos de mi abuelo. —Nestor cogió el puro—. Los miembros del Club de los Incendiaros. Amantes de los puros. Personas parecidas a mi abuelo, que se pasaban el tiempo criticando a los que eran como mi padre. El club fue una idea de mi abuelo: ocupaba todo el primer piso de nuestra casa de Londres. Era un salón con moqueta verde y roja, sillones, sofás, librerías y mesas bajas. Era el lugar donde, antes de mi abuelo, se reunían los otros amigos de la familia Moore. Amigos mucho más interesantes que aquellos fumadores de puros apestosos. Amigos de nuestra familia de toda la vida, entre los cuales mi madre había encontrado a mi padre.

Nestor no paraba de caminar cojeando en torno a la mesa.

—Personas que, desde el punto de vista de mi abuelo, eran los verdaderos culpables de la muerte de su hija. —Cogió la libreta de Anna y la abrió por la página de la dedicatoria—. El Club de los Viajeros Imaginarios —explicó—, al cual pertenecían, entre otros, mi padre y el ilustrador Morice Moreau.

Ante esa revelación, Anna chasqueó los dedos.

—En el sobre en el que estaba la libreta decía que había que enviarlo al señor Moore, Viajero Imaginario, Frogmal Lane, 23, Londres.

—Frogmal Lane, 23. Exacto. La dirección de nuestra vieja casa.

Jason se adelantó.

—Entonces ese Morice quería que la libreta fuera a...

—... Probablemente a algún antepasado mío —concluyó Nestor—. A mi abuelo no, seguramente, porque fue él quien cerró el Club de los Viajeros Imaginarios, sustituyéndolo con su terrible club de fumadores. De la biblioteca de casa desaparecieron todos los volúmenes, que mi padre y yo conseguimos poner a salvo aquí. Los Viajeros Imaginarios poseían mapas de lugares que no existían, con todas las instrucciones para llegar hasta ellos. En las paredes, había fotos y dibujos de pueblos que solo poquísimas personas habían visitado. Lugares fuera del tiempo. Como los que vosotros conocéis.

La última frase estaba dirigida a Jason y a Rick.

—Los Viajeros Imaginarios perdieron su lugar de reunión —continuó Nestor—. Los Incendiaros quemaron sus inútiles libros. Y a partir de ese momento... no supe nada más. Dejé Londres con mi padre para venir a vivir aquí, y naturalmente todavía no sospechaba... qué es lo que se escondía... de verdad... entre estas paredes.

Nestor miró a Anna, como para decidir qué podía y qué no podía contar.

—Pero me gusta pensar que mi padre, sin embargo, sí lo sabía. Y que eligió este lugar precisamente para... protegerlo. En cualquier caso, no es esta

la cuestión.

Los chicos esperaron a que el jardinero se decidiera a contarles cuál era la cuestión.

—La cuestión... —se aclaró la voz el anciano— es que entre los ejemplares que creía que habíamos traído de la casa de Londres, salvándolos de la decisión de mi abuelo de arrojarlos a la hoguera, había una copia de esta misma libreta.

Nestor sonrió. Abrió las páginas de la libreta y las cerró inmediatamente después.

—Me acuerdo perfectamente. La leí de niño. Morice Morcan, esas acuarelas, los dibujos y, sobre todo... los símbolos incomprensibles. Maravilloso. Fantaseaba cada noche sobre su significado. Y después... poco a poco... empecé a entenderlos. Y a descifrarlos. Y al final descubrí qué era esa libreta de dibujos que me había hecho soñar tanto.

A Rick la pausa que siguió se le hizo demasiado larga.

—¿O sea?

—Oh, es muy sencillo —sonrió Nestor, sentándose—. Es la *Guía imaginaria* para llegar al Pueblo que Muere.

—No entiendo —dijo entonces el chico pelirrojo—. No entiendo nada de nada. Tú tenías una copia de esa libreta.

Nestor asintió.

—Y ahora ya no la tienes...

—La he buscado. Pero no está. Ha estado siempre en la biblioteca, recuerdo exactamente dónde. Pero... —Nestor levantó una mano, como para indicar una cosa que desaparece en el aire.

—¿Y adónde puede haber ido a parar?

—No lo sé. No recuerdo habérsela prestado nunca a nadie. ¿Leonard, quizá? ¿O... Penelope? No sabría qué decir.

—¿Y tu copia estaba también escrita con este código? —preguntó Anna.

—Eso era lo mejor —le respondió Nestor—. Fue precisamente Morice Moreau el que me ayudó a descubrir los jeroglíficos del disco de Festo. Y cuando empecé a escribir mis guías de viajes imaginarios... hice lo mismo que había hecho él.

—Pero ¿por qué hablas siempre de... viajes y viajeros «imaginarios»? —preguntó Jason.

—Porque es la única palabra que puedo usar.

—Espera, espera... —lo interrumpió de nuevo Rick, cada vez más perplejo—. Me he perdido otra vez. Yo no soy un viajero imaginario. Yo...

he ido de verdad a esos lugares. Ya sabéis todos cuáles.

Nestor se plantó delante del chico pelirrojo como un maestro delante de un alumno particularmente cabezota.

—Tienes razón, Rick. Tú has ido, de verdad, a esos sitios, al igual que los demás viajeros.

—Entonces no somos imaginarios —insistió el chico.

—Un Viajero Imaginario no es un viajero que imagina hacer un viaje.

—Y entonces, ¿qué es? —preguntó Anna.

—Es un viajero que viaja, de verdad, a un lugar imaginario.

Rick abrió la boca de par en par. Después levantó ambas manos. Por último, las apoyó en la mesa.

—¿Y cómo puede hacerlo entonces?

—Pues a través de una Puerta del Tiempo, por ejemplo —sugirió Jason, quien, al contrario de Rick, se encontraba en su salsa en esa conversación.

Rick lo miró alucinado y después buscó ayuda en Nestor. Seguía sin entender.

—Es que un lugar imaginario... para mí... no existe —dijo, pronunciando lentamente las palabras.

—¡Ese es el error que comete la mayor parte de la gente! El error que cometía mi abuelo y sus amigos Incendiarios. Un lugar imaginario existe. Vaya si existe —replicó Nestor—. Pero no para todos.

—Me estáis tomando el pelo, ¿verdad? —saltó Rick.

Anna le sonrió. Comprendía su confusión, pero se sentía más cercana a Jason. Para ella era fácil entenderlo, porque era lo que había hecho ese mismo día. Había llegado, de verdad, a un pueblo que creía que no existía.

Nestor suspiró. Se puso delante de Rick y, haciendo gestos con las manos para que le resultara más fácil seguir su razonamiento, le dijo:

—Vamos a ver... Un Viajero Imaginario, ¿qué es lo que tiene que tener?

—No lo sé. ¿Una maleta?

El viejo jardinero sonrió.

—No. Imaginación. ¿Y qué es la imaginación?

—¿Fantasía?

—De nuevo no. Imaginación es «imaginación en acción». Para poder viajar, un viajero imaginario tiene que poner en marcha algo que se encuentra... dentro de sí mismo. Conoce el lugar al que quiere llegar ya antes de dar el primer paso. Lo tiene en la cabeza. Lo ve, lo imagina. Sabe que existe. Está convencido. Y entonces... si decide acometer el viaje y tiene lo que le hace falta... al final llega a su meta.

Nestor había dejado de observar a Rick y ahora estaba mirando fijamente a Anna, como si el anciano supiera perfectamente lo que había tenido que hacer para llegar a Kilmore Cove.

—¿Y qué le hace falta? —preguntó Anna.

—¿Perdona?

—Has dicho que si el viajero imaginario decide acometer el viaje y tiene lo que le hace falta, al final llega a su meta. La pregunta es: ¿qué es lo que le hace falta?

—Creo que ya lo sabes.

—Dos cosas —respondió Anna, instintivamente.

Nestor asintió antes de añadir:

—Exactamente. Dos cosas. La primera es un objeto que pertenezca al lugar al que quiere ir.

Anna puso los ojos en blanco. Pensó en el reloj de Peter Dedalus.

—¿Y la segunda? —preguntó Jason.

—Una guía —terminó Nestor—. Que puede ser una persona, un animal, una Puerta del Tiempo...

—Una canción —intervino Anna.

—O un libro —concluyó Nestor, indicando la libreta—. Morice Moreau es una guía y diseñó en su libreta un recorrido secreto. Un recorrido que conduce...

—Al Pueblo que Muere —concluyó Anna por él.

—Exacto. Pero para mayor seguridad ocultó el recorrido. Y, para controlar a quienes lo usaran, lo diseñó en una libreta... que no es una libreta.

—Y entonces, ¿qué es? —preguntó Rick, que había renunciado por completo a encontrar un sentido a todos esos datos confusos.

—Un libro ventana —silabeó Nestor, muy lentamente.

Nestor eligió de entre los tres grandes libros que había cogido el *Inventario alfabético de los objetos imposibles*. Lo abrió y empezó a hojearlo.

—«Libros plátano, libros hexagonales, libros invisibles...» —leyó muy rápidamente. Y después—: Aquí está. «Libros ventana.» Como dice este valioso muestrario de rarezas... los libros ventana son, o quizá sería mejor decir... eran..., «libros de fabricación secreta, obtenidos de la celulosa de un árbol mítico, la *Betulla Psicopomporia* (véase el *Manual de botánica fantástica*). El primer testimonio de la existencia de un libro ventana data del año 105 antes de Cristo. El alto dignatario de la Corte china Ts'ai Lun, al que muchos consideran el inventor del papel, fabricó el primer ejemplar de libro ventana para el exclusivo círculo de los funcionarios del emperador. El

nombre del libro obedece a su característica más importante. En sus páginas, de hecho, es posible “ver”, como si fueran ilustraciones, a todos los demás lectores que en ese mismo momento se “asoman” a las páginas del libro. Parece que algunos de estos libros, los más raros, tenían también la propiedad de permitir el diálogo entre el lector y la ilustración».

—¡El nuestro! —susurró Jason.

Nestor miró a los chicos y explicó:

—En la práctica, cada vez que uno abre el libro mientras hay otro lector, los dos lectores pueden verse como si fueran ilustraciones del texto.

—Esto significa... —dijo Anna— que si yo les veo a ellos...

—Exacto —anticipó Nestor—. Ellos también te ven a ti.

—Increíble —murmuró Jason.

Rick se recostó en el respaldo de la silla.

Nestor siguió leyendo:

—«Los libros ventana fueron destruidos durante las guerras de sucesión de las diversas dinastías chinas y el secreto de su fabricación se perdió. Algunas páginas, sin embargo, se conservaron y las primeras embajadas occidentales del Celeste Imperio las llevaron a Europa. El franciscano Iohannes de Plano Carpini y el veneciano Marco Polo podrían haber traído consigo algunas de estas páginas. Se registran de hecho algunos testimonios de la existencia de páginas desaparecidas de libros ventana en la Venecia del siglo XIII, en Portugal en tiempos de Enrique el Navegante y sucesivamente...»

El viejo jardinero cerró el libro y abrió el *Catálogo razonado de los libros inexistentes*.

—Si ahora comprobamos en esta lista de libros que no existen... —murmuró—. *Libro de arena... Libro de viento...* Ah, aquí está, como imaginaba.

—¿Qué?

—El *Voyage dans le village qui meurt*, de Morice Moreau, 1888, tirada limitada a cuatro ejemplares.

—Cuatro ejemplares —repitió Anna.

—Pero, perdona, Nestor... —dijo Rick indicando el grueso volumen que estaba consultando el jardinero—. ¿Cómo puede existir un catálogo de libros inexistentes? Quiero decir que... ¡puede haber miles de miles de millones de libros que no existen!

—Es verdad. Pero, en cualquier caso, los buenos serán siempre pocos.

El chico de Kilmore Cove abrió de nuevo la boca, pero el jardinero prosiguió:

—Imaginación, Rick. Imaginación.

Jason alzó el índice de la mano izquierda.

—Un ejemplar es este... —contó—. El segundo es el que estaba en la biblioteca de Villa Argo.

—El tercero, el del hombre que está encima de la torre de cojines —razonó Rick.

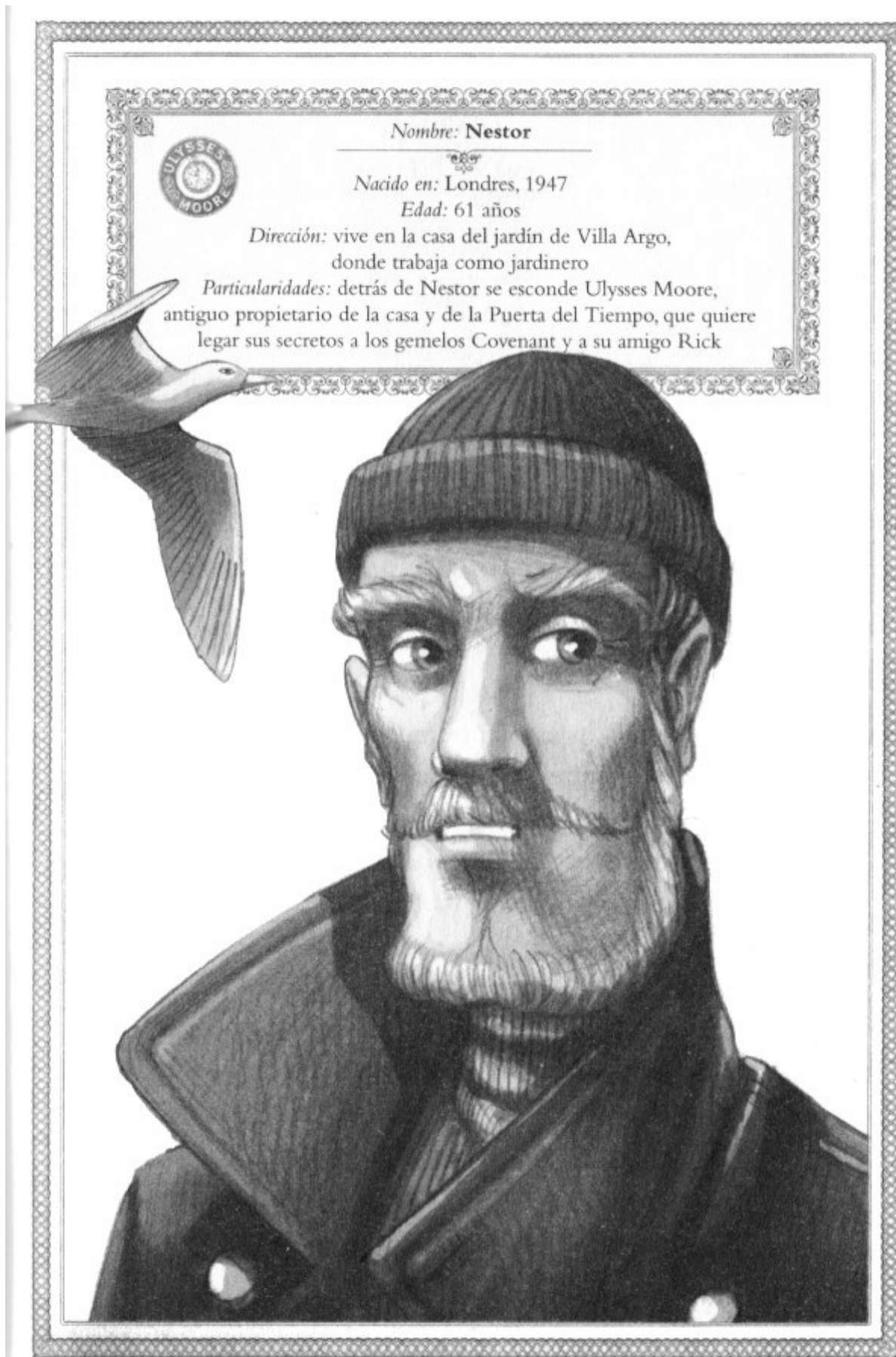
—Y el cuarto es el de la mujer que pide ayuda —terminó Anna.

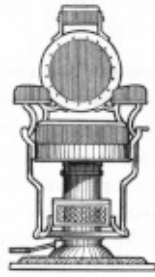
—Pero ¿quiénes son esas personas? —preguntó Jason.

Anna apartó la mirada de la mesa, como si hubiera tenido un presentimiento.

Vio un pálido rostro femenino que la miraba fijamente a través de la ventana de la casa.

Y lanzó un alarido.





Capítulo 16

AMIGOS y ENEMIGOS

Tommaso comprobó por enésima vez el móvil. Ninguna llamada, ningún mensaje. Lo arrojó encima de la cama del dormitorio.

A través de la ventana abierta llegaban las innumerables voces de los transeúntes. Pero él se sentía solo. Y estaba preocupado.

El ordenador zumbaba como una caja llena de moscas. Había bajado y activado todos los programas de chat existentes en el mercado. Pero no le llegaban mensajes. Ni correos electrónicos.

Anna no le había enviado noticias y el traductor de los libros de Ulysses Moore no contestaba a sus mensajes de correo electrónico.

«No tener noticias es una buena noticia», decía siempre su abuela. A Tommaso le habría gustado poder contarle toda la historia para que le diera su opinión...

En aquel silencio que lo oprimía, el único dato positivo era que el hombre con el paraguas y el bombín parecía haberse evaporado. Como si no hubiera existido nunca.

Tommaso había vuelto más de una vez a la plaza de Santa Margarita para controlar las mesas del café Duchamp, había patrullado las calles que habían recorrido ese día, peinado los alrededores pero... ni rastro.

Y eso, sin duda, era una buena noticia.

Miró la hora en el reloj sumergible multifunciones. Resistente hasta cincuenta y seis metros de profundidad, le daba al instante la hora de París, Nueva York y Shanghai, tenía un altímetro de precisión, un termómetro, un barómetro para evitar tormentas imprevistas y una brújula.

—Las siete —dijo Tommaso.

En Inglaterra serían las seis. ¿Por qué Anna no lo llamaba?

Salió rápidamente de casa, caminó en dirección contraria por si lo seguía alguien y, después de asegurarse de que no era así, desando el camino hasta

llegar a la Casa de los Garabatos.

Empezó a oír la música de la radio de la señora Bloom a dos manzanas de distancia.

La madre de Anna estaba fuera del portal, revisando algunos colores en una paleta de madera blanca.

—Hola, Tommy —lo saludó—. En tu opinión, ¿cuál de estos dos verdes es más verde?

—El de la derecha —respondió él sin pensar.

—En mi opinión también, ¿sabes? —La mujer revisó por última vez los colores y después asintió—: Pues el de la derecha entonces.

—¿Tienes noticias de Anna?

—Oh, no muchas. Ha llegado a Londres, se ha vuelto a ir en coche y está bien.

Lo mismo que sabía él.

—Estupendo —dijo para disimular la desilusión—. Seguro que se está divirtiendo mucho por allí.

—Cuando hable con ella le diré que le mandas un saludo —cortó la señora Bloom.

En ese momento sonó un móvil.

—¡Qué coincidencia! —exclamó la restauradora—. A lo mejor es ella...

Entró corriendo en la Casa de los Garabatos, con Tommaso a la zaga. Buscó el móvil en su enorme bolso en bandolera, lo encontró y miró el número.

—¿Qué te había dicho? Es mi marido.

El chico se había quedado en el umbral de la puerta, mirando. Apretó los puños mientras la señora Bloom saludaba a su marido. Tenía un gesto tranquilo, relajado. Señal de que iba todo bien...

Después, de golpe, la expresión de la madre de Anna cambió.

—Pero ¿cuándo ha sido? —preguntó.

Gris fuera de la ventana. Y gris dentro.

El aire del angosto estudio de Londres estaba cargado de humo y era denso, casi sólido. En él flotaban olores rancios. La pesada atmósfera de ventanas cerradas desde hacía demasiado tiempo.

Olía a humo.

Las paredes del estudio estaban cubiertas de cuadros demasiado oscuros como para ser reconocibles, rodeados por marcos negros. El pavimento,

ajedrezado, era de baldosas negras y grises. Una piel de oso desteñida y despeluzada estaba extendida delante de un amenazador escritorio de metal, lleno de cajones con un sinfín de cartas. Encima de la piel de oso había dos taburetes desvencijados. En el escritorio, muchos objetos: un cenicero de cristal opaco en cuyo borde hacía equilibrios un gigantesco puro apagado que parecía un fósil, un abrecartas de hueso, un pequeño tiesto de barro con un bonsai medio seco, una lámpara verde que se encendía tirando de un cordón y algunos libros nuevos aún por leer, con sendos adhesivos en las portadas en los que se leía «NOVEDAD».

Y un ejemplar del libro ventana de Morice Moreau.

En ese momento, el libro estaba cerrado.

Y alguien lo estaba observando con atención.

Quien lo miraba, desde detrás del escritorio, era un hombre con una calva reluciente, gafas con montura de carey y gruesas lentes. El hombre era bastante bajito, y para llegar al escritorio tenía que sentarse sobre una pila de cojines colocados encima de una silla de barbero, en cuyo brazo había una palanca para alzarla o bajarla.

El hombre parecía muy enfadado.

Y pensativo.

Detrás de él había colgados varios pergaminos que certificaban sus numerosas licenciaturas. Licenciado en Literatura, Licenciado en Historia, Filosofía y Sociología, Licenciado en Derecho, Licenciado en Ciencias Químicas. Y además premios, galardones, especializaciones, certificados de participación con las máximas calificaciones.

Pero, si hubiera tenido que elegir uno solo de entre todos aquellos documentos, sin duda habría elegido el documento bordeado de color morado, con una gran corona en la parte superior y el siguiente texto escrito justo debajo:

FACULTAD DE CIENCIAS DE LA REALIDAD
CERTIFICADO DE CONCRECIÓN

CONCEDIDO A:
MALARIUS VOYNICH
Y A SU «CLUB DE LOS INCENDIARIOS»
POR SUS TREINTA AÑOS DE ACTIVIDAD
EN LA INVESTIGACIÓN Y PREVENCIÓN
DE LOS ENGAÑOS DE LA IMAGINACIÓN

Malarius Voynich analizaba y estudiaba las cosas. Las leía. Las miraba. Las escuchaba.

Y después intentaba sistemáticamente destruirlas.

Malarius Voynich era un crítico. Era el crítico. La persona a quien todos los demás críticos del mundo consideraban su indiscutible maestro. El inalcanzable Malarius Voynich, el demoledor, el hombre que hacía trizas todo lo que tocaba.

El Incendiario.

Él leía. Miraba. Escuchaba. Y en cuanto daba con algo que no lo convencía... lo que fuera... una idea, una frase, un atisbo que le pareciera, incluso lejanamente, fruto de... la imaginación (palabra que él no conseguía ni siquiera pronunciar)... entonces Malarius Voynich fruncía la nariz como un sabueso. Su pluma se ponía en movimiento. La crítica demoledora era inmediata.

En aquella tarde londinense, sin embargo, el crítico literario más feroz de toda Inglaterra estaba tamborileando con los dedos en el frío metal del escritorio.

Un asunto sin resolver.

Una espina en el flanco de su credibilidad.

Un enigma.

Lentamente, apoyó los dedos en la tapa del libro ventana de Morice Moreau. Era un bonito libro, de pequeñas dimensiones, esmerada manufactura, enteramente ilustrado a mano. Un libro digno de un coleccionista.

Pero el contenido... ¡una guía de viajes hacia un lugar imaginario!

Lo peor de lo peor.

Como para quemarlo al instante.

Si no hubiera sido por esas páginas. Las páginas que cambiaban.

Sin motivo alguno.

—Tiene que haber una explicación... —se dijo el anciano crítico, restregándose el ojo derecho por debajo de las lentes de las gafas.

Pero por más que la buscaba desde hacía ya más de treinta años, la explicación se le escapaba. Para lograr encontrarla había enviado a sus colaboradores, en su mayoría críticos literarios como él, por todas las ciudades del mundo.

Si alguno de ellos oía hablar de Morice Moreau... tenía que avisarle inmediatamente. Cada gesto, cada frase, palabra o fragmento podían revelarse

indispensables para lograr averiguar qué se escondía tras aquel odioso libro de las mil caras.

Y detrás de las palabras que oía a través de las páginas.

—Tonterías. Son solo tonterías —se repitió Malarius Voynich.

Pero llevaba ya décadas enteras repitiéndoselo. Desde el día en que aquel maldito libro había caído en su poder. Y él lo había hojeado.

Abrió el cajón con la letra «M». Sacó un lápiz con una punta azul y otra roja. Del cajón con la «B» cogió un bloc de notas con las hojas cuadriculadas. Escribió: «Jason Covenant. Kilmore Cove».

Después subrayó este último nombre y lo observó con atención.

—¿Será posible? —se preguntó.

Abrió el cajón con la letra «E». En la carpeta de su amigo Eco de Venecia encontró una nota que había tomado durante su última conversación telefónica.

—«Dos muchachos... —leyó Malarius Voynich—. Libreta de Morice Moreau, instrucciones de viaje para Kilmore Cove.»

No se había equivocado. Era el mismo nombre.

Kilmore Cove.

Mejor echar una ojeada a las listas.

Miró encima del escritorio. El teléfono había desaparecido. Abrió el cajón con la letra «T» y vio que estaba allí dentro. Marcó un número. Le respondió la voz temblorosa del viejo Pirès.

—Hola Pirès. ¿Ha llegado ya alguien al club?

—Buenas tardes lord Voynich —tembló la voz del viejo mayordomo del Club de los Incendiaros—. Por el momento no, señor. Nadie.

—Perfecto. Voy enseguida, entonces. Prepárame una infusión de ruibarbo.

—Muy bien, señor. Sin azúcar, naturalmente.

Malarius no le contestó. Movié la palanca de la silla de barbero hasta que llegó al suelo. Después bajó de un salto y dando pequeños brincos atravesó el estudio cogiendo impermeable y paraguas.

Era realmente bajito.

Pero su fuerza no estaba en la altura.

Estaba en la profundidad.

Algunos minutos después llamó a la puerta del Club de los Incendiaros. Saludó rápidamente a Pirès y le endosó el impermeable y el paraguas.

Después entró en la sala principal, la misma sala que un tiempo había albergado el Club de los Viajeros Imaginarios.

Reinaba un silencio morboso y el aire estaba viciado, al igual que en el estudio del crítico.

En las distintas mesitas redondas que, junto a una profusión de sillones todos iguales, constituían el mobiliario yacían abandonados numerosos libros y proyectos en fase de estudio. Algunas placas de latón indicaban los temas de los que se estaban ocupando los Incendiaros: «Complicar cosas simples, Criticar las novedades, Desacreditar a los personajes peligrosos, Destruir el paisaje, Apoyar el mal gusto».

Voynich se dirigió sin perder tiempo hasta su sector de competencia: los libros. Controló en una hojita las notas que había tomado pocos minutos antes en el estudio y abrió el archivo con los títulos. Era un mueble macizo, que ocupaba más de la mitad de la pared, dividido en tres categorías. «Libros que hay que hacer pedazos. Libros que hay que retirar del mercado. Libros que hay que ignorar.»

Consultó rápidamente las fichas que estaban en este último archivo. No tardó mucho en encontrar lo que buscaba. El compilador del que no recordaba nunca el nombre, el que trabajaba en los sótanos del club, había hecho un buen trabajo.

«Kilmore Cove, pueblo pseudorreal en el que está ambientada una insípida novela de Ulysses Moore, traducida por un insípido traductor. “Eco”», lo que indicaba que habían puesto tras su pista a un crítico capaz de controlarlo.

El nombre de Ulysses Moore había encendido una lucecita de alarma en la cabeza de Voynich.

Ulysses Moore.

¿Dónde lo había oído antes?

Lanzó una ojeada a la lista de Personajes Peligrosos en la primera parte de la sala y después acabó de leer la ficha.

Era esencial de verdad: «Cornualles».

—Cáspita —murmuró Malarius Voynich, volviendo a dejar la ficha en su sitio—. Las cosas se complican.

Volvió sobre sus pasos sumido en sus pensamientos febriles.

—El ruibarbo, señor —anunció el mayordomo, apareciendo en la sala con paso de cigüeña.

Pero el crítico más despiadado de todo Londres ni siquiera lo oyó. Detrás de las dianas con los dardos (y el retrato de Harry Potter) estaban las listas de

los Personajes Peligrosos.

Por eso le resultaba tan familiar, pensó Malarius Voynich en cuanto vio el nombre de Ulysses Moore. Era el odiadísimo nieto de Raymond Moore, el fundador de los Incendiaros.

—«Deja Londres a la edad de doce años para irse a vivir con su padre a Kilmore Cove, Cornualles...» —leyó muy rápidamente—. «No se tienen noticias de él desde el año 1967. Probablemente fallecido.»

Kilmore Cove, observó Malarius Voynich.

De nuevo ese pueblo.

Un traductor vigilado por Eco.

Dos chicos de Venecia.

El ilustrador Morice Moreau.

¿Qué relación existía, si es que existía, entre todos esos datos? ¿Y por qué por primera vez desde hacía muchos años Malarius Voynich se sentía excitado por algo? ¿Era quizá la sensación de estar cerca de la solución?

Mientras bebía a sorbitos su infusión de ruibarbo, decidió que había llegado la hora de actuar rápidamente. Había demasiadas cosas poco claras. Había demasiadas ramas que podar.

Por eso hacían falta los mejores. Dos perfeccionistas del arte de la eliminación de lo superfluo.

Malarius Voynich sonrió.

Los hermanos Tijeras.



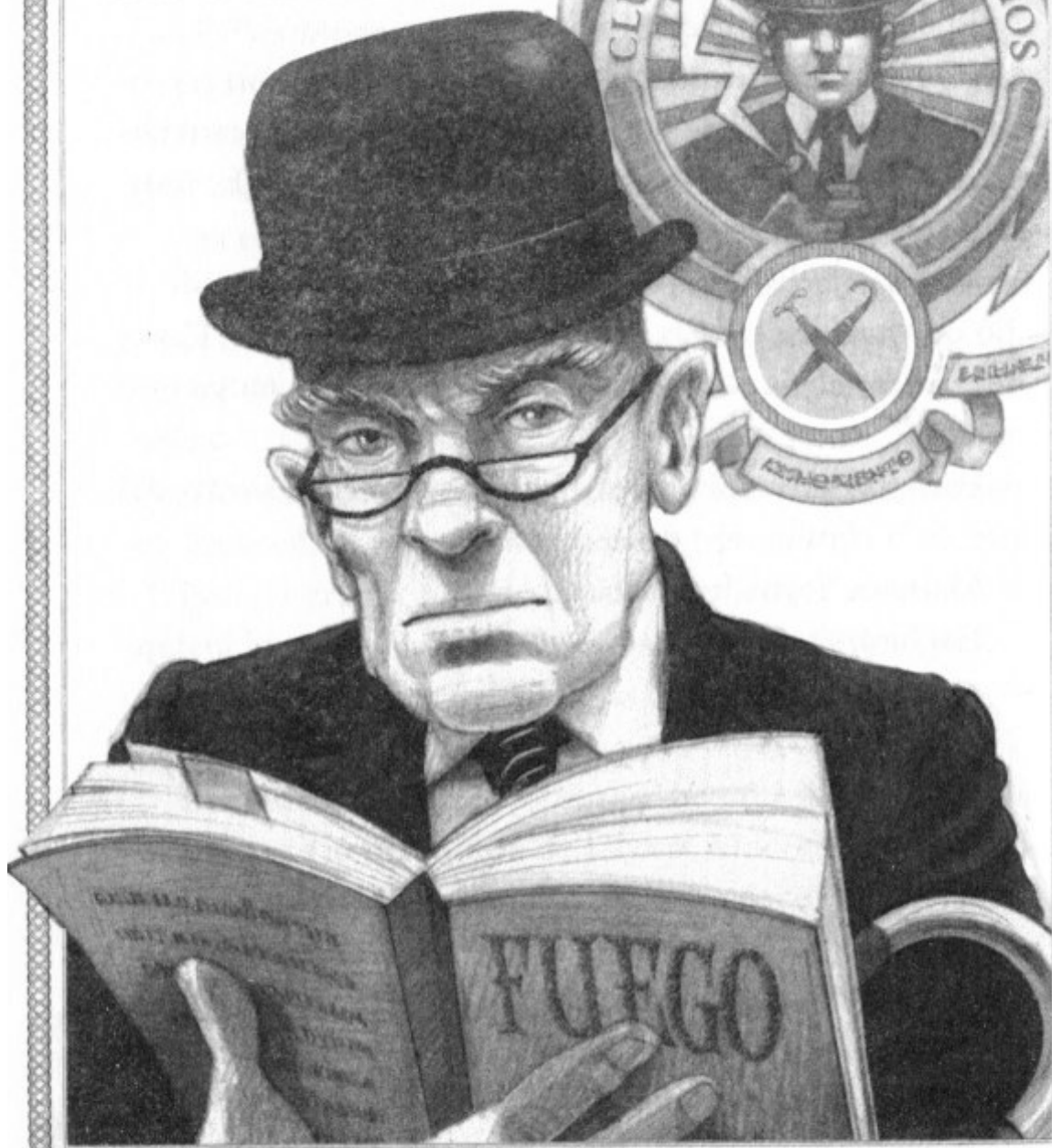
Nombre: **Malarius Voynich**

Nacido en: Praga, el 1 de noviembre

Edad: entre los 60 y los 70 años

Dirección: vive en Frognal Lane, 23, en Londres

Particularidades: es un crítico feroz. Critica y destruye cualquier novedad con la que se tropieza. Desde hace años preside el Club de los Incendiaris





Capítulo 17
El PLAN

—¡Julia! —exclamó Nestor, cuando se volvió y vio el rostro espectral que los espiaba por la ventana—. ¿Qué haces ahí fuera?

Corrió a la puerta e hizo pasar enseguida a la hermana de Jason. La chica se había puesto un impermeable directamente encima del camisón y ahora respiraba entrecortadamente por el calor.

Cuando se lo quitó, empezó a toser sin parar.

—Pero ¿se puede saber cómo has conseguido salir de casa? —le preguntó Nestor.

—El... cof, cof... pasadizo secreto... cof... ¿creías que lo conocías solo tú?

Nestor resopló:

—Tienes que volver a casa inmediatamente. Si no, tus padres...

—Cof... No se han dado cuenta de nada, si es eso lo que te preocupa...

Julia fue hasta la mesa, descalza. Miró los libros abiertos y preguntó bruscamente:

—¿Se puede saber qué estáis haciendo? ¿Y tú quién eres? No nos conocemos...

—Hermana —intervino Jason—, te presento a Anna. Anna, Julia.

Mientras las dos chicas se presentaban, de una manera bastante formal por otra parte, Rick no dijo ni una palabra, como si estuviera paralizado.

—Hola, Rick —lo saludó al final Julia.

—Hola, Julia. ¿Cómo estás?

—¿Tú... cof... qué dices? —contestó la chica, arrebujándose en el camisón.

—Normalmente se viste todavía peor —susurró Jason a Anna.

—Simpático —lo reprendió su hermana.

—Julia, tienes que volver inmediatamente a tu habitación —gruñó Nestor.

—No antes de que me digáis qué está pasando.

—Nada importante.

—¿Y tenéis que hacer esta especie de reunión secreta para... nada importante?

—Anna nos ha traído un libro raro que ha encontrado en Venecia.

—¿Y por qué nos lo has traído a nosotros? —se informó la chica, intentando contener el enésimo golpe de tos.

—A lo mejor porque no es un libro de verdad.

—Y entonces, ¿qué es?

—Un libro ventana.

Julia miró distraídamente la libreta de Morice Moreau, pero en realidad parecía mucho más interesada en Anna.

—¿Y qué es un... libro ventana si puede saberse?

Jason lo abrió, le enseñó a su hermana algunas ilustraciones y los símbolos del disco de Festo y le explicó que pensaban que aquel libro contenía las instrucciones para llegar al Pueblo que Muere.

—Dentro... hay una mujer que pide ayuda.

Julia se sentó, levantando los pies descalzos del suelo.

—Ah. ¿Y qué habéis pensado?

Miró fijamente a Anna a los ojos, pero la chica permaneció callada. Tranquila. Y se ruborizó ligeramente.

—Lo primero es... traducirlo —respondió por ella Jason, cogiendo el *Diccionario de las lenguas olvidadas*— para ver qué es lo que dice. Y después... decidiremos.

—Bueno, pues manos a la obra, entonces —decidió Julia, cogiendo una golosina.

—¡Julia! —exclamó Nestor.

—Os puedo ayudar.

—¡Tú te vuelves inmediatamente a la cama!

—Yo me quedo.

—No puedes.

—Pues yo, sin embargo, me voy —dijo Anna, levantándose de la mesa.

Tenía que volver. Había dejado a su padre en la playa hacía demasiado tiempo ya. Seguro que estaba preocupado.

—Bien —aprobó Nestor cuando la chica lo explicó a los otros—. Eso se llama tener la cabeza sobre los hombros.

—¿Eso va con segundas? —preguntó Julia, con tono desafiante.

Anna dio rápidamente una vuelta por la casa.

—Puedo volver mañana —dijo, yendo hasta la puerta.

—¿La libreta nos la dejas? —preguntó Jason.

—Claro. Y en cualquier caso...

La chica anotó en un cuaderno su número de móvil, pero Jason le pidió también un número de teléfono fijo.

—Los móviles no tienen cobertura. No se logra nunca comunicar.

El único número fijo que Anna tenía era el de Venecia, así que dejó ese.

Decidieron después rápidamente lo que tenían que hacer. Rick y Jason se pondrían enseguida a traducir los párrafos cifrados. Julia volvería a su cuarto a descansar.

—¡Y con cuidado, no te vayan a pillar tus padres! —le ordenó Nestor, inflexible.

Después acompañó a Anna hasta la verja del jardín y le indicó la carretera de la costa, que proseguía más allá del pueblo. Un instante antes de que la chica se montara en la bicicleta, le dio la caja de gominolas que habían estado comiendo durante toda la tarde.

Anna le dijo que no, pero el jardinero de Villa Argo insistió:

—Te hará falta —dijo—. Para mañana.

En aquella frase había una serie de sobreentendidos que Anna comprendió no sin cierta inquietud.

Hacen falta dos cosas...

Una guía.

Y un objeto de aquel lugar.

Le dio las gracias, metió las golosinas en la mochila y empezó a pedalear.

Mientras tanto, en la casa del jardín, los chicos iniciaron la traducción. Lentamente, consultando el *Diccionario de las lenguas olvidadas*, los símbolos del disco de Festo se fueron transformando en frases comprensibles. Aunque no menos misteriosas.

Continuaron sin pensar en nada más. Miraban con preocupación las páginas que contenían los marcos negros. Los tres permanecieron vacíos durante toda la tarde.

De vez en cuando, Rick le preguntaba a su amigo:

—Según tú, ¿qué estamos traduciendo?

—Parecen realmente... instrucciones de viaje.

Página tras página, Jason se dejó arrebatar por aquel minúsculo libro, deseando una sola cosa: ir allí. Al pueblo que Morice describía y dibujaba.

Cuando cayó la tarde, los chicos volvieron a casa, agotados. Dejaron su montaña de papeles en la mesa de Nestor.

Jason simplemente cruzó el jardín para ir a cenar con sus padres, mientras que Rick se montó en la bici de su padre y bajó al pueblo.

Mientras tanto, el jardinero de Villa Argo verificó con satisfacción el trabajo que habían hecho. No les movió ni siquiera una hoja de sitio (sabía bien que durante un proceso creativo el desorden puede ser esencial) y se preparó un plato de guisantes con salchicha, que se comió de pie, directamente encima de los fogones de la cocina.

Pensó en muchas cosas.

Pensó en Anna y en la manera en que había aparecido.

Después pensó en el traductor con el que ella y su amigo se habían encontrado en Venecia. Pensó en sus diarios y en su baúl, que habían acabado allá abajo.

No exactamente por su voluntad.

A mitad de la cena, decidió sacarse una espinita. Dejó la cuchara de madera entre los guisantes aún humeantes y fue hasta el viejo teléfono de baquelita negra.

Marcó el número del faro.

No le contestó nadie.

Colgó y marcó el número de la estación ferroviaria abandonada de Kilmore Cove. El teléfono sonó tres veces antes de que su amigo Black Vulcano lo cogiera.

—Hola, jardinero.

—¿Sabes dónde está Leonard?

—¡Eh! Estoy contento de que todavía estés vivo y de buen humor.

—¿Sabes adónde ha ido Leonard, Black?

—¡Que me parta un rayo si lo sé!

—Atento a los rayos. Si mi espalda no se equivoca, está a punto de llover.

—Menuda novedad.

—Dime adónde ha ido. Sé que lo sabes.

—Te prometo que no lo sé. Se ha ido deprisa y corriendo, a toda vela. Ya sabes cómo es... Ha vuelto a ser de nuevo un chiquillo que recorre el mundo.

—Ya. Y que va por ahí entregando baúles a mis espaldas.

—¿Qué quieres decir?

—¿Tampoco sabías esto?

—No sé de qué estás hablando, Nestor.

Nestor permaneció unos segundos en silencio, antes de continuar:

—¿De verdad no te lo habían dicho?

—Oye, Nestor, ¿podrías dejar de jugar al «yo sé que tú sabes que yo sé» y decirme qué pasa?

—Lo que pasa es que cuando creí que la historia se había terminado... —explicó Nestor—, me deshice del baúl. Con todos los diarios de nuestros viajes dentro. Quería acabar con el pasado.

—Sí. Me lo dijiste.

—¿Y te dije quién se ofreció a destruirlos todos?

—Los dos pichoncitos.

—Leonard y Calypso —confirmó Nestor—. Solo tenían que arrojarlos al mar durante uno de sus viajecitos. Y sin embargo... se los entregaron a un traductor.

—Qué idea.

—Y tú no lo sabías...

—Te lo juro por mis barbas.

—Y entonces, ¿tampoco sabías que, gracias a esa brillante idea, hay un cierto número de personas que han empezado a oír a hablar otra vez de Kilmore Cove?

—¿Y según tú eso es malo?

Nestor se lo pensó un poco antes de contestar:

—Es exactamente lo que me estaba preguntando yo.

—Entonces, ¿no estás enfadado con Leonard?

—Estoy furioso. Quería cancelar el pasado, Black. Es todavía demasiado doloroso. En el pasado nos hemos escondido. Pero a lo mejor ha llegado la hora de cambiar de estrategia —añadió el jardinero antes de colgar.

—¡Lo siento! —repitió Anna por centésima vez.

—¿Lo sientes? ¿Es todo lo que sabes decir? —gruñó su padre, agitando el tenedor en el pequeño restaurante de Zennor.

—¡No me he dado cuenta de que era tan tarde!

—Ah, ¿no? ¿Ni siquiera de que estaba atardeciendo?

—Papi... perdona...

El propietario del restaurante llegó en el momento justo, interrumpiendo la reprimenda. La carne asada con patatas que les llevó humeaba en el plato y tenía un aspecto tan tentador que habría puesto de buen humor a cualquiera. A pesar del hambre, Anna consideró prudente no tocarlo.

—Bastaba un mensaje —le dijo otra vez su padre—. Una llamada.

—El móvil no tenía cobertura.

—¿Y se puede saber al menos dónde has estado?

—He pedaleado a lo largo de la carretera de la costa.

—¿Para ir adónde?

—Al instituto de St. Ives —respondió Anna, soltando lo primero que se le ocurrió.

Su padre cogió los cubiertos, sombrío.

—Tu madre se ha puesto hecha una furia.

—¿Por qué? ¿Se lo has dicho?

—¡Pues claro que se lo he dicho! ¡Has desaparecido seis horas!

—Pero ¡ella no lo hace nunca!

El padre cortó una patata en dos.

—¿No hace nunca qué?

—No te cuenta cosas que te podrían preocupar. Una cosa como la de hoy... no te la habría contado nunca.

—Eso hace, ¿eh?

—De vez en cuando.

El señor Bloom se encogió de hombros, más tranquilo.

—Venga come, anda.

Anna no esperaba otra cosa. La paliza de los bosques y el pedaleo de vuelta le habían despertado un apetito colosal. Comieron en silencio, sin volver a tocar el tema. Al final de la cena, la chica ofreció a su padre uno de los caramelos de azúcar de Nestor.

—A ver si así te endulzas un poco —bromeó.

Su padre cogió un par. Después de llamar a casa para tranquilizar a su madre, Anna mandó un sms a Tommy. «He estado allí. Y he hablado con ellos.»

Cuando salieron del restaurante, el cielo estaba lleno de estrellas.



Nombre: **Julia Covenant**

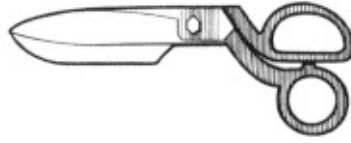
Nacida en: Londres, el 6 de marzo

Edad: 13 años

Dirección: vive en Villa Argo, Salton Cliff, 1, Kilmore Cove

Particularidades: deportista, prefiere una buena carrera de natación
a tener que quedarse encerrada en casa estudiando





Capítulo 18

Los HERMANOS TIJERAS

—El sitio debe de ser este —dijo al día siguiente el hombre rubio que iba al volante del coche deportivo.

—Qué horror —respondió su hermano de pelo rizado.

Los dos contemplaron los extensos campos verdes, las casitas de Zennor y la hipótesis del mar más allá de los escollos que se divisaban en el horizonte.

—No veo hoteles por ningún lado —dijo el de pelo rizado.

—¿Estás insinuando que me he equivocado de camino? El cartel hablaba claro.

—Siento contradecirte, pero los carteles no hablan. Como mucho... son claros.

—¡Tocado! —admitió el rubito a duras penas—. En cualquier caso, en ese cartel ponía «Zennor». Con letras demasiado grandes para el tamaño del cartel, la verdad. Ahora que lo pienso, habría quedado mejor con más espacio entre las letras...

—Y con un color más vivo. Parecía el cartel de un cementerio. —El hermano de pelo rizado sacó del bolsillo de la chaqueta el trozo del plano de Cornualles que había recortado de un plano más grande. Lo examinó con mirada aburrida y dijo—: Sí, hemos llegado. —Después escrutó fuera del automóvil—. Pero no veo el hotel.

—Podría estar entre aquellas casitas.

El hermano de rizos refunfuñó.

—¿Preguntamos?

—¡No, por favor! ¡No puedo soportar el terrible acento de aquí!

—¿Y entonces?

—Pues vamos a curiosear entre las casas, «reposando en la costumbre, que sabe lo que hay que hacer y no necesita otras facultades...». —Y, al

pronunciar esta última frase, el de los ricitos levantó el índice de la mano derecha.

El rubio se concentró.

—Espera, espera... ¿Marcel Proust?

El otro asintió.

—¿Para mayor precisión?

—En la costumbre, en la costumbre... *A la sombra de las muchachas en flor*, cuarto capítulo.

—¡Exacto!

Permanecieron en silencio unos segundos.

—Una frase completamente inútil por otro lado.

—Puedes decirlo bien alto, hermano. Si me hubiera encargado yo... la habría recortado como se debe. Y ahora el texto discurriría más rápido y ligero.

Los hermanos Tijeras sonrieron.

Ellos eliminaban siempre todo lo que consideraban superfluo.

Lo eliminaban de una vez por todas.

A la entrada del pueblo, la carretera empezó a subir lentamente. La presencia de algunas gallinas al lado les estaba empezando a poner nerviosos.

—¿Por qué aquí, en mitad del campo? —se lamentó el rubito—. ¿Voynich no podría habernos mandado a Nueva York? A seguir aquel otro caso del chiquillo que ha abierto una Agencia de Fantasmas.

—Will Moogley —respondió el de rizos—. No la ha abierto. La ha heredado de su tío.

—¿Y tú te lo crees?

—Yo creo lo que leo. Es mi trabajo. Y además... ¡mira! —Le indicó a su hermano una bicicleta que había aparecido en un pequeña callejuela, entre las casas—. Una chica.

—¿Podría ser la que buscamos?

—Pongo el Detecta Errores y te lo digo enseguida...

El gemelo de ricitos cogió del asiento posterior un maletín negro que contenía tijeras de las más variadas dimensiones, dispuestas como un verdadero muestrario. De un compartimiento lateral cogió un par de gafas mecánicas con una montura llena de engranajes y se las puso regulándolas antes. Al girar los engranajes, las lentes se abrieron como el objetivo de una cámara fotográfica. Enfocó la bicicleta y exclamó:

—¡Ah!

—¿Y?

—Es ella, sin duda. Trece años. Pelo largo y moreno. Lleva una mochila a la espalda y pedalea muy rápidamente.

Del mismo bolsillo de la chaqueta del que había sacado el trozo del plano de carreteras sacó también una fotografía, recortada de manera artística. La examinó rápidamente y concluyó:

—Ya hemos identificado a Anna Bloom.

—¿Qué hacemos ahora? —le preguntó el hermano, acelerando—. ¿La seguimos?

—Mmm... no. Sería un esfuerzo inútil. Intentemos averiguar mejor de dónde viene.

Llegaron en coche hasta el *bed & breakfast*.

El señor Bloom estaba sentado al sol, leyendo el periódico delante de una taza de café.

—Buenos días —los saludó.

Los dos gemelos intercambiaron una mirada de complicidad.

—Buenos días —respondieron. Después, lentamente, se acercaron. Tenían una sonrisa indescifrable en el rostro.

—A lo mejor nos hemos equivocado, pero hemos visto a una chica en bicicleta que salía disparada de aquí.

El hombre rió.

—Ninguna equivocación. Era mi hija.

—¿Nos podemos sentar? —preguntó el de rizos.

—Naturalmente —respondió el señor Bloom, indicándoles un platito con unas golosinas—. ¿Queréis uno? Me los ha regalado mi hija antes de irse.

Los hermanos Tijeras cogieron un par de ellos por gentileza, pero no se los comieron.

—Parecía tener mucha prisa.

—Querría ir a la playa.

El señor Bloom dobló el periódico.

—Ojalá. Pero no. Quería ir a un pueblo costero a pocos kilómetros de aquí. Creo que ya estuvo ayer allí.

—¿Un pueblo?

—Yo no sé nada. Aparte de que debe de haber allí un instituto.

Los hermanos intercambiaron una nueva mirada de complicidad.

—¿Y cómo se llama ese pueblo? —preguntó el de los ricitos.

La carretera costera era recta, en llanura, y no había nadie. Corría entre el acantilado, con sus pequeñas bahías y sus amplios prados rodeados por muros de piedra.

Anna llegó hasta la cuesta que bajaba hacia la encina de los anzuelos y prosiguió entre matorrales de hierba silvestre. La carretera empezó luego a ascender y la chica se puso a pedalear de pie.

Después de un cuarto de hora, llegó a un cruce de cuatro caminos y se detuvo a leer los carteles. Se oía el canto de los grillos.

La carretera costera por la que había llegado Anna se dirigía ahora hacia el interior, hacia «ZENNOR», y proseguía después hacia «ST. IVES», el pueblo donde los chicos de Kilmore Cove iban al instituto. En el lado opuesto, otro cartel decía «PLAYA». La cuarta carretera del cruce, la más pequeña, con un asfalto que había visto tiempos mejores, no tenía ningún cartel.

Anna controló que no hubiera nadie.

Y se metió por ella.

—¡Allá voy! —exclamó, disfrutando del primer tramo cuesta abajo.

Con el viento dándole en la cara, pasó junto a un modernísimo chalet de cemento que parecía abandonado. Tenía una forma circular, como la de una especie de tarta boca abajo. La verja estaba abierta. Muchas ventanas tenían los cristales rotos.

La casa que había pertenecido a Oblivia Newton estaba rodeada por un halo espectral.

Anna la dejó atrás. Dejó atrás también el camino sin asfaltar de Owl Clock y siguió bajando hacia el mar, inclinada sobre el manillar.

Pocos segundos después, de repente allí estaba: Kilmore Cove, con su pequeña bahía y la villa en la cima del acantilado.

Anna sonrió al ver el pueblo aparecer como por arte de magia al doblar la última curva.

Sonrió.

Porque si se trataba de magia, ella también formaba parte del encantamiento.



Capítulo 19
La GUÍA

Anna cruzó el pueblo a toda velocidad, esquivando por los pelos a tres niños que estaban yendo a coger el autobús del colegio.

Se dio la vuelta y les pidió disculpas, pero no se paró. Necesitaba tomar el mayor impulso posible para lograr afrontar las curvas del acantilado de Salton Cliff.

Fue agotador, pero, cuando la chica traspasó la verja de Villa Argo y entró en el jardín de la vieja casa, sintió que todos sus esfuerzos habían merecido la pena.

Era feliz.

No había otro modo de describir esa sensación: las sombras de los árboles seculares, el resplandor del mar, la brisa ligera, los haces de luz que se filtraban a través de las hojas tejiendo un manto de emociones que la envolvió por completo.

—¡Anna! —la saludó Rick desde el umbral de la puerta de la cocina.

Ella sonrió sin responderle. Se había quedado sin resuello y sin voz por el esfuerzo de la subida. Colocó la bicicleta al lado de la del chico pelirrojo e iba a poner la cadena cuando este le dijo:

—No hace falta. ¡No te la va a robar nadie!

Anna siguió su consejo y vio el reloj que colgaba del manillar de la bici de Rick. El reloj de su padre, recordó que había leído en los libros de Ulysses Moore.

Jason salió corriendo de la cocina.

—¡Por fin! —exclamó al ver a Anna. Le brillaban los ojos—. Empezaba a creer que no venías. —Sin darle tiempo para contestar, la arrastró hasta la casa y anunció—: ¡Hemos traducido prácticamente todo el libro! Mis padres se van a trabajar pronto por la mañana —explicó Jason—. Y hemos decidido reunirnos en casa.

Villa Argo era exactamente como Anna se la había imaginado. En realidad, era todavía mejor. Desde la enorme cocina de ladrillo, con una mesa con su mantel a cuadros blancos y rojos, se entraba a un salón repleto de objetos: estatuas, jarrones, adornos, máscaras procedentes de diversos lugares del mundo reinaban encima de antiguos muebles de aspecto austero. El suelo quedaba oculto bajo capas de alfombras multicolores, algunas de las cuales tenían los bordes consumidos por el tiempo. Después del salón grande había otra sala más pequeña, con una mesita redonda y el único teléfono de la casa.

Anna sintió en el aire una corriente temblorosa que venía de las escaleras.

Se giró hacia la derecha y vio una pequeña habitación con una escalera de solo tres peldaños. La habitación más antigua de la casa, con una bóveda de ladrillo y gruesos muros de piedra.

Y empotrada en la pared, negra y arañada, la Puerta del Tiempo. Estaba en parte oculta por un armario, pero en el estrecho hueco oscuro que quedaba entre el mueble y la pared se podían distinguir las cuatro cerraduras, una para cada llave.

—Está también mi hermana... —susurró Jason, sacando a Anna de sus pensamientos y acompañándola al porche.

Detrás de ellos, Rick añadió:

—Si puedo darte un consejo, intenta no hacer caso de sus toses.

Nestor apareció ante ellos con un termómetro y un vaso en el que flotaban unas hojas de alguna hierba medicinal.

—Hola, Anna —farfulló. Y después añadió—: La pequeña Covenant es más terca que una mula.

—Buenos días, Nestor.

El jardinero cojo entregó el termómetro a Jason.

—¿Crees que conseguirás acordarte de que tiene que ponerse el termómetro dentro de dos horas y beber otro vaso de infusión de fárfara?

—¡Ni lo sueñes! —gritó Julia desde el porche—. ¡Yo ese mejunje no me lo bebo!

—Gracias a ese mejunje tienes menos tos, así que te lo bebes y no se hable más —replicó Nestor, desapareciendo entre los meandros de la casa.

Anna entró en el porche inundado por el sol. Julia estaba tumbada en uno de los sofás blancos situados enfrente de la chimenea apagada. Tenía una manta de lana escocesa en las piernas y estaba sacando la lengua.

Anna se echó a reír.

Y Julia también.

—Hola.

—Hola.

—¿Estás un poco mejor?

—Ese hombre es un verdadero tormento.

Anna se sentó en el sofá. En el suelo, encima de la alfombra, estaban los libros del día anterior, montañas de hojas, dibujos, lápices rotos, dos escuadras, un compás, un rotulador amarillo y una decena de libretas de apuntes.

—Habéis trabajado mucho —observó, sintiendo no haber podido participar.

Jason se sentó directamente en el suelo, entre las hojas de papel.

—Ha sido una bobada —dijo con tono de suficiencia—. ¿Verdad, Rick?

El chico pelirrojo sonrió.

—¿Y bien? ¿Qué dice?

—Ese es justamente el problema.

Jason le dijo a Rick que se sentara detrás de él, después metió una mano por debajo del sofá y sacó la libreta de Morice Moreau.

Anna se sentó en el borde del sofá, ansiosa. Miró a Julia, luego a Rick y, por último, a Jason.

Y esperó.

—Tu libreta tiene veinte páginas, incluida la de la dedicatoria —dijo Jason—. En cada página hay ilustraciones y frases cifradas. La página 16 contiene solo un boceto y las últimas cuatro páginas están en blanco... ¿Rick?

—Los marcos donde aparecen las personas se encuentran en las páginas 2,5 y 13. Que son tres números primos. Y nosotros creemos que no es una casualidad.

—¿Por qué?

—El libro mide exactamente 15 por 20 centímetros —respondió Jason.

—¿Y?

—15 es 13 más 2. Y 20 es 2 más 5 más 13 —explicó Rick.

Anna sonrió, avergonzada.

—Uau —exclamó. Ese era exactamente el tipo de cosas que le gustaban a Tommy.

Jason abrió el libro por la página 2.

—Aquí hay una frase no cifrada, cuyo significado, sin embargo, no está claro. La frase dice...

—«Et in Arcadia ego.»

Jason asintió.

—Más abajo puede verse uno de los tres marcos. Justo aquel en el que no ha aparecido nunca nadie. El dibujo que está en torno representa a tres pastores delante de una especie de tumba, en un paisaje de bosques y colinas. ¿Lo veis?

—Sí. ¿Y la frase qué significa? —preguntó Julia.

—Está en latín —respondió su hermano—. Significa... «También yo en la Arcadia».

—Así que nos hemos puesto inmediatamente a buscar esta Arcadia —intervino Rick, enseñándoles el *Manual de los lugares imaginarios*—. Y hemos descubierto que es una región de la antigua Grecia. Pero... hay más. A partir del siglo XVI, algunos pintores famosos escribieron la frase «Et in Arcadia ego» en algunos de sus cuadros. No se sabe bien por qué. Lo que se sabe es que la Arcadia era una tierra mítica. Un lugar legendario donde se dice que no podía entrar ninguna enfermedad. O donde, según otros, estaba escondido un fabuloso tesoro.

Julia levantó la mano.

—¡Reservo mi billete ya!

—Pero ahora viene lo mejor —continuó Jason—. O sea, el texto escondido.

Rick cogió uno de sus cuadernos de apuntes, después tosió un poco para aclararse la voz y dijo:

—Morce Moreau escribe: «El pueblo del que os hablo, amigos míos, está lejos de todos los otros, no solo geográficamente. Requiere una actitud distinta a la de cualquier otro viaje. El uso y la existencia misma del pasaporte o de otros documentos son prácticamente ignorados. Aun así, es recomendable que el viajero lleve consigo documentos personales de identificación y certificados sanitarios que pueden ser útiles en caso necesario. Podéis colgaros del cuello una placa de reconocimiento con vuestros datos. No olvidéis escribir: “Perteneiente a la raza humana”».

Rick hizo una pausa. Los chicos se miraron unos a otros.

—¿De verdad dice eso? —preguntó Anna.

—Esperad, esperad —dijo Jason.

Rick continuó:

—«No se aceptan cheques. Para pagar, llevad con vosotros oro o plata, mejor en pequeñas cantidades. Os aconsejo que uséis un cinturón con cartucheras para evitar robos. Dado que el lugar del que os hablo no tiene contacto alguno con el resto del mundo, el cambio es completamente arbitrario. Os podría resultar útil llevar collares u otros objetos para hacer

trueques con los mercaderes. Os aconsejo que viajéis con muy poco equipaje. Nada de baúles o maletas. Mejor bolsos de cuero. Os bastarán una tienda de campaña, una manta y una mosquitera. Pero no olvidéis llevar también un traje de gala para poder asistir a los bailes a los que inevitablemente os invitarán. Indispensable una margarita de los vientos».

—¿Bailes?

—¿Qué es una margarita de los vientos? —preguntó Anna.

—Ni idea —admitió Jason.

—La traducción después... —prosiguió Rick— sigue dando otros consejos: «En el pueblo, no os encaraméis a las ruinas para evitar las mordeduras de serpientes y escorpiones. Desconfiad de las bebidas heladas, de la fruta y de la verdura, porque pueden causar disentería. Bebed agua albuminosa».

—¿Agua albuminosa?

—Le hemos preguntado a Nestor. Es agua con clara de huevo batido dentro.

—¡Puaj! —exclamó Julia—. ¡Otro de sus asquerosísimos potingues!

—«Llevad con vosotros tisanas de ipecacuana y calomelano para el estómago, vendas para las equimosis y sulfato de quinina para la fiebre.»

Jason añadió:

—Nestor dice que esto es un antiguo remedio. Y que cuando Morice escribió esto no existían las aspirinas.

—Y con esto terminan las instrucciones prácticas —dijo Rick—. Las recomendaciones de viaje, digamos.

Jason asintió y les enseñó a los otros la página a la que habían llegado. Era la página 5. El segundo marco. El marco en el que había aparecido el hombre sentado encima de la pila de cojines.

—Y hemos llegado a la página peor... —susurró.

El dibujo que había alrededor del marco era muy elocuente: la silueta de una montaña negrísima, en cuya cima había un castillo envuelto en llamas. Del castillo se alejaban dos puntitos blancos, que parecían dos personas en fuga.

—¿Y aquí qué está escrito? —preguntó Anna, mirando con temor las llamas rojas que rodeaban el castillo.

—Palabras bastante inquietantes —admitió Jason.

Rick siguió leyendo:

—«No habléis con nadie de vuestro viaje. Preparadlo en secreto si no queréis que el pueblo acabe siendo pasto de las llamas. Otros no han prestado

la suficiente atención y han perdido todo, incluso la vida. Tenéis que saber desde ahora que son muchos los que buscan inútilmente el camino. Solo para quien sabe buscar está a la vista de todos. Si lo encontráis, os ruego cautela y discreción».

El chico pelirrojo hizo una última pausa antes de empezar a leer la parte final de la traducción:

—«Queridos amigos, no obstante su riqueza y sus mil virtudes, son siempre menos los valientes que emprenden viaje hacia este pueblo. Y este es el motivo por el que los filósofos lo llaman el “Pueblo que Muere”». — Sonrió, dejando la libreta—. Fin del texto. Y comienzo de las ilustraciones sin sentido.

La página siguiente del libro contenía de hecho un dibujo de un hombre que salía de casa y se miraba a un espejo, rodeado por una bandada de gallináceas.

—He aquí al viajero que emprende el camino... —dijo Rick— rodeado de pollos y gallinas.

—Son gallos —puntualizó Anna—. Tienen cresta y espolones.

—¿Y?

—A lo mejor es francés —aventuró la chica.

—¿Y por qué? —le preguntaron los otros.

—Morice Moreau era francés. Está rodeado de gallos, el símbolo de Francia, y se mira al espejo...

—¿Y por qué se mira al espejo?

—A lo mejor se cree muy guapo...

—Eh, chicos, ¿qué decís si intentamos mirar el dibujo reflejado en un espejo? —preguntó Julia.

—¡Buena idea! ¡Voy a buscar uno! —exclamó Jason, que salió disparado escaleras arriba.

Mientras lo esperaban, los chicos hojearon las páginas siguientes.

En un dibujo se veía al mismo hombre caminando a orillas de un arroyo. Después, en un bosque. Por último, llegando a las murallas del Pueblo que Muere.

La última página del libro era solo un boceto.

Podían leerse solo algunas letras sin significado, «TER R», y se veía el borrador de un extraño animal. Una especie de puercoespín.

Las cuatro páginas siguientes estaban en blanco.

Jason volvió con un pequeño espejo de plata. Y los chicos lo usaron para mirar el dibujo del hombre rodeado de gallos.

—¿Vosotros veis algo raro?

Nada.

Después Anna pareció notar un detalle.

—A mí me parece que hay algo aquí...

—¿Qué?

La chica movió la cabeza. Le dio la vuelta al libro.

—Aquí, ¿veis? Es como si las patas de los gallos... formaran unas letras.

—¡Una «M»! —exclamó Julia.

—¿Dónde?

—Aquí. ¿La veis en el espejo?

—¿Y qué significa «M»?

Pasaron la página, siguieron mirando las ilustraciones del libro en el espejo.

—Aquí hay una «O» —dijo Anna.

De nuevo Julia asintió, mientras los dos chicos no conseguían ver nada.

En la siguiente ilustración, las letras escondidas eran dos.

—¡Esta sí que la veo! —exultó Rick—. Entre los árboles. Es otra «M».

—Pero ¿cómo podéis verlas? —se lamentó Jason.

—Tú escríbelas —le ordenó su hermana, girando una vez más la página.

Rick, Anna y Julia miraron las imágenes hasta que les empezaron a llorar los ojos.

Poco a poco, sacaron todas las letras que, según ellos, estaban escondidas en las páginas del libro.

Jason no logró ver ni una, pero para compensar, al final de la búsqueda, las letras formaron una palabra clarísima.

Era el nombre de una localidad francesa.

Para encontrar el Pueblo que Muere, los viajeros tenían que salir de allí.^[*]



Nombre: **Rick Banner**

Nacido en: Kilmore Cove, el 2 de octubre

Edad: 13 años

Dirección: vive en Kilmore Cove, a pocos pasos de la vieja estación

Particularidades: todos saben que siente debilidad por Julia.

Carácter sólido y responsable, intenta razonar antes de actuar





Capítulo 20

El SOPLO

El instituto St. Ives estaba en un parque inmenso. Para llegar hasta él, había que dejar a la espalda el acantilado y la playa de arena blanquísima y dirigirse hacia el interior. Aparecían primero los tejados, inmersos en el verde. Justo después, se empezaba a oír el griterío de los chicos.

—Odio este tipo de sitios —dijo el gemelo de ricitos, con la mano fuera de la ventanilla del coche deportivo.

—Y yo... —confirmó su hermano, de pésimo humor.

Llegaron a un enorme aparcamiento, que se encontraba justo delante de la entrada del instituto. Había ya una infinidad de bicicletas, algunos coches y un par de viejos autobuses escolares.

—¿Ves a la chica? —preguntó el gemelo de pelo rizado.

—No. Pero, a juzgar por las voces, yo diría que dentro de poco vamos a ver aparecer varios centenares de ellas.

Sin bajar del coche, pasaron entre los otros vehículos que estaban allí aparcados y fueron escrutándolos uno a uno. Después, desilusionados, se detuvieron bajo la sombra de un enorme tilo, bajaron las dos ventanillas y empezaron a confabular.

—La pregunta es: ¿qué se le ha perdido a Anna Bloom en un sitio como este? ¿Está de vacaciones y viene a la escuela? Hum...

—Quizá fuera mejor volver a donde está su padre y esperarla allí.

—Eso haremos de todas formas. Han dicho que se van mañana, ¿no?

El gemelo rubio sacó de la maleta un par de tijeras muy especiales. Cogió un puro de la guantera y, con un tijeretazo seco, lo cortó en dos. Encendió una de las dos mitades y espiró formando volutas de humo azul.

—Mira qué bólide, primo —dijo una voz a poca distancia del coche.

—¡Uau! —exclamó otra voz.

—Debe de ser un Cadillac —farfulló una tercera voz.

—¡Es un Aston Martin!

A pocos pasos del coche había tres chicos de altura escalonada, con un pelo que recordaba a una alcachofa. Los tres empezaron a dar vueltas alrededor del automóvil como las polillas alrededor de la luz.

—¡Uau!

—¡Mira qué colores!

—Es un DB7 de 1997.

El gemelo rubio lanzó una nube de humo, después levantó el dedo en el que refulgía el anillo de oro de los Incendiaros.

—Ejem... jovencito... —dijo—. Para tu información, este es un DB7 de 1994.

Sus ojos se encontraron con los del Flint pequeño. Se miraron fijamente.

—Es un coche mítico —comentó el chico, observando entusiasmado el salpicadero.

El gemelo rubio se inclinó sobre el volante.

—Lárgate, chico. Por mucho que insistas, no te vamos a dejar subir.

—¡Eh... pero qué modales! —exclamó el del pelo rizado—. Estamos solo hablando con un joven apasionado de los coches.

—Pues entonces dile a tu joven apasionado que su amigo está pasando su grasiento dedo por el cristal.

—No es mi amigo —replicó inmediatamente el Flint pequeño. Después dio una orden con tono perentorio al Flint grande, que se encargó de alejar al Flint mediano del cristal del coche.

—Es mi primo. Y los parientes, desgraciadamente, no se pueden elegir.

Los dos gemelos soltaron una risotada.

—¿Sois agentes secretos? —les preguntó entonces el Flint grande.

—¿Por qué lo dices, larguirucho? —replicó el rubito, aspirando el puro.

—Tenéis un coche de agentes secretos. Fumas como un agente secreto. Y tenéis la foto de una chica encima del salpicadero del coche.

Los dos gemelos se echaron a reír de nuevo.

—A pesar de tu acento, chico, eres un buen observador.

—Se lo he enseñado yo —intervino el Flint pequeño.

—¿En serio?

El chico indicó la foto de Anna Bloom que estaba en el salpicadero y dijo:

—Sé dónde está. Estáis perdiendo el tiempo buscándola aquí.

Por toda respuesta, el gemelo rubio le lanzó a la cara una bocanada de humo de puro.

—¿De verdad, jovencito?

—Me llamo Flint.

—Muy bien, Flint. ¿Qué puedes decirme de esta chica?

—Me das una vuelta en el coche —propuso el Flint pequeño— y yo te llevo a donde está la chica.

En el jardín de Villa Argo ahora arreciaba el viento. Anna se había aventurado hasta el lugar donde comenzaban las escalerillas que bajaban por el acantilado. Era verdaderamente embriagador mirar el mar desde un punto tan alto.

Cuando oyó los pasos de Jason detrás de ella, no se volvió para mirarle.

—Un auténtico desafío, ¿verdad? —le preguntó él—. Y en los Pirineos, además. Yo no he estado nunca allí.

El lugar desde el que tenían que salir para llegar al Pueblo que Muere estaba en la cordillera que separa España y Francia. Habían mirado el mapa fantaseando sobre las posibilidades de encontrarlo.

Arcadia.

El Pueblo que Muere.

Un lugar secreto donde no existen las enfermedades.

Una mujer pidiendo ayuda. Y ellos, Viajeros Imaginarios, que imaginan salir en su búsqueda.

Un viaje difícil que pocos tenían el valor de emprender.

—Somos solo unos chicos —dijo Anna, después de todas aquellas reflexiones.

—¿Y con eso?

El viento le alborotó el pelo. El mar rugía.

—Es algo demasiado grande para nosotros —explicó Anna—. Quizá deberíamos... decírselo a alguien.

Jason se puso a su lado. Era más alto que ella. El pelo largo le golpeaba la frente y la nariz afilada como el agua golpea los escollos.

—¿A quién, por ejemplo?

Por mucho que Anna pensara en una respuesta, la única persona a quien le habría gustado contarle todo era Tommaso.

A los pies del acantilado el agua del mar se estaba oscureciendo. Parecía petróleo.

—Este Pueblo que Muere es muy parecido a Kilmore Cove —razonó Jason—. No está en ningún mapa. Es pequeño. Está protegido. Ambos custodian algunos secretos. Y los secretos... no los conocen todos.

—La mujer del libro... —murmuró Anna—. Me dijo que ella era la última. Pero ¿la última de qué, Jason?

—Tenía miedo.

—Si fuera el último de los habitantes de Kilmore Cove, yo también estaría asustado. Y querría que alguien viniera a ayudarme.

—¿De verdad quieres... ir hasta allí?

—Me gustaría intentarlo.

—Pero ¡no sabemos nada! —replicó Anna—. Bueno, hemos encontrado el nombre de una ciudad de los Pirineos. Y extraños dibujos. ¿No es un poco escaso para buscar ese tal Pueblo que Muere?

—Me gustaría enseñarte una cosa.

Jason la condujo escaleras abajo.

Desde el porche de Villa Argo, Rick los vio desaparecer acantilado abajo y se preguntó:

—¿Qué estarán haciendo esos dos?

—Déjalos —respondió Julia—. Hablemos de ti, mejor, ¿qué piensas hacer?

Rick se rascó la cabeza.

—No lo sé. La idea de ir a los Pirineos siguiendo las instrucciones de este libro... y de hacerlo así, de una forma tan precipitada, de hoy para mañana... Bueno, me parece una locura, la verdad.

Nestor entró en la habitación empuñando una vieja cámara de fotos. Sin hacer preguntas se plantó delante de Rick y le ordenó:

—Sonríe.

Después inundó el porche con la luz blanca del flash.

—¡Ay! —protestó Rick, restregándose los ojos—. ¿Qué haces?

—Adelanto el trabajo —respondió el jardinero, enigmático.

Julia se echó a reír, después sintió un escalofrío y se tapó con la manta de lana escocesa.

—Yo creo que mi hermano tiene razón —susurró.

Le ardían los ojos de fiebre.

Al mirarlos, Rick recordó todas las frases que había intentado escribirle. Miles. Y sintió que el corazón le latía atropelladamente en el pecho.

—Tú no estás bien, Julia.

Ella cerró los ojos, interrumpiendo el contacto visual. Rick empezó a recoger las hojas tiradas por el suelo.

—Tenemos que ordenar todo antes de que vuelvan tus padres.

Julia tosió.

—¿Necesitas algo?

—Sí —respondió Julia, sonriendo—. Llévame contigo. A Arcadia.

Jason bajó las escalerillas del acantilado con su habitual aire de superioridad. Sin tocar a Anna en ningún momento, la condujo a los pies del acantilado, hasta una cala separada por los escollos. Y mientras ella se quitaba los zapatos para ir a meter los pies en el mar, buscó algo que había allí escondido.

Volvió con una nasa de pesca que despedía un hedor terrible. Dentro había unos anzuelos y unas bolitas de creta.

El joven Covenant hizo rodar las bolitas hasta la mano de Anna.

—¿Sabes qué son? —preguntó.

Anna podía solo imaginarlo. Lo había leído en el primer libro de Ulysses Moore.

—Son esferas de... tierra luz. Cada bolita custodia una luciérnaga que después... se abre... y...

Miró hacia lo alto. El escarpado acantilado de Salton Cliff, blanco y abrupto. Era mucho más pronunciado de lo que había imaginado.

—Esas bolitas de tierra, la nasa y una nota con una frase cifrada... —murmuró Jason— era todo lo que teníamos cuando comenzamos esta aventura. Teníamos mucho menos entonces que un libro ventana.

Anna apretó las bolitas en la palma de la mano.

—Pero ¡es una locura! —exclamó—. Aparte de que no sabría qué contarles a mis padres... —Se mordió los labios—. Y después... ¿para qué seguir las indicaciones de Morice Moreau?

—Para salvar a la mujer que te ha pedido ayuda.

—Pero ¡no sabemos cómo!

—Yo tengo una idea.

—¿Me la cuentas? —preguntó Anna, apretando las esferas de tierra luz.

El mar rugía furiosamente entre los escollos. Las gaviotas levantaban el vuelo para seguir el viento.

Si hubiera sabido cómo hacerlo, Jason habría cogido el rostro de Anna entre sus manos y la habría besado.

Pero como no lo sabía, se limitó a contarle su idea.

—Y decís que la habéis visto aquí, ¿eh? —observó el gemelo del pelo rizado, poniéndose las gafas de sol.

—Sí, señor —respondió el Flint pequeño.

—Sí —añadió el Flint grande.

—No he entendido... —se lamentó el Flint mediano.

Estaban todos de pie al principio del paseo de Kilmore Cove. Un pueblo desagradablemente pequeño y desagradablemente marino, según los hermanos Tijeras.

—¿Y hacia dónde iba?

—Hacia allí.

La mirada de los dos gemelos se detuvo casi inmediatamente en la enorme villa que dominaba el acantilado de Salton Cliff.

—¿Quién vive en esa casa?

—¡Puaj! —exclamó el Flint grande.

—Los Covenant —precisó el Flint pequeño.

El gemelo de rizados se puso en guardia.

—¿Has dicho Covenant?

—Sí, señor.

—Revisa —ordenó a su hermano—. Es uno de los nombres que tenemos en la agenda.

—«Jason Covenant» —leyó el gemelo rubio.

—¡Es él! —exclamó el Flint mediano.

El más grande apretó los puños.

—Nosotros odiamos a los Covenant —explicó el Flint pequeño.

—¿Por qué? —se informó el hermano de pelo rizado.

—Porque son forasteros.

—También nosotros somos forasteros.

—Sí, pero tenéis un Aston Martin DB7.

Los hermanos Tijeras se echaron a reír.

—Así va el mundo, chico. Exactamente así. Contadnos algo de ellos.

El pequeño de los Flint se encogió de hombros.

—Pasan la mayor parte del tiempo ahí arriba. No bajan mucho por el pueblo. Entre otras cosas, porque tienen solo un amigo aquí.

—Rick Banner —añadió el Flint grande.

—Pero ¿por qué os interesa todo esto? —intervino el primo más pequeño.

El gemelo de rizados se colocó bien las gafas de sol.

—Tú no te preocupes y sigue.

—La información tiene un precio. Como en las películas —replicó el Flint pequeño.

—Os hemos traído en coche hasta aquí, como queríais. ¿No os parece suficiente?

Los tres primos Flint cruzaron una mirada titubeante.

—Vamos a hacer una cosa... —intervino el gemelo rubio—. Dado que nosotros buscamos información tanto sobre esta chica como sobre los Covenant...

Sacó de repente del monedero un billete de diez libras esterlinas.

—Vosotros los vigiláis por nosotros. Y nosotros os recompensamos por la información.

El Flint pequeño agarró el billete.

—Pago anticipado.

El gemelo rubio se volvió a guardar la billetera en el bolsillo, mientras su hermano miraba a su alrededor. Casitas. Casitas. Y más casitas.

—Decidme, chicos... ¿hay algún sitio para comer por aquí cerca?

—Podéis ir al mesón Salt Walker —respondió el Flint pequeño.

—O hacer como nuestro primo e ir a la pastelería Chubber —añadió el Flint grande.

En Villa Argo se pasaron la tarde dándole vueltas a la idea de Jason.

Encerrados en la casa del jardinero, los chicos, sin Julia, estudiaron una veintena de posibles variables.

A las cinco en punto, definida ya en los más mínimos detalles la estrategia, Anna salió de Villa Argo para volver con su padre.

Cuando pasó por delante de la casa abandonada de Oblivia Newton, un automóvil empezó a seguirla.

Era un Aston Martin DB7.

En Kilmore Cove quedaban solo algunas cosas que hacer. Nestor marcó por segunda vez en dos días el número de Black Vulcano en la estación abandonada.

—Necesitamos tu ayuda —le dijo sin rodeos.

—¿«Necesitamos», quiénes? ¿Y qué clase de ayuda?

—¿Hay algún modo para sacar la locomotora fuera de Kilmore Cove sin que nadie se dé cuenta?

—Ya sabes que hemos cerrado el túnel de la parte este.
—Sí, pero recuerdo que dejamos abierta una vía de fuga que pasaba por entre las colinas.
—¿Adónde quieres ir?
—No, yo no. Dos de los chicos.
—¿Adónde quieren ir?
—A Londres.
—¿A Londres? Es un buen viaje... Tengo que revisar.
—¿Eso quiere decir que hay un modo de hacerlo?
—Quiere decir que tengo que ir a la taquilla de los billetes y poner en marcha la máquina de los horarios de Peter. Lo que significa perder por lo menos media hora, conociendo las invenciones de Peter. ¿Cuándo quieren irse?
—Mañana —respondió Nestor.
Black Vulcano dejó escapar una risita burlona.
—¿Hay algo que tengo que saber?
—No. Viajan con poco equipaje. Una mochila, una tienda de campaña, una mosquitera.
—¿Una mosquitera?
—Han insistido ellos. Ahora están en la cocina preparando sulfato de quinina y agua albuminosa.
—¿Se han vuelto locos de repente?
—Simplemente han leído un libro con unas recomendaciones de viaje. Y tienen intención de seguirlas escrupulosamente.
—¿Un viaje adónde?
—No me atrevo ni a pensarlo. Me da casi miedo decirlo en voz alta.
Black permaneció largo rato en silencio.
—¿Lo han encontrado? ¿Han encontrado un constructor de puertas?
—No he dicho eso.
—Pero lo has pensado.
—Es una mujer, Black. Y necesito que los lleves a Londres mañana por la noche.
—Te llamo, entonces.
Black Vulcano colgó. Nestor esperó. Minutos. Media hora entera.
Después sonó el teléfono.
—Dime —respondió inmediatamente.
—Hay una única posibilidad de no encontrar ningún otro tren en todos los cambios. Y sin que nadie nos vea.

—Excelente.

—Es un viaje bastante arriesgado —prosiguió Black Vulcano—. Y hace falta salir entre la una y veinte y la una y veintiocho de mañana por la noche. Pasados esos ocho minutos será imposible encontrar vías libres.

—Voy a avisar a los chicos.

—¿Y una vez en Londres? —preguntó Black, con un hilo de voz. Después añadió—: ¿La constructora de puertas está en Londres?

—No.

—Y entonces, ¿qué van a hacer allí?

—Coger un avión.



Capítulo 21

El VIAJE al REVÉS

El mundo fuera de la ventanilla del coche del señor Bloom corría al revés. Era el contrario del viaje de ida. La agreste campiña de Cornualles dejó paso a las primeras casas de las afueras, después las casas se amontonaron una encima de la otra hasta ocupar todo el campo visual.

Londres. La metrópoli, con sus carreteras y sus luces.

—Han sido unas vacaciones estupendas —dijo el padre de Anna, frenando en el semáforo—. ¿No crees?

La chica miraba el mundo de cristal, ladrillos y cemento que la rodeaba. Miraba a las personas que caminaban por la acera, esquivando a otras personas.

Miró a su padre y asintió. Sí, se había divertido. Se había divertido mucho.

—¿Y cómo te fue en el instituto?

Anna dio una respuesta evasiva. Dijo que le había ido bien. Que le gustaba ir en bici porque en Venecia no podía usarla nunca. Que las playas de St. Ives eran maravillosas.

El señor Bloom ajustó el espejo retrovisor y dijo:

—¡Qué pasada! Hay un Aston Martin justo detrás de nosotros.

Pero Anna estaba concentrada mirando los nombres de las calles por las que pasaban.

—¿Me puedes llevar a Frogmal Lane? —le preguntó a un cierto punto a su padre.

—¿Frogmal Lane? ¿Y dónde está?

—No lo sé.

—¿Qué tienes que hacer allí?

Anna inventó una excusa. La enésima. Dijo que había una perfumería que a su madre le encantaba.

—Así podemos comprarle un regalito —sugirió.

Después pensó que probablemente Frogmal Lane no existía. Que era todo un juego, una broma. Ningún Frogmal Lane. Ningún malvado. Ningún incendio.

Pensó en el mono de Morice Moreau: aquel animal había sobrevivido al incendio del último piso de la casa. Hay cosas que se queman y cosas que no.

Su padre le dio un callejero para que buscara Frogmal Lane. Anna lo buscó.

Existía.

Barrio de Hampstead, NW3, 7DY.

Sintió que se le aceleraba el corazón.

—Es aquí —dijo, enseñándole a su padre el plano.

Él lo estudió y después empezó a mover la cabeza arriba y abajo. Miró por la ventanilla.

—Tendría que estar por aquí.

«No puede ser», pensó Anna. Se agarró al tirador de la puerta. Con fuerza.

Su padre pasó por un par de calles, después por alguna más todavía, finalmente enfiló una pequeña avenida flanqueada por árboles bajos. Allí las casas se hacían cada vez más bajas. Y más y más viejas.

—¿Dónde está la tienda que decías?

—En el número 23 —silabeó Anna.

El coche entró en Frogmal Lane. Lentamente. El número 13, el número 15.

Anna se pegó a la ventanilla.

El número 17, el número 19.

Casas rígidas y angulosas. Viejas damas de canalones de cobre y tejados puntiagudos. Buhardillas. Tejas. Ventanas altas y estrechas. Balcones sin flores. Casas austeras. El 21.

La calle se estrechó aún más. Una Vespa los había adelantado poco antes obligando a su padre a dar un frenazo. Anna había salido disparada hacia delante pero, por suerte, llevaba puesto el cinturón.

—¿Por qué no miras por dónde vas? —gritó su padre, buscando el claxon.

El tipo de la moto se volvió, los miró y después desapareció. A Anna le pareció que no llevaba puesto un casco sino un bombín negro.

—Pero ¿has visto qué cara? —gruñó su padre.

—Sí —respondió la chica, cerrando los ojos y volviéndolos a abrir después.

—El número 23 —dijo su padre, mientras ponía el intermitente—. Tendría que estar por aquí. —Se asomó por la ventanilla para verificar—.

Pero yo no veo ninguna tienda. ¿Y tú?

Con el rabillo del ojo, Anna miró fuera. Acera oscura, camino de acceso con una pequeña verja negra. Tres escalones. Puerta de entrada pintada de gris brillante. A la izquierda de la entrada, una placa.

Un rayo encendía el puro que sostenía entre los dedos un hombre con bombín.

—Oh, no —murmuró—. Oh, no... ¡vámonos de aquí!

—A lo mejor la tienda ha cambiado de dirección.

—No, no, papá —repitió Anna—. Me he equivocado. No es aquí. Me he equivocado seguro. Vámonos de aquí.

Se adentraron de nuevo en el tráfico, sin hablar apenas. Llegaron a casa del señor Bloom, quien apretó un botoncito del llavero para levantar la barra automática de entrada.

Aparcó en el garaje subterráneo, en la plaza número 34. Bajó y cogió su maleta. Anna hizo lo mismo.

Se encaminaron en silencio hacia los ascensores.

La casa existía.

Los Incendiaros existían.

Era verdad.

—¿Lo tienes preparado todo para mañana?

—Sí.

También eso era verdad.

—¿Y a qué hora tenemos que estar en el aeropuerto?

—A las seis menos diez de la mañana.

Su padre fingió un desmayo.

—¡Madre mía! ¿No había otro vuelo?

—No —respondió Anna con un susurro.

También eso era verdad.

—¿Tienes ya el billete para Venecia?

—Sí —añadió la chica, entrando en el ascensor.

No podía mirarse al espejo.

Acababa de decir una mentira gigantesca.

Tenía el billete.

Pero no era para Venecia.

Esa misma tarde, a kilómetros de distancia, Nestor cruzó cojeando el jardín de Villa Argo.

Sacó el sidecar del garaje, lo llevó empujando hasta fuera del jardín y, una vez en la carretera, lo puso en marcha para ir al pueblo. Llevaba una caja de bombones de Chubber.

El sol se estaba poniendo tras una cortina de nubes. Nestor, sin abrocharse el casco, se dirigió a casa de la señorita Stella. La maestra más anciana de Kilmore Cove.

—Buenas tardes, señorita Stella —saludó—. Soy Nestor, el jardinero.

Para convencer a la anciana maestra de que abriera la puerta, le enseñó los bombones.

Diez minutos después estaba sentado al borde de un sofá que parecía a punto de deshacerse de un momento a otro. El té tenía un ligero sabor a ajo. Sonriendo al recordar los viejos tiempos, Nestor intentó llevar rápidamente la conversación al punto central: las llaves de la escuela de Kilmore Cove.

—Usted tendría que tener todavía un mazo, señorita Stella —dejó caer el jardinero.

Como era previsible, nada más recordarle la escuela, la férrea maestra se emocionó. Hacía solo pocos meses que la señorita Stella había decidido rendirse y jubilarse. El golpe de gracia había sido la desaparición del director, Marriet.

—Desapareció poco antes de lo de la ballena varada, ¿sabe? —recordó con su vocecita de soprano.

Nestor se acordaba perfectamente, pero se tragó entero el arranque de emoción de la maestra. En resumidas cuentas, la señorita Stella había sido también su maestra.

Una hora después, salió de la casa apretando en el puño las llaves de la escuela de Kilmore Cove.

El jardinero de Villa Argo llegó hasta el viejo edificio de la escuela, aparcó el sidecar en la parte de atrás, de manera que no molestara, dio una vuelta andando alrededor del edificio para comprobar que todas las luces estuvieran apagadas y, después, buscó la llave.

Entró. Y sintió aquel acostumbrado escalofrío que sin razón aparente se siente cuando se vuelve, después de muchos años, a la escuela propia. Las aulas vacías, con las sillas una al lado de la otra, las pizarras borradas, los pupitres, la mesa del profesor con los cajones entreabiertos, los registros de clase, el olor inconfundible de la tiza.

Cosas indelebles. Había demasiadas emociones allí dentro para poder olvidarlas.

Y además a Nestor no le gustaba olvidar. Él era una de esas personas que protegía los recuerdos, una de las pocas que quedaban.

Echó a andar. Sus zapatos hacían crujir los pasillos por los que en otro tiempo había corrido con sus amigos. Leonard Minaxo, Black Vulcano, Peter Dedalus, Clitennestra y Cleopatra Biggles. Y por un momento tuvo la sensación de que sus rostros de niño, sonrientes, sus uniformes oscuros, estaban aún todos allí, en torno a él como fantasmas.

Pasó por delante del despacho del director. Vio que el nuevo director que habían mandado de Londres para sustituir a Ursus Marriet había hecho algunos cambios: la vieja puerta de cristal esmerilado con la placa había sido sustituida por una horrible puerta moderna, pintada de un color oscuro. Si hubiera tenido menos prisa y unos cuantos años menos, Nestor se habría parado para escribir en la puerta con la punta de las llaves «Abajo el director». Pero siguió su camino.

La habitación que buscaba estaba al fondo del pasillo de la planta baja, una vez pasada la sala de profesores. La entrada se encontraba justo detrás de las pilas de libros de texto nunca usados, que yacían abandonados en el suelo.

El sótano de la escuela.

Llevaba cerrado mucho tiempo pero, como Nestor había imaginado, entre las llaves de la señorita Stella estaba también la que servía para entrar en él.

Una escalera húmeda. Una luz mortecina y temblorosa. El jardinero bajó, agarrándose a la barandilla.

Una vez abajo, se adentró por un angosto pasillo. Había varios trasteros, uno al lado del otro. Cada uno tenía una letra. Trastero A, B, C...

Nestor se paró delante de la D.

Como Dedalus.

Llave.

Y abrió también esta última puerta.

La luz con temporizador de las escaleras se apagó. Nestor entró en el trastero y encendió la linterna. No se había equivocado. Dentro había una enorme máquina, cubierta por una lona llena de polvo. Quitó la lona.

Parecía un triceratops de hierro. Un extraño cruce entre un bastidor mecánico, un órgano de iglesia desmontado y un trozo de sumergible. Como sucedía con todas las máquinas de Peter, era prácticamente imposible entender para qué servía. O qué había que hacer para ponerla en marcha.

—Hola, Identity —saludó Nestor, poniendo la mano en la superficie de hierro negro—. Necesito un bonito pasaporte nuevo. ¿Qué dices? ¿Te apetece?

Dio unas vueltas alrededor de la máquina. Tiró de una palanca primero y de otra después. Identity se puso en marcha y un teclado con teclas redondas, parecidas a las de las viejas máquinas de escribirse levantó ante los ojos del jardinero.

«Rick Banner», tecleó Nestor lentamente.

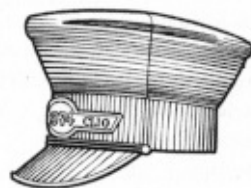
Apareció un segundo teclado, en el que Nestor seleccionó «Pasaporte inglés».

De la máquina se levantó una especie de embudo plegable, parecido al cuello de una oca. El jardinero metió dentro la fotografía que le había hecho a Rick esa misma tarde.

Cuando había adelantado el trabajo.

Identity se tragó la foto y en la panza de la máquina se empezó a oír un tictac furioso.

Nestor cruzó los dedos, esperando que la máquina hiciera su trabajo.



Capítulo 22

MEDIANOCHE

Rick Banner se deslizó fuera de la cama cuando oyó las campanas.

Estaba ya completamente vestido. Ropa cómoda, como decían las instrucciones. Y una cartuchera con muchos bolsillos para evitar los robos.

Con mucho cuidado para hacer el menor ruido posible, sacó de debajo de la cama la mochila en la que había metido alguna muda y pocas cosas más.

Para mayor seguridad, la midió una vez más. Jason había dicho que tenía que ser pequeña para poder llevarla como equipaje de mano en el avión.

Rick no había cogido nunca antes un avión. Ni siquiera había visto uno.

Hizo la cama rápidamente. Puso la carta con las explicaciones encima de la almohada, en un lugar bien visible, de manera que su madre la viera en cuanto abriera la puerta.

Escuchó los ruidos de la casa, ya sumida en el sueño. Podía oír la respiración de su madre, que le llegaba de detrás de la puerta situada al fondo del pasillo.

Miró hacia la cama y suspiró. La carta estaba llena de mentiras. Lo de la excursión a Londres con el instituto de la que no le había hablado porque se le había olvidado. Solo una excusa. Y Rick odiaba las mentiras.

—Vamos —se dijo, para vencer la tentación de mandar todo al garete—. Los demás me necesitan.

Salió del dormitorio, recorrió el pequeño pasillo de la casa, abrió la puerta que daba a las escaleras y miró los peldaños empinados que llevaban hasta la calle.

Envueltas en la extraña penumbra de la noche, las paredes blancas parecían de plata bruñida.

Rick se echó la mochila al hombro y, después de echar una última ojeada al pasillo, cerró con cuidado la puerta tras él.

En la gran casa de la cima del acantilado se había desencadenado una discusión a golpe de cuchicheos. Dos siluetas se enfrentaban en la habitación de la torre situada en lo alto de las escaleras. Desde las ventanas se divisaban las manchas oscuras de los árboles del parque, atravesadas por las luces del pueblo. El mar sin luna era una presencia invisible más allá de la línea del acantilado.

—No hagas idioteces.

—Te digo que puedo ir.

—No, no puedes.

—Sí, sí puedo... cof cof.

—¡No hagas ruido!

—Cof...

Jason le tapó la boca a su hermana, que le tosió en la palma de la mano, con un ruido sordo y pegajoso.

—¡Qué asco!

—Perdona, Jason. Ahora ya no... ya no... —Julia contuvo la respiración y, después de unos segundos de espera, se relajó—. Ya está. Ya está. Ya no tengo tos.

Jason se había plantado delante de ella con los brazos en jarras.

—¿Entiendes ahora por qué no puedes venir?

—¡Es solo un poco de tos!

—Has estado en la cama con fiebre hasta ayer mismo.

—¡Me he bebido todos los brebajes! ¡Estoy curada!

—Es un viaje peligroso.

—Más peligroso es si me quedo aquí.

—Si te escapas tú también, mamá no nos lo perdonará nunca. No se tragará jamás la excusa de la excursión sorpresa.

Julia permaneció en silencio, sopesando la cuestión.

—Pones en peligro todo el plan —insistió su hermano.

—No tenemos un plan.

—Bueno, tenemos una parte del plan. Y si tú insistes en querer venir... y después estás mal, serás solo un estorbo.

—¿Estorbo? ¿Cómo te atreves a llamarme «estorbo»?

—¡No levantes la voz!

—Pues tú retira lo de estor... cof cof.

—¡Chissst! ¡Chissst!

Jason le sofocó un par de golpes de tos más. Intentó que entrara en razón y, al final, dado que no recibía más que respuestas airadas, se limitó a darle la espalda y mirar fijamente los árboles del jardín.

Estuvieron así casi una decena de minutos. Los dos hermanos oían los crujidos del tejado por encima de sus cabezas y el murmullo seco de las termitas de la madera. Después, de repente, entre la espesura del parque, vieron ondear un círculo de luz ámbar. La luz trazó un gran arco, de izquierda a derecha.

—La señal —dijo Jason, volviéndose.

Cogió del suelo su equipaje de mano. Las pequeñas monedas de oro que Nestor le había dado tintineaban al chocar unas con otras. Fue hasta la puerta de la habitación de la torre. Julia era una presencia muda a sus espaldas.

—Nos vemos pronto —dijo Jason, con la mano apoyada en la puerta.

Ninguna respuesta.

El chico se giró, sonriendo.

—Mira, Julia. Lo siento. No soy yo quien decide. Lo siento mucho. De verdad. Estaremos de vuelta muy pronto.

Ninguna respuesta. La silueta de Julia, recortada contra la luz, era como la de una estatua con los brazos cruzados.

Jason abrió la puerta acristalada de la torre, salió al rellano y se quedó escuchando. Le llegó el ruido de la tele del piso de abajo. Sus padres estaban todavía viendo una de esas interminables películas históricas.

—Despídete de ellos de mi parte —dijo, antes de alejarse.

—¿Jason? —susurró Julia desde dentro de la habitación.

—¿Qué?

—Encuentra el Pueblo que Muere.

Él asintió.

—Encuentra Arcadia... —añadió la chica—. Y a la mujer que pide ayuda.

—No lo dudes.

Jason se volvió para mirar a su hermana a los ojos, pero, en la penumbra de la habitación, no logró distinguir hacia qué lado estaba mirando.

Se deslizó tuera de la habitación, recorrió el pasillo hasta pasada la mitad, se puso de puntillas y levantó la mano para coger un gancho que colgaba del techo. Tiró de él delicadamente y sacó la escalerilla plegable que llevaba a la buhardilla. Trepó por ella sigilosamente. Una vez arriba, tiró de nuevo de la escalerilla y cerró la trampilla. Después, orientándose de memoria, recorrió el estrecho paso libre entre las pilas de muebles amontonados en la buhardilla y fue hasta el estudio de Penelope Moore. Abrió lentamente la ventana de la

buhardilla y, de un salto, salió al tejado. Buscó a tientas la cuerdecilla que servía para cerrar la ventana desde fuera. La encontró y cerró también ese paso tras él.

En el tejado se puso a gatas, prestando atención a no hacer ruido y no escurrirse. Recorrió lentamente todo el tejado. Después se agarró a la rama de sicomoro y se puso de pie. Incluso en la oscuridad fue un juego de niños encontrar las muescas que habían hecho en la corteza, usarlas para llegar al tronco del árbol y, desde allí, deslizarse hasta el suelo.

Se ocultó detrás de los setos para mirar la casa. Vio que Julia lo estaba observando desde la torre. Alzó la mano para despedirse, aunque no estaba seguro de que ella pudiera verlo.

Miró el reloj.

Medianoche y cinco.

En el fondo del jardín, la señal ámbar de Nestor ondeó por segunda vez. Jason la siguió, intentando correr por encima de la hierba para no hacer ruido al pisar la gravilla.

Llegó a pocos pasos de la alta cancela de acceso de Villa Argo, la traspasó y se encontró en medio de la carretera. Allí lo esperaba el viejo sidecar negro, parecido a un enorme escarabajo con su brillante caparazón. Nestor, de pie junto a la moto, bajó la luz del faro con el que había hecho antes las señales.

—Es tarde —fue lo primero que dijo Nestor.

Le pasó a Jason un casco de aviador con unas correas de cuero que se ataban por debajo del mentón. Nestor se puso el suyo y un par de gafas que parecían salidas de una película del Barón Rojo.

Jason entró en el sidecar y colocó la mochila entre las rodillas. Nestor dejó la moto en punto muerto para bajar silenciosamente por la carretera del acantilado.

Medianoche y diez. Rick vio la hora en el reloj que le había regalado su padre. La Clark Beamish Station se encontraba a sus espaldas, a pocos centenares de metros, al final de una explanada llena de hierbajos. El edificio tenía todas las luces apagadas, señal de que Black Vulcano había salido ya de casa.

Tenían todavía diez minutos, calculó Rick, antes de la salida.

—A Londres —murmuró el joven Banner, intentando prepararse para lo que sería el viaje más largo de su vida.

Mientras esperaba a Jason, Rick empezó a caminar arriba y abajo, nervioso. Se detuvo en un rincón oscuro, lejos de la luz de las farolas y siguió esperando, intranquilo. Tenía la clara sensación de estar haciendo algo que no debía hacer.

Tres minutos después oyó unos pasos y se dio la vuelta, esperanzado. Tres figuras envueltas en la oscuridad se estaban acercando.

—¿Jason? —preguntó el chico pelirrojo, sin conseguir distinguirlos bien.

Después se alejó del muro y dio un paso hacia las tres sombras. Pero ¿por qué eran tres?

Quizá Nestor al final había dejado venir también a Julia. La idea le llenó el corazón de alegría.

—¿Julia? ¿Vienes tú también Julia?

Pero cuando las tres sombras pasaron bajo la luz de la farola, Rick se dio cuenta de su error.

—No, Banner, no soy Julia —dijo con sorna el Flint pequeño—. Ni tampoco el blandengue de su hermano.

—¡Cucú! —añadió el Flint grande, haciéndole burla—. Sorpresa.

El Flint mediano rió sin un motivo preciso, siguiendo quién sabe qué sugerencia de su cabeza hueca.

El camino corría silbando.

Jason sentía el aire fresco de la noche filtrarse en el casco y taponarle los oídos. A su lado, Nestor estaba inclinado sobre el manillar de la moto, como un soldado de la Segunda Guerra Mundial. Conducía a toda velocidad, cambiando continuamente la marcha y haciendo rechinar los frenos en cada curva.

En pocos minutos llegaron a los pies del acantilado de Salton Cliff, pasaron por delante de la casa del doctor Bowen y doblaron hacia el interior, dejando los tejados de Kilmore Cove a mano izquierda.

Cuando llegaron a la explanada de la estación abandonada, Rick no había llegado todavía. Jason desmontó de un salto y se quitó el casco. Nestor apagó el motor y dirigió el disco del faro hacia la pared de la taquilla de venta de billetes.

—¿Has cogido todo? —le preguntó al chico.

—Sí, creo que sí.

—Nada de locuras, ¿de acuerdo? Si una vez allí no conseguís encontrar nada, volved inmediatamente a casa.

—Irá todo bien. Estoy seguro.

Nestor guardó silencio.

—¿Medicinas? —preguntó después.

—Las llevo.

—¿Diccionario?

—Noto el peso.

—¿Los napoleones de oro?

—Aquí están —respondió Jason, sacando uno del bolsillo.

—Atento con mis ahorros, ¿eh? Intenta no gastarte todo.

Jason sonrió, mirando a su alrededor para ver si había llegado su amigo.

Nestor pareció leerle el pensamiento.

—Y ahora, vete. ¡Vamos! Quedan pocos minutos. Conociendo a Rick, te estará esperando ya en el andén.

Se despidieron rápidamente. Jason se fue corriendo, saltando por encima de los setos. Costeó el edificio de la vieja estación y dobló por un sendero bordeado de matorrales. Ya en el otro lado vio la locomotora que resoplaba con los faros apagados. A diez pasos de él.

Black Vulcano estaba en el andén.

—¡Esto sí que es puntualidad! ¡Subid a bordo, chicos! —gritó.

Jason llegó jadeando.

—¿Y Rick?

—¿No está contigo? —preguntó el anciano maquinista de barba hirsuta como alambres enmarañados.

—No. Creía que estaba ya a bordo.

Jason pasó la mochila a Black, que la lanzó a bordo con un gesto automático.

—No entiendo... —murmuró el chico—. En la entrada no estaba. Aquí tampoco está.

Hizo ademán de volver atrás.

—¡Eh! ¿Adónde vas?

—Voy a ver qué le ha pasado.

Black miró el reloj.

—Faltan pocos minutos para la hora de salida.

—¡Rick vive aquí cerca!

—¡Trece minutos! —exclamó Black Vulcano—. Trece minutos y tenemos que marcharnos, Covenant. Si no... no hay nada que hacer. ¿Me has oído?

Black Vulcano bajó las manos, impotente. Jason había vuelto a desaparecer.

—¡Cobardica!

—¡Mocoso!

—¡No tienes agallas!

Los primos Flint hablaban por turnos, girando en círculo alrededor de Rick. El grande y el pequeño eran los más amenazadores, mientras que el mediano se limitaba a añadir algo de vez en cuando, esforzándose por parecer amenazador.

—No deberías salir de casa a estas horas...

—A estas horas salen solo los mayores...

—Y tú no eres mayor...

Rick no decía nada. Seguía girando lentamente. Escuchaba, pensaba, calculaba.

Y todo lo que se le ocurría era: ¡porras!

—Me gusta tu mochila, ¿sabes, pelo panocha?

—A mí también me gusta, primo.

—Podrías regalárnosla, Banner.

—Si no, vamos a tener que ir a cogerla nosotros.

El Flint grande lo intentó. Extendió la pierna, los hombros y el brazo para coger la mochila de Rick. Pero él no se dejó sorprender: dio un salto hacia atrás y usó la mochila como si fuera una especie de látigo, golpeándolo de lado en la cara. El Flint grande retrocedió, dando un gruñido.

—Escuchad, chicos —dijo entonces Rick, mirándolos a los tres—. No tengo ganas de discutir. Dejadme en paz y os prometo que no os molestaré.

—¿Que no nos molestarás?

Los tres Flint se acercaron. Rick retrocedió. Y se encontró con la espalda contra la pared.

—No sois muy deportivos. Tres contra uno.

Miró detenidamente a su alrededor y evaluó las distintas posibilidades. Después intentó reaccionar.

—Mejor dicho, dos y medio contra uno.

Rick arremetió contra el Flint pequeño y le propinó un empujón. El primo pequeño cayó al suelo, dejando libre una vía de fuga hacia la estación.

Rick echó a correr, pero algo duro lo golpeó en el tobillo. Una zancadilla del Flint grande.

El chico pelirrojo perdió el equilibrio y rodó por los suelos. Notó un dolor lacerante en el hombro y, un momento después, tenía a los tres Flint encima.

Lo agarraron y lo pusieron de pie. Uno de ellos, probablemente el pequeño, le arrancó la mochila de las manos.

—¡Suelta esa mochila!

—¡No nos digas lo que tenemos y lo que no tenemos que hacer, Banner!
—gritó el Flint grande.

—Él no ha dicho nada —observó el Flint mediano.

Un instante de incertidumbre.

—¿Cómo que él no ha dicho nada?

Rick aprovechó el momento de distracción para pegar una patada en la espinilla al primo que lo tenía sujeto por las axilas. Después logró liberarse.

—¡Suelta esa mochila! —gritó de nuevo la voz de antes.

—Pero ¿se puede saber qué está pasando? —se preguntó el Flint pequeño, mirando a su alrededor—. ¿Quién habla?

Un pequeño objeto brilló en el aire y aterrizó en medio de ellos, rodando por el empedrado.

—¡Atiza, primo! ¡Es una moneda de oro! —exclamó uno de los Flint.

El Flint pequeño soltó la mochila y Rick la recuperó.

—¡Es mía! —gritó—. ¡La he visto yo antes!

—¡No! ¡Es mía!

—¡Una moneda de oro!

Siguió una confusión de cuerpos en busca de la moneda. Rick se dio la vuelta. Una sombra se materializó a su lado.

—¿Estás bien? —Era Jason—. Tenemos menos de cuatro minutos —dijo entonces.

—¡Vamos!

Cuando llegaron al andén, la locomotora del tren Clio 1974 estaba silbando como un potro salvaje.

—¡Vamos! —gritó Black Vulcano desde la escalera del vagón, cuando vio aparecer a Rick y Jason en la estación—. ¡Tenemos que marcharnos inmediatamente!

La vieja locomotora rugió, lanzando una nube de vapor. Y empezó a mover las grandes ruedas de hierro.

Rick y Jason redoblaron la velocidad. Jason llegó a las escaleras, se agarró a la barra lateral y subió. Después se inclinó hacia delante para ayudar a Rick, que iba corriendo detrás. Alargó la mano.

Rick le tiró la mochila.

—¡Vamos! ¡Venga! —le gritó Jason, intentando agarrar también al amigo.

Desde el suelo, Rick vio cómo aceleraba la locomotora. El andén de la vieja estación acababa unos pasos por delante de él. Corrió tan aprisa como pudo.

—¡VAMOS!

Al final del andén, saltó.

El tren silbaba y las ruedas de hierro refulgían en las vías. Rick dio dos pasos en el aire, movió al buen tuntún la mano intentando encontrar algo para sujetarse, quedó envuelto por el vapor caliente y el humo emanado por el motor y...

—¡Te tengo! —exclamó Jason, agarrando la mano de Rick con la suya.

Rick chocó violentamente contra el lateral de la locomotora, se dio un golpe en la rodilla contra las escalerillas, pero permaneció en equilibrio.

Se puso de pie.

—Por los pelos... —murmuró, subiendo a bordo.

—¡Siempre tarde! —rugió Black Vulcano, dándoles la espalda, rodeado por las palancas y los mandos de aquella absurda locomotora—. ¡Ay, los jóvenes de hoy!

Los dos chicos sonrieron y se dejaron caer al suelo, agotados.

—¡Poneos cómodos! —gruñó de nuevo el maquinista, haciendo correr su vieja locomotora por las vías que no recorría desde hacía ya veinte años—. ¡Si todo va bien, dentro de unas horas estaremos en Londres!

Esa noche algunas personas afirmaron que habían visto algo increíble. La señora Cartón, que vivía a pocos pasos de las vías abandonadas de Penzance, dijo que primero había oído el silbido de un tren y, cuando se había levantado de la cama para beber un vaso de agua, había visto pasar como una flecha por delante de la ventana de la cocina una locomotora a vapor que, resoplando a toda velocidad, corría de oeste a este. Contó que había visto también a dos chicos que, desde detrás de la puerta abierta de la locomotora, le decían adiós con la mano. No la creyó nadie.

El paso de la locomotora fue noticia en Southampton también, y en el periódico estudiantil *Ovnis Hoy* apareció un breve artículo con un título inquietante: «¿Los extraterrestres llegan en tren?».

El periodista, que firmaba con seudónimo, sostenía que decenas de personas estaban dispuestas a testificar los extraños fenómenos que habían ocurrido la noche del jueves, entre las tres y media y las cuatro de la

madrugada. Un lejano y amenazador silbido de tren, una nube de vapor color gris oscuro, y después el paso rápido y totalmente imprevisto de una locomotora que tenía seguramente al menos sesenta años.

Muchos meses después de estos hechos, un encargado de la manutención de la estación de Charing Cross, el señor Hugh Pennywise, confesaría a su mujer que había visto, o creído ver, una locomotora a vapor que entraba en la estación por una vía muerta. Por lo que él sabía, ningún tren había entrado por esa vía desde 1956 como mínimo. La locomotora llegó con los faros apagados y, sin apenas hacer ruido, se metió por entre los convoyes modernísimos que reposaban en la estación, se acercó a uno de los andenes vacíos, frenó chirriando dulcemente y se detuvo. De ella bajaron dos chicos cargados con sus mochilas. Se despidieron del maquinista, un hombre con una larga barba negra, y se encaminaron hacia el centro de la estación como si nada. Observándolos a hurtadillas, Hugh Pennywise había pensado que serían los hijos de algún millonario que se podía permitir un tren privado.

Después la locomotora volvió por donde había venido. Como si no hubiera existido nunca. Desapareció.



Capítulo 23

ALARIDOS *en* VENEZIA

Tommaso Ranieri Strambi oyó los primeros alaridos cuando estaba todavía encima del puente de las calles del canal de Borgo. Aterrorizado, echó a correr.

Era la madre de Anna y sus gritos provenían de la Casa de los Garabatos, desde detrás de las ventanas abiertas y el tejado quemado, cubierto de lonas de plástico.

«Deprisa, Tommaso, deprisa —se dijo el chico, corriendo—. Date prisa.»

Pero cuando se acercó lo suficiente como para distinguir las palabras de la madre de Anna, se dio cuenta de que no estaba pidiendo ayuda.

Parecía furiosa.

Tommaso aminoró la marcha para escuchar.

—¡No puede ser! —gritaba la restauradora—. ¡No puede ser! Y ahora ¿qué hago?

A través de la puerta de entrada entreabierta, Tommaso oyó el ruido de los andamios de metal que se balanceaban. Miró dentro a hurtadillas por la rendija y vio a la madre de Anna que corría escaleras abajo, así que se alejó e hizo como si acabara de llegar.

—¡Ah, hola, Tommaso! —lo saludó ella, sin detenerse. Estaba cubierta de cal de pies a cabeza.

—Buenos días. ¿Cómo estás?

—¿Sabes lo que significa... la palabra «desastre»?

—¿Es que le ha pasado algo a Anna?

La mujer buscó la llave del candado, pero estaba demasiado nerviosa para encontrarla.

—¿Puedo ayudarte? —se ofreció Tommaso.

—Sí, gracias. Mejor dicho, dado que estás aquí, ¿te importaría cerrar todo tú, por favor? Después nos vemos en casa, ¿vale?

—De acuerdo. Pero... me estaba diciendo... Anna...

—¿Anna?

—El desastre...

—Ah, no. Anna no tiene nada que ver con todo esto... Ha sucedido un verdadero desastre con las pinturas de los frescos. En lugar de hacer la entrega aquí, ¡las han llevado directamente a casa!

Tommaso lanzó un suspiro de alivio.

—O sea que solo se han equivocado de dirección, ¿no?

—¿Y te parece poco? ¡Ahora me toca ir hasta allí y convencerles de que me las traigan aquí en barco!

—En el peor de los casos, te ayudo a traerlas yo.

—¿Cincuenta kilos? Mira que te has ofrecido, ¿eh?

Tommaso sonrió.

—No te preocupes por una cosa así. Hablando de otra cosa, ¿sabes algo de Anna?

—Debería de llegar esta tarde.

—¿De verdad?

«Qué raro —pensó Tommaso—. No me ha mandado ni siquiera un sms.»

—Yo me voy a casa corriendo, Tommy —se despidió la mujer—. Tú cierra todo bien, ¿vale? Te espero allí.

El muchacho asintió. La vio alejarse. Después alzó la mirada para contemplar la casa.

Y sintió un escalofrío.

Odiaba la casa de Morice Moreau.

La odiaba con todas sus fuerzas. Pero se obligó a entrar. Una vez dentro, entrecerró la puerta de manera que, desde fuera, pareciera cerrada del todo. Subió los escalones con precaución, uno a uno, deteniéndose con la mirada en los misteriosos frescos del pintor francés.

—¿Por qué has pintado todas estas cosas, eh? —le preguntó a la habitación vacía mientras subía.

El eco repitió la pregunta.

Tommaso subió hasta lo alto de las escaleras, hasta el mismo sitio donde, algunos días antes, había encontrado a Anna con Miolí. La puerta del estudio de Morice Moreau estaba cerrada. La abrió, entró en la habitación del pintor y buscó una respuesta.

—¿Por qué está quemada? —preguntó a los restos que habían sobrevivido al fuego. Vio el mono pintado en la pared y le dirigió la misma pregunta.

Después miró los tejados irregulares de Venecia, que se subseguían hasta la laguna, y el canal que refulgía de luz.

—¿Cómo se puede dar fuego a las cosas?

El fuego era algo de locos.

Y mientras pensaba en esto, un extraño terror empezó a apoderarse de él.

Cerró la puerta a sus espaldas. Bajó corriendo las escaleras y volvió al piso de abajo.

Después se paró.

La puerta ya no estaba entornada.

Había entrado alguien.

Tommaso se dio la vuelta. Lanzó una atenta mirada al jardín interno de la casa, a la pérgola de las glicinias.

Sintió que se le cortaba la respiración.

El hombre del bombín y el paraguas estaba sentado a la mesa.

Y lo estaba mirando fijamente.

Las llaves que Tommaso tenía en la mano empezaron a temblar. Dio un paso adelante.

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó, intentando que no le temblara mucho la voz—. No puede entrar. Es propiedad privada. ¡Voy a llamar a la policía!

El hombre se quitó el bombín, apoyándolo con delicadeza en la mesita.

—Qué prisas, Tommaso Ranieri Strambi. Qué prisas. ¿Por qué te preocupas? Estamos tú y yo solos.

—¿Cómo sabe mi nombre? ¡Váyase de aquí!

Bip bip, hizo el móvil en el bolsillo de los pantalones de Tommy. El sonido fue tan inesperado que parecía irreal.

—Tienes un mensaje —dijo el hombre del bombín—. Responde. Podría ser de tu amiga Anna. A lo mejor te dice cuándo vuelve.

—Váyase.

El hombre negó con la cabeza. Levantó el paraguas, lo dirigió hacia arriba y giró el mango. De la punta de hierro salió una llamarada alta medio metro. Cuando el fuego se apagó, Tommaso se había caído al suelo del susto. Las glicinias ardiendo crepitaban lentamente.

Ahora el Incendiario estaba de pie ante él.

Se había movido más rápidamente de lo que el chico había imaginado.

Por eso los había despistado unos días antes.

Era rápido.

—Y ahora... querido Tommaso... —susurró el hombre—, tú y yo tenemos que hablar, ¿no crees?

Tommy intentó escapar, pero una vez más el Incendiario lo sorprendió con su rapidez: un momento antes estaba delante de él, un momento después le cerraba la puerta de salida.

Levantó de nuevo el paraguas y dijo:

—Dame inmediatamente el móvil.

Tommaso retrocedió, hasta encontrarse de espaldas contra el muro.

Miraba fijamente la punta negra del paraguas de la que habían salido antes las llamas.

Sacó el móvil del bolsillo. Lentamente.

Comprobó los mensajes.

Sí. Era un sms de Anna.

«No vuelvo a Venecia. Vamos a Francia, a Tolosa, a buscar el pueblo que muere. Cúbreme con mamá.»

Lo leyó en un abrir y cerrar de ojos e, igual de rápidamente, lo borró.

Después clavó la mirada en el Incendiario, que estaba a pocos pasos de él.

—¿Qué decía? —preguntó el hombre.

—Nada interesante —replicó Tommaso.

El Incendiario le dio un paraguazo al móvil, después lo cogió del suelo y comprobó los mensajes.

—¿Sabes una cosa? —susurró Eco, cuando se dio cuenta de que Tommaso había borrado el mensaje—. Ahora sí que estás metido de verdad en un buen lío, jovencito.

CONTINUARÁ

Notas

[*] *Nota de la redacción:* Estimados lectores, para evitar cualquier tipo de peligro, hemos decidido no publicar el nombre de la localidad. <<